

J I M E N A

María del Carmen Artaloytía Lázaro

CAPITULO I

Miraba a través de los ventanales del castillo. El atardecer borraba las huellas del sol y dejaba pasar una especie de brisa no muy fría, cubriendo de un color ocre todo el paisaje.

Esperaba a mi señora.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde mi llegada? Había perdido ya la cuenta, aunque aproximadamente serían dos años por lo que mi edad estaría en los quince años.

Miré mis manos, unas manos finas de dedos largos, uñas muy cortadas, costumbre de mis años en el convento.

Los cristales de de los ventanales me devolvían la imagen de mi rostro; un rostro ovalado, con unos ojos grandes negros y profundos, unos labios no muy gruesos.

Me sentía prisionera, una prisionera que no veía la forma de escapar de aquellos “barrotes de hierro”.

La vida en el castillo era muy monótona, al no haber heredero varón, no se hacían cacerías. Lo único que rompía esa monotonía era la celebración de la santa misa. La impartí don Agustín, un cura no muy mayor. Nunca te daba respuestas a tus preguntas ni explicaciones por sus penitencias. Daba la sensación de que don Braulio respiraba tranquilo cuando aquel cura se marchaba de allí después de haber comido hasta la saciedad los succulentos manjares con los que era agasajado.

El tiempo seguía deslizándose en sus silencios. Es algo que no podemos parar ni detener, y nuestros días se van agotando,¿ y qué es lo que nos ocurre? Que reflexionamos sobre nuestras acciones después de que han ocurrido y nunca previniendo lo que podrían generar. No tenía que haber aprendido todo lo que aprendí en el convento, ni siquiera ahora, después

del tiempo transcurrido, de mis conocimientos adquiridos y que seguía adquiriendo, había encontrado respuestas a todo lo que allí viví y a los hechos que sucedieron. De lo que nunca, hasta ahora, había vuelto a escuchar era sobre la temida Inquisición, que, aunque mucho me lo propuse, venía de vez en cuando a mi mente y volvía a sentir aquel escalofrío de terror. Mis ansias de aprender y de seguir adquiriendo conocimientos seguían palpitando dentro de mi corazón. Al tener que acompañar a mi señora a todas partes, tenía que estar presente cuando su maestro, un hombre mayor con el pelo blanco como la nieve, le impartía las clases. Prestaba tal atención a lo que él decía que había veces que me miraba a mí mientras hablaba, lo que provocaba la ira de mi señora, que le reñía y a mí me amenazaba con echarme de allí. A pesar de ello, aquel buen hombre me daba libros a escondidas, libros de enseñanza de historia y de textos de religión, así como papeles en blanco. Me hacía luego copiarlos para corregir mis faltas. Por las noches, sobre todo cuando había luna llena y a la luz de las estrellas y a la de un viejo candil, leía y escribía sobre aquellos escritos. Lo que más me llamaba la atención era los textos religiosos. Mis interpretaciones no coincidían con los comportamientos que teníamos los cristianos.

Había veces que me desesperaba y dejaba de escribir y de leer. ¿De qué sirven los conocimientos que adquieres si no puedes utilizarlos? La vida me estaba enseñando que solo sirven para hacer infelices a las personas que los poseen.

Debería de haberme hecho la retrasada, que razón tenía mi padre.

Para entender mi historia, debería de empezar por el principio de mi vida.

Todavía resuenan en mis oídos las palabras de mi progenitor.

.- ¡Jimenaj ¿Cómo he dicho que tienes que comer?

Sentí un fuerte pescozón en mi cabeza que por poco hace impactar mi cara contra el plato de sopa fría que intentaba comerme y que no quería mirar porque más de una vez, al hacerlo, me había encontrado con ciertos gusanillos.

.- Tienes que parecer tonta. Tienes que hacerte la tonta. Dónde vas a ir es muy importante que seas de esa forma si quieres conseguir algo.

Estas palabras las venía escuchando últimamente y la verdad es que me había acostumbrado a ellas No me molestaba en preguntarle cuál era el lugar donde iba a ir, sabía que no me lo diría.

Empecé a comer, dejando que la sopa se derramara por la comisura de mi boca como si no supiera mantener la cuchara en la boca o me faltaran fuerzas para ello.

.-Así está mejor, como si estuvieras retrasada. ¿O prefieres quedarte a vivir aquí, entre una madre enferma y un padre borracho?

Dirigí mi mirada hacía el camastro donde yacía mi madre más muerta que viva, la vieja y rota manta no cubría su cuerpo maltrecho, cuyos huesos intentaban salir por una piel sucia y estirada. Ya ni se quejaba.

No sé qué sentimientos sentía hacía ella. La recordaba siempre enferma y sin poder hacer las labores de la casa, que a mí no me enseñaban ni me exigían, a pesar de haber llegado ya a los trece años. Tenía duda sobre mi edad, mi padre, al decirla, se equivocaba en un año o dos, unas veces para más y otras veces para menos.

Mi padre se levantó y se acercó a mi madre con otro plato de sopa. Era una lucha darle de comer, pero a pesar de la apariencia de bruto que tenía, demostraba una gran paciencia, entrando poco a poco aquella cuchara en su boca mientras ella hacía ademanes para no tragar aquel horripilante caldo.

Terminé de comer. Me había quedado igual que si no hubiera comido.

Me dolía hasta el estómago, decidí salir de casa y buscar en el mercado. Los dueños de los “puestos” solían darme la fruta que ya estuviera podrida y trozos de pan duro.

Mi cuerpo demostraba mi desnutrición, no tenía ni siquiera las señales que tenía que tener el pecho de una niña a mi edad. Mi piel, por la mugre que la cubría, no se sabía de qué color era. Estaba muy delgada, mis pelos ensortijados, con mechones unos más largos y otros más cortos, las piernas demasiado largas y los ojos de color negro como el carbón.

Estando entre los puestos, sentí que me cogían del brazo.

.-Jimena, ven conmigo a los retretes. Ayúdame a llegar, no veo bien. Te pagaré con una hogaza de pan.

Era un hombre mayor, encorvado, con una nariz aguileña. A pesar de que sus ojos estaban como ocultos entre grandes pliegues de piel, se apreciaba en ellos cierto brillo malévolos. No sé cómo conocía mi nombre, había aparecido por el mercado hacía solo unos días.

Le estaba ayudando a abrir la puerta cuando sentí como me empujaban para meterme dentro. Le di tal empujón que estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al suelo.

.-Maldita niña me has podido caer. Tú te lo pierdes, pensaba darte unas monedas. No vuelvas a acercarte a mi puesto, perra sarnosa.

Salí corriendo en dirección a mi casa, entré, y dirigiéndome a lo que usábamos como urinarios, vomité en el agujero que utilizamos para hacer nuestras necesidades. No quería pensar que era lo que había insinuado aquel viejo. Sentía una gran repugnancia, tenía que olvidarlo; a pesar de mi delgadez, empezaba a entrar en la adolescencia y tendría que empezar a tener un gran cuidado con las personas que me rodeaban y no fiarme de nadie.

Tenía un hambre atroz. El recuerdo de lo que me había pasado me hacía temblar y no me atrevía a volver al mercado. Además había empezado a llover y caía la lluvia, como mi padre solía decir, a cántaros.

Entré en el cubículo que hacía de cocina y rebusqué por todos los rincones, no encontré nada. Decidí salir a buscarlo, seguramente estaría en la cantina, como siempre solía ocurrir cuando conseguía algunas monedas por descargar y cargar sacos. La cantinera solía apiadarse de mí y me daba un bollo con un trozo de dura chacina.

Estaba sentado en una mesa con un grupo de vecinos que estaban tan borrachos como él.

.-Mira quién viene por ahí, Gervasio, tu pequeña Jimena. Vendrá a buscar al borracho de su padre.

Me llamaba “pequeña Jimena” porque tenía el mismo nombre que mi madre. Se echaron a reír levantando sus atronadoras voces y haciendo chanzas sobre ello. Mi padre se levantó y me zarandeó.

.-Te he dicho que no vengas a buscarme aquí. Un día de estos te hundo a palos para que aprendas.

La cantinera salió detrás de la barra y le empujó apartándole de mi lado.

.—No seas bestia, Gervasio, y no zarandeas así a la niña .Ven, pequeña.

Más que coger, le arranqué el bollo que traía en sus manos y empecé a cojeármelo con rápidos mordiscos. Ella me acarició suavemente el rostro.

.-Lo que yo hubiese dado por tener una hija como tú, niña. Anda, márchate de aquí, este no es lugar para ti.

CAPITULO II

La noche estaba tan oscura como la boca de un lobo y hacía un frío que traspasaba las carnes.

.-Date prisa, Jimena, tenemos que llegar antes de que se enciendan las candelas.

Tenía la sensación de que me llevaba a ese lugar que tantas veces me había mencionado y nunca quiso decirme.

Llegamos ante las puertas de un famoso convento. Me entraba gran respeto y temor aquella fachada tan imponente donde estaban esculpidas imágenes religiosas. Subimos los peldaños hasta el portalón y puso en uno de sus rincones un hatillo donde había metido unas viejas camisas y una especie de saya.

.-Bueno, Jimena, aquí te dejo. Ahora depende de ti tu destino. Si sabes hacer las cosas como te he dicho, tendrás un gran porvenir. No llames aún y espera al amanecer, estarás con peor aspecto y eso hará que se compadezcan de ti.

Dichas estas palabras se marchó, desapareciendo en la noche.

Me arranqué al lado del hatillo. No sabía qué hacer, si llorar o reír. Empecé a tomar consciencia de que empezaba a enfrentarme a mi destino.

Sentí colmo me zarandeaban de forma suave. Abrí mis ojos. Me dolía todo el cuerpo. Vi rostro angelical con unos ojos azules que me miraban bondadosamente. Era una monjita y, al lado de ella, se encontraba otra monja. Su cara no era tan bondadosa, estaba surcada de arrugas, con unos ojos que demostraban entre curiosidad y descontento. Sin dejar de mirarme, se dirigió a la monjita angelical.

.-Hermana Hermenegilda, no se acerque tanto, podría estar enferma.

.-Pobrecita, pues todavía más a su favor. Vamos hermana Agustina llevémosla dentro.

De pronto me encontré rodeada de varias monjas a las que oía hablar en voz baja y que me miraban, demostrando su curiosidad. Se apartaron y apareció una figura alta y majestuosa.

Su rostro era de aspecto sereno y enérgico.

.-Hermanas, ¿qué está ocurriendo aquí? ¿de dónde ha salido esta niña?

Todas querían hablar al mismo tiempo.

.-Silencio, hermanas. Que hable solo una..-Hermana Hermenegilda, dígaselo usted.

Permanecía con los ojos semicerrados mientras escuchaba como hablaban.

.-Lo cierto, madre superiora, es que al abrir el portalón nos la hemos encontrado recostada en las piedras y he creído conveniente entrarla en el convento. ¿Qué si no podíamos haber hecho?

La madre superiora iba a hablar cuando, de pronto, salió de entre el grupo una figura pequeñita vestida de monja. Su cara era más de una niña que de mujer.

.-Pobrecita. Hay que dar cobijo al desamparado. Vamos, llevémosla al baño y limpiemos su cuerpecito.

Se escuchó un murmullo mezclado entre la aprobación y el descontento.

.-Silencio hermanas-dijo la madre superiora al mismo tiempo que levantaba la mano-Antes de nada intentemos reanimarla. Vamos, madre Hermenegilda, dele unos cachetillos en la cara; sino habrá que llevarla al hospital.

Al escuchar la palabra “hospital”, se me erizó el vello y decidí abrir poco a poco los ojos. Las miré con expresión asustadiza echándome a llorar para darle más credibilidad a mi miedo.

Se volvió a escuchar el murmullo. Esta vez se podía oír “pobrecita, pobrecita”.

La madre Hermenegilda me estrechó contra su pecho, pero la madre superiora me apartó suavemente y, mirándome a los ojos con una penetrante irada, como si intentase introducirse en mis entrañas, dijo.

.-Dime niña, ¿de dónde has salido?

Pensaba con rapidez. Tenía que ser cuidadosa en mi respuesta, darle la impresión, como decía mi padre, de que era retrasada. Ahora lo comprendía; si decía la verdad, me devolverían a mísero hogar . Aunque, por otro lado, tenía cierto miedo de vivir entre aquellas mujeres.

.-Noo.nooo sé.

Balbuceaba más que hablaba, intentando dar la sensación de no ser muy normal.

El murmullo se hizo más intenso.

.-Madre superiora-dijo la que tenía el rostro de niña-, tiene que estar asustada. Apiádese. Limpiemos antes de nada ese delgado y desnutrido cuerpo.

.-Está bien, madre Agustina, usted y la hermana Hermenegilda se encargarán de ello. Cuando hayan terminado de asearla, llévenla a mí

despacho. Vamos, hermanas, vuelvan a sus labores.

Y como por encanto, todas desaparecieron, incluso la madre superiora, y nos quedamos solas las tres.

Las hermanas me cogieron cada una de un brazo y me llevaron a una especie de cuarto de baño.

.-Hermana Agustina, antes de entrarla, podríamos limpiar su piel,

Mi ocurrió algo muy curioso , a pesar de que era la primera vez que me desnudaba en presencia de alguien, no sentía ninguna vergüenza,.

A ellas les pareció natural; quizás me consideraban más niña de lo que en realidad era.

Al introducirme en aquella bañera y sentir la tibieza de las aguas, un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo y mi vello se erizó. Las hermanas sonrieron mientras exclamaban al unísono:

.-¡Se ve que le gusta el agua!

Me vistieron con una especie de saya más nueva y limpia que la mía. Sentía una sensación de bienestar, de placidez, y mi piel despedía una especie de olor suave y fresco.

Las hermanas me hacían preguntas, intentando que hablara. Empecé a sentir remordimientos por comportarme como lo estaba haciendo y decidí hablar.

.-No sé cómo he llegado hasta aquí. No-no lo recuerdo.

Ellas, al escuchar mis palabras, se miraron con expresión de satisfacción.

.-No te preocupes-dijo de forma impulsiva la hermana Hermenegilda-, Ya irás recordando.

.- ¿No recuerdas tu nombre? –dijo la hermana Agustina en tono suplicante

Me sentí culpable.

.-Sí, eso sí. Jimena

Me peinaron con mucho cuidado y cariño y me llevaron en presencia de la madre superiora.

.-Madre superiora –dijo la hermana Agustina atropelladamente, queriendo ser la primera en dar las noticias -, no recuerda como ha llegado hasta aquí.

-Pero si su nombre –la interrumpió cortándole las palabras, la madre Hermenegilda –Se llama Jimena.

La madre superiora nos miró a las tres con ojos de resignación.

.-Bien, y díganme, hermanas, ¿qué deberíamos hacer con ella? , ¿No creen que el orfanato es el sitio en el que tendría que estar?

.-No, eso no, madre .dijeron las dos hermanas al unísono- Que se quede en el convento y se haga monja.

¿Hacerme monja? La verdad es que nunca había pasado por mis pensamientos semejante hecho.

La madre superiora las miró con expresión de asombro.

.-Herманas, eso no puede hacerse, sabéis que se tiene que entregar una dote. Se incumplirían nuestras reglas. ¿Qué diría nuestro venerado obispo? No sabemos nada sobre esta niña, podría no estar bautizada.

.-Muy bien –dijo la hermana Hermenegilda- Podría hablar con mi progenitor. Mi hermana Lucrecia, que es aproximadamente de la edad de Jimena, va a necesitar una doncella personal.

Estaba confusa. Desconocía lo que sería estar bautizada y ser doncella de una niña.

Se hizo un silencio que rompió la hermana Agustina.

.-Se lo suplicamos, reverenda madre. ¿Qué será de ella si la llevamos a un orfanato estando en esta situación? Además, seguro que son los designios de nuestro Señor el haber sido abandonada a las puertas de este convento para que nosotras nos encarguemos de ella.

La madre superiora se quedó confusa.

.-Está bien, herманas, que así sea. Les dejo a ustedes dos la responsabilidad de Jimena. Son ustedes las que se encargarán de todo lo que le concierna, y que Dios, en su infinita misericordia, nos proteja.

Con su respuesta, daba a entender que estaba dando credibilidad a las palabras de la hermana Agustina.

CAPITULO III

Escuché unos golpes en la puerta. Intenté abrir mis ojos, de pronto, me sentí cariñosamente vapuleada.

.-Vamos, Jimena, van a ser las laudes y después vendrá el padre Zacarías a impartir la eucaristía.

.-Pero-pero ¿qué hora es? Si todavía está oscuro –pregunté, dándole una entonación infantil para seguir dando impresión de retrasada.

La hermana Hermenegilda sonrió cariñosamente, al ver mi desconcierto y mi expresión.

.-Vamos niña, hora de levantarse. Tienes que acudir a la sagrada eucaristía. Hoy conocerás al resto de las hermanas y a nuestro reverendo sacerdote.

Entramos en una especie de iglesia pequeña. Me quedé sorprendida al ver un grupo de hermanas y la madre superiora en medio de ellas.

Miraban hacía el altar, a excepción de una hermana que estaba sentada delante de un mueble muy raro y mantenía sus manos encima de una especie de fichas blancas y negras.

.-Jimena me dijo la hermana Hermenegilda-, siéntate aquí y no te muevas. No se te ocurra salir de la capilla hasta que yo venga a recogerte.

Diciendo estas palabras se dirigió hacia el grupo de hermanas.

De pronto, todas empezaron a cantar y la hermana que estaba sentada ante aquella especie de mueble empezó a recorrer con sus dedos aquellas fichas.

Era impresionante escuchar aquellas voces tan dulces acompañadas de un sonido que parecía salir del cielo. Nunca había entrado en una iglesia. Mi padre , mi padre no me había llevado y mi madre, al estar enferma tampoco. Ella solo me hablaba de un Dios que mandó a su hijo a la tierra para liberarnos de los pecados. Le pregunté que eran pecados. Mirándome con gesto de desconcierto, me respondió balbuceando que pecar era hacer mal al prójimo y desobedecer a los padres. Dijo que todos teníamos un angelito de la guarda que nos acompañaba siempre y nos libraba de los males. No comprendía nada y, cuando quise volver a preguntarle hizo un gesto de cansancio y respondió que estaba muy agotada por los dolores que le producía su enfermedad. Supuse que no tendría que tener más conocimientos sobre Dios y me tranquilicé pensando que mis comportamientos no estaban influidos por la maldad. Mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del sacerdote. Por primera vez en mi vida, iba asistir a una celebración religiosa.

Me encontraba sorprendida y feliz al escuchar los cantos de las hermanas acompañados por los sonidos de aquel mueble; al mismo tiempo, que sentía curiosidad por saber que significado tenían todos aquellos actos. Las monjas sí que tenían que tener aquel ángel de la guarda por cómo se las veía de contentas y felices.

El sacerdote era rubio, alto y muy delgado, parecía muy joven. Desde donde me hallaba, no podía apreciar el color de sus ojos. Vi cómo bajaba

las escalinatas que le separaban de las monjas, portando entre sus manos un copón de color oro. Empezó a sacar algo de él que introducía en la boca de las hermanas; de pronto todas se inclinaron y él les hizo una cruz con su mano.

Al quedarme de pié , el sacerdote dirigió su mirada hacía mí con un gesto de sorpresa, y entonces yo también me arrodillé. Parecía ser que todo había terminado. El sacerdote se dirigió a la madre superiora y mientras hablaba con ella, dirigió su mirada hacía mí.

Vi venir a la hermana Hermenegilda hacía donde me encontraba.

.-Vamos Jimena, salgamos de la capilla y esperemos fuera a el resto de las hermanas. El padre Zacarías quiere conocerte.

.-Hermana...

.-Reverenda hermana,. Debes de llamarnos de esa forma.

.-Reverenda hermana, ¿qué es ese mueble del que sale ese sonido que parece provenir de los cielos?

Sonrió.

.-Ese mueble se llama piano, y el sonido, música. Ya irás aprendiendo , Jimena, ya irás aprendiendo.

No quería seguir recordando, pero no sé por qué , aquella mañana me

sentí triste y, cuando eso sucedía, los recuerdos fluían en mí y los deseos de escapar invadían mi mente y mis pensamientos. A ello se unía que mi señora no acababa de salir de sus aposentos.

Era curioso que, a pesar de que mi vida había mejorado, había veces que echaba de menos a mis padres. No sabía definir qué sentimientos tenía hacia ellos; posiblemente, mi añoranza se debiera a que parte de su sangre corría por mis venas. Me daba cuenta de que había tomado cierto cariño a las hermanas Hermenegilda y Agustina, incluso a la madre superiora.

Mis recuerdos retornaron de nuevo a mis pensamientos.

Me encontraba en el despacho de la madre superiora con las hermanas Hermenegilda y Agustina.

.-Madre superiora –dijo la hermana Hermenegilda-, he hablado con mi progenitor y ha aceptado que Jimena sea la doncella de mi hermana, pero ha puesto como condición que Jimena se quede un tiempo en el convento y sea instruida en los conocimientos religiosos y culturales. En compensación, donaría una cierta cantidad de dinero.

La madre superiora aceptó aquellas condiciones y decidió que mis instructores fuesen las hermanas Hermenegilda y Agustina y el reverendo Zacarías.

Tenía unos deseos enormes de aprender no solo a comportarme,

también a formarme religiosa y culturalmente. Esto hizo que, unido al cariño que ponía la hermana Hermenegilda, empezara a comportarme de una forma normalizada y dejara de hacerlo como una retrasada, lo que supuso que pensarán que era debido a la labor de las personas que me estaban formando.

Me bautizaron y tomé mi primera comunión con humildad y sin ningún tipo de protocolo, solamente unos dulces que hizo la hermana Hermenegilda.

Estaba escuchando las lecciones que me daba el reverendo Zacarías cuando observé que estaba muy intranquilo, no dejaba de dar con el lapicero a la mesa. Aquel ruidito me estaba poniendo nerviosa.

.-Bueno, Jimena, dime ¿Qué oraciones rezas cuando te levantas y cuanto te acuestas?

Alcé mis ojos y le miré para responderle. Me dio un palmetazo en la mano.

.-Te he dicho una y mil veces que no debes mirar a los ojos de las personas, sobre todo de tus superiores y mayores.

Bajé la vista. A pesar de sentir dolor, mis gestos no lo demostraron y respondí:

„El padrenuestro, las tres avemarías.

.- ¿Y el credo? Jimena, ¿es que no me escuchas cuando te hablo?

.-Sí, sí, padre Zacarías. Es que se me había olvidado decirlo.

No se me había olvidado, es que no me atrevía a decirle que terminaba durmiéndome sin decir todas las oraciones.

.-Está bien, Jimena, espero que me esté diciendo la verdad. No olvides que tendrás que confesarte. Ahora dime las normas de respeto que le debe una mujer a un hombre.

.-Obediencia absoluta, no poner en juicio sus criterios, estar atenta a sus necesidades, reconocer que siempre actúa bien y en beneficio de ella, no alzarle la voz....

.-Sobre todo, acatar siempre su voluntad y respetar todas sus opiniones, sean de su gusto o no.

De pronto se quedó callado y dejó de dar golpecitos con el lápiz.

.-Jimena, ¿has visto a la madre Agustina? Hoy no ha ido a la sagrada misa.

La verdad es que no me había fijado. Estaría con lo que nos sucede todos los meses a las mujeres, porque la noche anterior estaba muy pálida y se quejaba de dolores. No sabía cómo decírselo cuando, interrumpiendo mis pensamientos dijo:

.-Dille que la he echado de menos en la celebración.

No sabía si sus palabras estaban dichas con cariño o como reprimenda.

Vi a la hermana Agustina salir de su celda. Iba a llamar su atención para decirle lo que me había dicho el reverendo Zacarías cuando apareció la madre superiora. No me vieron y no sé por qué decidí permanecer escondida entre las columnas. Hasta mi llegaban sus palabras, a pesar de

estar hablando en susurros.

.- ¿Qué ha pasado, Agustina, para que no hayas asistido a la sagrada misa?

.-Nada, Lucila, estaba destemplada.

Me extrañó la familiaridad con la que se hablaban.

De pronto, la madre superiora se inclinó intentando besarla, pero ella retiró su cara con prontitud y desapareció por el pasillo mientras la madre superiora se reclinaba contra la pared y pasadas unos minutos, la siguió. No sabía que pensar de que podía ser natural no sé por qué pensaba que había algo raro en ello. Pero ¿pero qué era lo raro?

.-Chiquilla, Jimena, ¿qué haces ahí escondida entre las columnas?

Dí un respingo al escuchar la voz de la hermana Hermenegilda.

.-Es que me había quedado dormida.

La hermana sonrió picarescamente.

.-Pero, Jimena, que niña eres. Anda, vayamos a las cocinas.

De camino a las cocinas pensaba que había mentido y que lo tendría que confesar al padre Zacarías; y no solo eso, también debería decirle lo que había visto.

Estaba de rodillas en el confesionario. Intentaba pensar velozmente lo que le diría al padre Zacarías sobre lo que había visto y la mentira que le dije a la hermana Hermenegilda.

.-Verá, padre Zacarías, le he mentido a la hermana Hermenegilda.

.-¿Cómo que has mentido ?,¿y a una monja?-me preguntó con tono amenazante.

“¿Y a quién si no iba a mentir?”, pensé. Si eran las únicas personas con las que trataba.

Ante su tono y sitiándome pecadora y culpable, decidí contarle también lo que había visto entre la madre superiora y la hermana Agustina.

Escuché como una especie de gruñido y el ruido de incorporarse de golpe. Mientras salía del confesionario, me daba la absolución sin comentarme nada sobre mis pecados y sin imponerme la penitencia. Me quedé paralizada y confusa. Me incorporé y me encaminé hacia mi celda. Los pasillos estaban vacíos, se podían escuchar las veces que el padre Zacarías estaba dando en el despacho de la madre superiora. No pude evitar sentir cierta curiosidad y me paré cerca de la puerta para escuchar.

.-Has vuelto a las andanzas, Lucila. Terminarás ardiendo en los infiernos y, de seguir por esos caminos, no tendré más remedio que decírselo al señor obispo.

Se escuchaban los sollozos de la madre superiora.

.-Se lo suplico, padre. No volveré a hacerlo. Pero si yo...realmente.

.-Se lo suplico, padre. No volveré hacerlo. Pero si yo...realmente...

.-Nada de peros. Sé de tus intenciones pecaminosas. La próxima vez no volveré a ser tan misericordioso.

Tuve casi que correr y refugiarme ante una de la columnas al abrirse bruscamente la puerta y salir por ella el padre.

No acaba de entender ni las palabras escuchadas ni los comportamientos del padre Zacarías y de la madre superiora. Iba a entrar en mi celda cuando escuché la voz de la hermana Agustina.

.-Pero ¿dónde te has metido, Jimena? Llevo un rato buscándote.

Me veá en la necesidad de volver a mentir; bueno una mentira a medias.

.-Confesándome, reverenda hermana.

.-La hermana Virtudes quiere que vayas a leerle alguna de las historias sobre monjitas. Te está esperando en uno de los bancos del jardín.

Me dirigí a una pequeña habitación que usaban las hermanas como sitio de lectura y donde, en unas estanterías, se apilaban las vidas de santos y de monjas ejemplares. La Biblia estaba prohibida que la leyeran las monjas, solo el padre Zacarías era quien, en la misa, citaba algunos textos. A mí me llamaba la tención que a las monjas no las dejaran leer directamente el santo libro, aunque no perdía la esperanza de que algún día pudiera tenerlo yo en mis manos. Elegí entre aquellas historias la de Beatriz de Silva, una mujer que terminó siendo monja y que fue educada en la Orden de los Franciscanos.. Fue doncella de Isabel de Portugal. Por su gran belleza, provocó la admiración de los nobles lo que hizo que se despertaran rumores en contra de ella y que la reina, considerándola una rival peligrosa, hiciera que ingresara en el monasterio cisterciense de Santo Domingo de Silos, en Toledo, donde estuvo dedicada a Dios durante

treinta años. Al final, fundó la Orden de la Inmaculada Concepción, que se estaba extendiendo por el mundo.

La hermana Virtudes me esperaba sentada en uno de los bancos más apartados de los jardines. Sus manos no dejaban de mover el rosario que tenía entre ellas. El pasar de los tiempos la estaba dejando ciega, nunca entendí cómo antes de acercarnos a ella sabía quiénes éramos.

.-Chiquilla, Jimena, ¿por dónde andas? Llevo un ratito esperándote. Anda se buena y dame un trocito de ese dulce que llevas en la faldriquera.

Las tardes que solíamos juntábamos me pedía el dulce. Ella sabía lo dulcera que yo era pero no comprendía cómo podía saber que llevaba uno guardado. Las hermanas le tenían prohibido que comiera dulces; tenía que problemas con el azúcar, pero a mí me daba pena. Siempre la hacía la misma pregunta:

.-¿Cómo lo sabe reverenda Virtudes?

Ella esbozó una sonrisa.

.-Se dice el pecado, pero no el pecador. Si te lo dijera, tú pondrías los medios para que no lo pudiera averiguar.

Siempre la misma respuesta.

Partí un trocito de aquel pastelillo y lo puse en aquellas manos que, aunque muy finas, empezaban a deformarse por las enfermedades. Se lo comió con ansiedad.

.-Anda, Jimena, siéntate a mi lado y cuéntame la historia que has traído.

Déjame adivinarlo, seguro que la de Beatriz de Silva.

Sonreí. La tenía que haber deducido porque era la que últimamente siempre le leía.

Me senté a su lado, no antes de haberle limpiado con un pañuelo el resto del dulce que se había quedado en la comisura de sus labios.

Mientras lo hacía, ella acariciaba mi mano.

.-Mi niña, Jimena, que gran corazón tienes. Pido a Dios que nunca nadie te lo lastime.

Abrí aquel libro y, poco a poco, empecé a leer aquellas páginas de forma pausada y con suave voz. Cuando escuché el sonido de su respiración, cerré el libro y suavemente, la desperté para llevarla al comedor, del convento. Era la hora de la cena.

Ya en el dormitorio y tumbada en la cama, pensé en Beatriz de Silva.

Como me gustaría llegar a ser como ella, deslumbrar con mi belleza a todo aquel que se me acercara, que me tuvieran envidia las grandes damas de la corte, incluso la propia reina. Leería la biblia, me empaparía de la palabra de Dios y de Jesucristo. Fundaría mi propia orden y seríamos nosotras, las hermanas, las monjas, quienes mandásemos sobre los curas, y ni siquiera el obispo tendría derecho a exigirnos nada, solamente dependeríamos del santo padre.

Un sueño profundo comenzó a invadirme y aquellos positivos pensamientos comenzaron a introducirse en ellos.

CAPITULO IV

Al día siguiente, por la mañana, la hermana Hermenegilda vino a buscarme a mi celda.

.-Vamos, vamos, niña. Hoy vienen mi señora madre y mi hermana a conocerte.

Sentí un escalofrío. Había olvidado que llegaría el momento de tener que marcharme. Estaba acostumbrándome a estar en el convento, aunque era cierto que había días que echaba de menos esa libertad de andar por las calles y ver a las personas pasear por ellas. Poder tener lleno el estómago y dormir en una cama limpia superaban esos deseos.

.-No te preocupes, Jimena –hablaba en un tono nervioso mientras peinaba mis cabellos-Ya verás lo feliz que vas a ser en el palacio. Mi hermanita no es una niña caprichosa, te llevarás bien con ella. Mi madre es más severa, tú sabrás ganártelas. Anda, lávame la cara y las manos. Vayamos al despacho de la madre superiora.

La hermana Hermenegilda dio unos golpecitos a la puerta. Se escuchó la voz de la madre superiora dando permiso para entrar. La madre y la hermana de sor Hermenegilda ni siquiera se volvieron al llegar nosotras. , yo me puse en un rincón, sin atreverme a levantar la vista.

.-Bien, doña Adelaida, aquí tiene a su futura doncella. La hemos formado tanto en las artes del saber cómo en religión y en los modales.

Mientras la madre superiora hablaba me daba la sensación de que vendían una mercancía.

.-Que levante su cara, quiero verla-dijo en un tono enérgico doña Adelaida.

Así lo hice y, entonces vi a una señora mayor, ya entrada en carnes, morena, cuyos ojos brillaban con cierta intensidad. A su lado, una niña aproximadamente de mi edad. Tenía el pelo del color del caramelo y unos ojos preciosos almendrados del mismo color que su cabello. Sus labios dibujaban una sonrisa maliciosa.

Sentí la sensación de estar siendo valorada con desprecio.

.-Lucrecia ¿quieres que esta muchacha sea tu doncella?-le preguntó doña Adelaida.

Ella, en lugar de responder, me iró con expresión burlona y tirando una especie de bolsa pequeñita al suelo, dijo de forma imperiosa.

.-Recógela.

Me agaché y la recogí, entregándome en la mano.

.-Si –dijo sonriendo maliciosamente- Me gusta, mi señora madre.

Dirigí mi mirada hacia el suelo. Había sabido obedecer a todas las hermanas y tratar de forma reverente a la madre superiora pero nunca había sido sometida a semejante humillación.

.-Bien, nos marchamos, reverenda Lucila. Cuando llegue la primavera, envíenla a palacio.

Después de los saludos de rigor, se marcharon y nos quedamos las tres un rato en silencio.

.-Está bien, hermana, deberán darse prisa en terminar la enseñanza de Jimena. No queda mucho tiempo para que llegue la primavera. Sobre todo enséñenle mucha humildad y a ser obediente y complaciente.

Cuando salimos del despacho, la hermana Hermenegilda estaba muy seria. No iba con la misma alegría que tenía cuando fuimos al despacho.

.-Reverenda hermana-dije en tono alegre aunque tenía el corazón encogido por el miedo-, presiento que voy a ser muy feliz, por fin saldré al mundo.

.-Mi pequeña Jimena – me respondió al ver mi actitud y cogiendo una de mis manos entre las suyas, la expresión de sus ojos se había hecho más alegre- , el mundo también está aquí, entre los muros del convento. ¡Ojala que donde tú vayas encuentres la felicidad y seas tratada como te mereces!

Que diferente era a su hermana, incluso a su madre.

Terminé de comer, lo hacía en las cocinas. La hermana Julia, la cocinera, procuraba darme lo mejor, entre ellos pastelillos de postre. Me dirigí hacia el jardín sabía que a esas horas la hermana Virtudes estaría allí. Me embargaba una cierta pena al tener que marcharme y podría ser que no la volviese ver más. Se encontraba sentada en el mismo banco de siempre, situado en un rincón protegido por las sombras y el cobijo de los árboles.

La hermana levantó la cabeza y dirigió su mirada hacia mí. Sabía que ya me habría conocido, aunque no distinguiera mi silueta ni mis facciones.

-Jimena, ¿por qué vienes? Hoy no te he mandado llamar.

.-Verá , reverenda hermana, la echaba de menos y pensé que me necesitaría.

.-Ven, Jimena, abrázame. He oído que pronto te iras del convento.

Me sentí apretujada entre sus huesudos brazos y su seco pecho. Las lágrimas estaban a punto de fluir de mis ojos. Sentí mi mejilla húmeda. Era por las lágrimas de ella.

.-No se preocupe. Yo vendré a verla y le leeré sus historias, es más, le traeré historias nuevas.

.-Mi inocente niña, que poco sabes de este cruel mundo. No te dejarán, pequeña. Una vez que salgas de este convento, me dice el corazón que nunca más volverás a entrar en él.

.-Pues no será así. Volveré y me haré monja, llegaré a ser madre superiora.

Sus labios dibujaron una sonrisa.

.-¡Ojala nuestro Señora escuche tus palabras! Rezaré en mis oraciones para que se cumplan. Eres tan inocente. Ten mucho cuidado, niña mía, no te fíes de nadie recuerda a Beatriz de Silva. Procura no exponer tu belleza ni tu cuerpo ante la vista de nadie, no solo de hombres, también de mujeres.

.-¿Por qué de las mujeres, reverenda hermana? – Me habían extrañado esas palabras.

.-Aún eres pequeña para saberlo Pero algún día encontraras el significado de ello.

Mis pensamientos fueron interrumpidos al ver cómo se abría la puerta y aparecía mi señora, doña Lucrecia.

El tiempo la había hecho más hermosa. Sus ojos eran enormes y almendrados, ya no llevaba aquellos bucles. Su pelo rizado le llegaba a los hombros, como una cascada salvaje.

.-Vamos , Jimena- me dijo extendiendo la mano y entregándome una fusta-, Montaré a caballo y tú me acompañaras.

Fue uno de sus caprichos el que yo montara a caballo, lo que me supuso moratones y tener dolorido todo mi cuerpo. Creo que uno de los motivos por los que tuvo semejante antojo era el de fastidiar a su madre, quien puso el grito en el cielo cuando le dijo que me iba a enseñar a montar. Aún recuerdo sus palabras.

-¿Cómo vas hacer tal cosa? –Había gritado despavorida- Una docella montando a caballo...

Pero como siempre ocurría, a mi señora solo le bastaba poner un mohín de disgusto para que su progenitor, don Braulio, le consintiera más allá de lo consentible, por lo que yo aprendí a montar.

Como solía suceder y, además, porque mi señora disfrutaba haciéndolo, nada más salir de las caballerizas y dirigirnos a las tierras cubiertas por las verdes hierbas, espoleó al caballo y, soltando aquella risa fresca y tan característica, salió a galope, dejándome atrás, algo que me desquiciaba,

ya que yo era un desastre montando porque lo odiaba.

Me costaba mantenerla en el punto de mi vista cuando aparecieron a lo lejos dos jinetes.

Por la forma de montar y por sus siluetas, uno de ellos era el conde Froilán. Mi señora tenía que adorarle en contra de los deseos y órdenes de su madre, que le odiaba a muerte, desconocía el porqué de ese odio, pero ella solía reírse a carcajadas y no hacía caso a esas órdenes, viéndose con él la mayoría de las tardes y amenazándome con echarme del palacio si se me ocurriese hablar de esos encuentros a su señora madre. La verdad es que no me había hecho falta aquella amenaza, en el aprendizaje de la vida había observado que es mejor mantener la boca cerrada, sobre todo cuando las cosas no me afectan y aún afectándonos, deberíamos sopesar las consecuencias de decirlo.

Tenía que mantenerme lo suficientemente alejada, pero no tan distante como para no poder verlos, aunque ellos se protegían entres los árboles y la maleza.

Cuando había llegado a la distancia permitida, visualicé al otro jinete, aunque no podía apreciar muy bien sus rasgos, pero sí podía ver que era alto y delgado. Desmonté y me senté en una de las piedras. Cuál sería mi sorpresa cuando le vi venir hacía donde me encontraba.

Me levanté como un resorte.

.-Vaya, vaya. La doncella de doña Lucrecia.

Era moreno, pelo negro y ojos de un color gris azulado, en sus labios

dibujaba una sonrisa burlona.

AL irse acercando sus ojos reflejaron una expresión de asombro.

.-Tu cara me recuerda a una persona muy querida-hizo un leve movimiento como si quisiera eliminar su pensamiento-ere más hermoso que tu señora.

Sentí el calor subir a mi cara. Era la primera vez que escuchaba semejante elogio y encima dicho9 por la boca de un hombre.

Soltó una carcajada.

.-N o tengas miedo ni vergüenza. Soy el caballero Leonardo y acompaño a mi señor. ¿Por qué no me dices tu nombre?

En aquel momento el viento nos trajo unos sonidos, como una especie de gemidos que yo había oído y a los que no había dado importancia, pero que ahora, al escucharlos en compañía de aquel desconocido, me hacían sentir desconcertada y avergonzada.

Observé cómo sus ojos adquirían un brillo malicioso e intentó acercarse. Sentí miedo y retrocedí. SU sonrisa no me gustaba.

.-No huyas, mujer, ¿no sientes curiosidad por saber el porqué de esos gemidos? Si lo supieras, seguro que te gustaría que nosotros hiciésemos lo que tu señora y mi señor están haciendo, y saldrían también de nuestras bocas los mismos sonidos.

Al escuchar aquellas palabras, sentí como si un escalofrío helado recorriera todo mi cuerpo. No lo dudé ni un minuto más y, montando en

mi caballo, me introduje dentro de aquellos prados, alejándome de aquel hombre que me provocaba una sensación mezcla de miedo y repugnancia.

De pronto, sentí como pronunciaban mi nombre. Paré en seco mi cabalgadura, que estuvo a punto de tirarme al suelo, y miré hacia atrás. Era mi señora, que venía detrás de mí a todo galope. Al llegar a mi altura, sin ningún tipo de explicación, me dio con su fusta en una de mis piernas.

.-¿Quién te ha dado permiso para alejarte de mí y dejarme sola? Debería mandarte azotar.

Sentí un fuerte dolor, pero supe disimularlo.

.-Es que verá mi señora...-le contesté, intentando mantenerme serena-El caballo estaba nervioso y decidí desfogarlo.

Mi intuición me decía que, si le hubiera dicho la verdad, no me habría creído y me habría tachado de golfa. Además la vida me estaba demostrando que éramos más creíbles cuando mentíamos que cuando éramos sinceras.

.-Está bien, Jimena. Pero que no vuelva a ocurrir. Si el caballo se encabrita, intenta calmarlo, pero sin alejarte de mi lado.

Al llegar a palacio, doña Adelaida nos esperaba con el rostro desenchajado. El atardecer, con sus colores apagados, había entrado sin ni siquiera habernos dado cuenta.

.-Lucrecia, ¿Qué ha ocurrido y dónde has estado? EL sol está ya desapareciendo.

.-Verá, mi señora madre. Ha sido culpa de Jimena, se le encabritó el caballo y se puso a galope tendido por toda la Pradera. Era incapaz de pararlo.

Me quedé perpleja con la contundencia y frialdad con que mintió. Los ojos de doña Adelaida despedían fuego al mirarme.

.-Pero, hijita, ¿por qué la has esperado? La hubieras dejado. Eso te pasa por echar flores a los cerdos. Nunca debiste enseñarle a montar. Manda que le den unos cuanto azotes.

Vino a mi memoria el fustazo que me había dado, pero todavía podría recibir los azotes a los que se refería. Se elegía a uno de los sirvientes y, ellos con una pequeña vara, nos azotaban.

.-No hace falta, mi señora madre –mientras hablaba, me miraba con expresión misericordiosa-La he dado su merecido.

Tenía que reconocer que mi señora no era tan malvada como su madre.

En el silencio de la noche y mirando desde un ventanuco un cielo lleno de estrellas, sentía como las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, dejando en mis labio un sabor salado. Nunca saldría de aquel palacio, aunque realmente, ¿mi vida hubiera sido mejor si me hubiese quedado con mis padres? No pude evitar recordar nuevamente el convento y sentí como el vello se erizaba.

Los recuerdos volvieron a mi mente.

Las hermanas estaban disgustadas y tristes. Se rumoreaba que la madre superiora no se encontraba muy bien. Sus ojos había perdido el brillo, su tez estaba pálida y sus huesos parecían salirse a través de su piel.

Una mañana, al pasar cerca de su despacho, escuché unos sollozos. La curiosidad pudo conmigo y me acerqué a la puerta.

.-Te lo he dicho, Lucila- era la voz del reverendo Zacarías la que escuchaba- Tienes que ahogar esos sentimientos tuyos. Lucifer está llamando a tu puerta y tú se la estas abriendo. Tú eres la mayor y sabes que ella es muy inocente. No podré callar por más tiempo lo que aquí está ocurriendo porque me estás haciendo pecar con mi silencio. Tú sabes la desgracia que nos acarrearás a todos.

El señor obispo no será tan magnánimo como yo. Todo el mundo conoce su exacerbada obsesión por cumplir los mandatos divinos y los del santo padre y se denunciará ante la Santa Inquisición, lo que supondrá que todo el convento será sometido a un cruento interrogatorio, y a saber cuántas personas serán víctimas de todo esto.

Se escuchó un desgarrador lamento.

.-Por Dios, se lo suplico, eso no. Poco me importa lo que pueda pasarme, pero está el resto de las hermanas y las personas que están comprometidas con nuestra orden. Le prometo...porque no puedo jurar que no volverá a ocurrir.

.-Está bien Lucila. Como penitencia, te impongo veinte latigazos y diez

salves.

Temiendo que se pudiera abrir la puerta, me retiré de allí y me dirigí a los jardines.

No entendía nada. ¿Qué pecado habría cometido o estaría cometiendo la madre superiora? ¿Cómo que ella era mayor?. Tenía que ser muy grave. ¿Quién era esa temida Santa Inquisición y qué es lo que hacía?

Me dirigía hacia los jardines con la esperanza de encontrar a la hermana Virtudes.

Como tantas veces, se encontraba sentada en su banco.

.-Jimena, niña, ¿qué te ocurre? Te noto que estás afligida.

La hermana Virtudes cada día me confundía más. ¿Cómo era posible que supiera mi estado de ánimo?

.-Anda, siéntate aquí, a mi lado y cuéntamelo.

Me senté a su lado. Aunque sabía que ella no me preguntaría de qué forma me había enterado, no me atrevía a decirle cómo lo había escuchado, entre otros motivos porque, a pesar de desconocer lo que significaba, si intuía que no tenía que ser nada bueno, incluso peligroso.

Cogió mis manos entre las suyas y las acarició.

.-Anda, niña, cuéntamelo, te prometo que no se lo diré a nadie. Jimena, debes decírmelo y así yo podré decirte cuán grave es.

No sabía qué hacer, aunque sabía que ella cumpliría su promesa y que era

la oportunidad de enterarme de qué era lo que estaba ocurriendo.

.-Verá, reverenda hermana...

Poco a poco, fui contándole con la mayor exactitud todo lo escuchado. Observaba como su semblante cambiaba entre el dolor, la desesperación y el pánico.

.-Reverenda hermana, ¿qué es lo que tiene nuestra madre superiora?, y quién es esa Santa Inquisición?

Se santiguó y, con sus dedos, selló mis labios.

.-¡Callaj Ni la nombres, por Dios –su voz era como un susurro–Es una institución fundada por la Iglesia y respetada por los Estados para perseguir a los herejes, que son personas que atentan contra nuestro Dios y nuestra religión. El cargo de inquisidor se lo dan a un presbítero. Se dice que los interrogatorios son durísimos. Al final, son llevados a juicio, donde se les ajusticia con penas hasta de ser quemados en las hogueras.

Un intento escalofrío recorrió todo mi cuerpo. La hoguera quemarnos vivos...Pero ¿qué clase de pecados eran los que se cometían?

Ella, entonces, sujetó convulsivamente mis manos.

.-No quieras saber más, Jimena, a veces es mejor ser ignorante, hija mía. Prométeme que no seguirás profundizando ni queriendo saber más.

Me quedé unos momentos en silencio. ¿Cómo iba a prometer tal cosa? No solo ya porque ardía en deseos de saber que se escondía en todo aquello, también porque tenía que estar prevenida y saber a qué

atenerme por si caía en el poder de dicha Inquisición.

.- Niña, no me hagas sufrir más. Prométemelo.

Viendo su expresión de dolor, no tuve más remedio que contestarle.

.-No quiero que sufra, reverenda hermana, pero tampoco quiero mentirle. Aunque quisiera, mi corazón me dice que será mejor que conozca los peligros a los que pueda enfrentarme.

Sus finos y resecos labios esbozaron una sonrisa.

.-Eras muy inteligente, Jimena, y tienes un gran corazón. No creo que caigas en el poder de esa santa Inquisición, pero tienes razón, debes de estar advertida. Dime niña nía, ¿cuántos años tienes?

.-Creo que aproximadamente catorce años.

Era una de mis medias mentiras. Realmente, yo no sabía mi verdadera edad. Posiblemente, tendría que tener sobre doce o trece años, pero sabía que catorce años sería una edad más aproximada para poder contarme aquellas terribles cosas.

.-Verás, Jimena, hay diferentes tipos de pecados que nos arrastran a los infiernos, ya he perdido la cuenta de ellos. El diablo entra en nosotros y nos introduce sentimientos pecaminosos contra los que tenemos que luchar hasta conseguir destruirlos.

.-¿ Y si no tenemos fuerza para hacerlo?

.-No digas eso, Jimena- su voz se había tornado enérgica- Con la ayuda de Dios, todo se consigue. Nunca olvides eso, mi querida niña, hay que

confiar en Él, rezar, rezar mucho y pedírselo constantemente y conseguirás tu propósito.

.-¿Qué sentimientos son esos, reverendo madre?

Se hizo un silencio. Sus apagados y ciegos ojos intentaron penetrar en los míos, aproveché aquel momento de duda y le dije.

.-Reverenda hermana, si no me lo dice, ¿cómo voy a estar preparada si el diablo entra en mí?

Se quedó un momento indecisa.

.-Es cierto, hijita. Pero evita siempre nombrarle-mientras hablaba se santiguaba -.Vamos, santíguate tú también. Jimena, nuestro Creador nos creó hombre y mujer y solo entre un hombre y una mujer deben existir sentimientos de parejas. Es una aberración, un pecado terrible que esos sentimientos puedan fluir entre dos mujeres o entre dos hombres.

Me quedé impactada por sus palabras. Sentimientos de amor entre hombre o entre mujeres...No lo comprendía. Incluso para mí era un mundo desconocido lo de los sentimientos entre un hombre y una mujer. La reverenda madre tuvo que intuir mi confusión.

.-Jimena – mientras me hablaba, acariciaba mis manos-, algún día lo entenderás todo. No puedo decirte nada más porque es lo único que ha llegado a mis pobres conocimientos por mis escuchas. –Sonrió con cierta malicia -. Como has hecho tú, a través de las puertas.

Cogí sus manos y las llevé a mis labios. En lugar de apaciguarse mis ansias de saber lo que estaba sucediendo, más se acrecentaron.

.-Reverenda hermana, decidme ¿quién tiene más poder, la Santa Inquisición o el santo padre?

.-¿Qué te he dicho , niña desobediente? – me contestó cariñosamente -. No quieras saber más. Anda, llévame adentro, ha empezado a refrescar.

Ya en mi cela, a solas en el silencio de la noche, no dejaba de pensar en todo lo sucedido. ¿Es que el diablo había entrado en el alma de la madre superiora y le había hecho sentir esos sentimientos prohibidos hacia una mujer? ¿qué mujer sería esa? Lo que sí sabía, por lo que había escuchado es que era más joven que ella.

A mi mente volvió el recuerdo de la Santa Inquisición. Por un momento, me pareció que el diablo entra en mí y se apoderaba de mi cuerpo. Me santigüe varias veces y, rezando una avemaría, caí en un profundo sueño.

.

CAPITULO V

El frío me hizo despertarme tiritando. Había llegado ya el crudo invierno y ni los muros del convento eran capaces de frenarlo. Mis tiritones se acentuaron al recordar la conversación con la hermana Virtudes.

De pronto, la puerta de la celda se abrió y apareció la hermana Hermenegilda. Tenía la cara desencajada.

.-Jimena, no salgas de la celda hasta que te avise. Ha sucedido una gran tragedia, la madre superiora ha fallecido.

Me quedé impactada entre semejante noticia. ¿De qué habría muerto?, ¿era el diablo quien se la había llevado o fueron las crudas palabras del reverendo Zacarías?

En mi habitación tenía una mesita con una palangana que procuraba tener siempre llena de agua, y debajo de ella, en un agujero hecho en la madera, un orinal que decidí utilizar en aquellos momentos. Me aseé, me vestí y me senté en una silla. No podía estar tranquila, me levanté y me puse a pasear. ¿Qué estaría sucediendo?.

Al cabo no sé de cuánto tiempo, se abrió de nuevo la puerta y apareció la hermana Hermenegilda. Traía un bollo con un vaso de leche.

.-Jimena, todavía no puedes salir de la celda. He mandado un mensaje a mi señora madre para que vengan cuanto antes a buscarte. Aquí las cosas se pueden poner muy mal.

Sus palabras salían atropelladamente y , por su forma de entonarlas, demostraban su miedo, hecho que acentuaba más el mío.

.-Si viniera el reverendo padre Zacarías a hacerte alguna pregunta, por Dios, Jimena, tú no sabes nada de nada. Porque en verdad no sabe nada, ¿verdad Jimena?

La angustia y la confusión empezaban a hacer mella en mí.

.-Jimena ¿qué te ocurre? Te has quedado pálida.

.-Nada, reverenda hermana – dije intentando que no descubriera mis pensamientos- No, desde luego que no- no se nada.

.-Está bien, Jimena, no salgas de la celda. Ve haciendo un hatillo, regresaré a por ti en cuanto vengan a buscarte.

Las horas me parecieron interminables. Mis pensamientos se mezclaban unos con otros, lo que impedía pensar con claridad. La hermana Hermenegilda vino a buscarme. No me dejó despedirme de nadie, ni siquiera de la hermana Virtudes. Yo no tenía fuerzas ni para llorar. Salimos del convento, en las afueras se encontraba un hombre con pinta de huraño sentado encima de un carro. La hermana me dio un convulsivo abrazo y aquel hombre, agarrándome de un brazo, me subió al carro que me llevaría a la mansión de la familia de la hermana Hermenegilda.

Durante el trayecto, me juraba a mi misma, aunque sabía que me estaba prohibido jurar, que algún día regresaría y descubriría lo que había ocurrido entre aquellos muros. Unos muros en los que había sido feliz y que ahora se convertían en sombras terroríficas.

Ahora, al recordar todo aquello, me daba cuenta de que mis deseos de volver al convento habían superado mis miedos. Empezaba a comprender que el tiempo lo iba marcando todo, aunque siempre surgirían nuevas vivencias que nos llenarían de incertidumbres. Me dije a mi misma que tarde o temprano regresaría a aquel convento en el que había vivido mis mejores años, que solo se vieron ensombrecidos cuando apareció el nombre de la Inquisición. Y no solo era ya por curiosidad, sino porque me consideraba en deuda con las hermanas, incluso con la propia madre superiora. Lo que tampoco olvidaba eran os sentimientos entre hombres o entre mujeres de os que me había hablado la hermana Virtudes.

CAPITULO VI

Como todas las mañanas, estaba sentada en las cocinas a las esperas de que la cocinera, Gertrudis –que, por cierto, me adoraba-, me diera el desayuno. Hasta allí llegaban las voces de los señores, voces mezcladas y que, debido a su volumen, no podía entenderse lo que se decían, a pesar de que las sirvientas que allí se encontraban mantenían un silencio absoluto.

Mire a Gertrudis y, como siempre suele sucedernos, le hice esa pregunta absurda que de antemano sabemos que no se nos va a responder.

.-¿Qué ha ocurrido, Gertrudis, para que los señores estén dando esas voces?

Gertrudis me miró con una expresión de duda de si responderme o no cuando se adelantó Serafina, una sirvienta ayudante en las cocinas aproximadamente de mi misma edad, que sin saber por qué, me odiaba a muerte.

.-No tienes por qué enterarte y tampoco te tiene que interesar. No creo que a nuestros señores les hiciera gracia que algunas de nosotras conociera los motivos de sus discusiones, sobre todo tú, que eres una chismosa.

Me quedé perpleja ante aquellas palabras, ya que lo que decía no eras verdad. Gertrudis me hizo un gesto de que silenciara mi opinión y, con esa

sabiduría que le caracterizaba, la mandó a que fuera a recoger verduras al huerto, orden que aceptó a regañadientes porque conocía los motivos de aquel mandato. Antes de irse, me dio un empujón con la intención de verter el vaso de leche que en esos momentos intentaba beber. Mi equilibrio evitó que sucediera y opté por no decir nada.

Nada más salir, Gertrudis se me acercó y me dijo en un susurro.

.-Algo grave está sucediendo, niña, y tiene que ver con la señora doña Lucrecia. Parece ser que está viéndose con un conde cuya familia es enemiga de esta casa t según ciertos rumores, son espías de la santa Iglesia.

Al escuchar aquellas palabras, sentí un escalofrío. Sabía que lo de espía podría estar relacionado con la Inquisición.

.-Que pálida te has puesto, Jimena. ¿Qué es lo que tú sabes?

La miré a los ojos. Su expresión era muy limpia y las otras dos sirvientas se encontraban muy alejadas de nosotras, por lo que decidí, bajando el tono de mi voz, de forma resumida y obviando lo del convento, decirle que era cierto que mi señora se veía con un conde.

.-Pero dime, Gertrudis- le pregunté-, ¿qué es ser espía de la santa Iglesia?

Ella me miró dudando si decírmelo o no.

.-Jimena, esto no se te ocurra decírselo a nadie. Nos traería graves problemas, tanto a ti como a mí. Los espías de la santa Iglesia se dedican a buscar herejes, personas pecadores contra la fé católica, y denunciarlos

ante el inquisidor.

Mientras me decía aquellas palabras, se santiguaba una y otra vez, lo que hacía que yo me encontrara cada vez más asustada. No me dio tiempo a seguir pensando, de pronto, se abrieron las puertas de las cocinas y apareció mi señora con el rostro desencajado y gritando mi nombre.

.-Jimena, vamos sígueme.

Diciendo esto, salió a toda prisa. No había terminado mi desayuno, pero me levanté como un resorte. Antes de salir, Gertrudis puso en mis manos un bollo dulce. Según iba andando, con la fusta iba dando a todas las flores que encontraba a su paso, flores que caían deshojadas al suelo, lo que provocaba en mí cierta pena. Me dio la sensación como si alguien me estuviera observando. y me giré. Un hombre no muy mayor, pero cuya figura era siniestra, venía detrás de nosotras.

Mi señora decidió sentarse en uno de los bancos del jardín y me miró diciéndome.

.-Siéntate a mi lado, Jimena.

Jamás me había sentado a su lado. Siempre me había mantenido a cierta distancia; no sé por qué aquel gesto amigable me ponía en alerta de que habría consecuencias y que estas podrían salpicarme.

Cumplí sus órdenes. No pude evitar mirar furtivamente a aquel hombre, que se había quedado parado a cierta distancia.

.-Jimena –mi señora había bajado el tono de su voz-. ,tienes que ayudarme.

¿Te has fijado en que nos siguen? Me siento cautiva entre estos muros.

Mis padres quieren que deje de verme con el conde Froilán. Han amenazado con desheredarme si no lo hago.

Sus deseos son sellar un matrimonio con el bobo del conde Federico, un ser pusilánime, ferviente obediente de su madre, una mujer viuda peor que mi madre y que le tiene totalmente manipulado. Son íntimos amigos del rey y una de las grandes fortunas de la Corte. También es cierto que mis sentimientos hacia el conde son solamente carnales. Pero me resisto a tener que caer en los brazos de un idiota. ¿Qué harías tú Jimena?

De nuevo, me desconcertaba al pedir mi opinión.

.-Yo, mi señora, me casaría con el señor conde Federico, pero no dejaría de ver al conde Froilán.

Me miró con una expresión de perplejidad hasta yo misma me había asombrado de mis palabras.

.-Jimena, ¿cómo una doncella inculta puede tener semejantes pensamientos?

No me consideraba una inculta y consideraba que mi forma de ser no estaba influida por la cultura que pudiera haber adquirido.

.-No sé, Jimena, si llegara a los oídos del señor conde, me lapidaría. Lo que me urge ahora es terminar mi relación con él, y de ello te encargarás. Le llevarás un mensaje escrito.

Se me erizó hasta el vello de las pestañas. ¿y si se enteraban sus padres? Peor aún, ¿y si se enteraba aquel siniestro inquisidor? Me quemarían en la

hoguera.

Ella tuvo que ver mi expresión de terror, lo que hizo que sus labios dibujaran una sonrisa entre sarcástica y triste.

.-No te preocupes, no te pasará nada. Si algo ocurriera, diré que he sido yo quien te ha mandado.

No me fiaba de sus palabras. Además, realmente, ¿a quién tendría que tener obediencia a sus padres o a ella?

Del señor conde, después de saber las personas de las que se rodeaba y de lo que me había contado Gertrudis, me fiaba aún menos, pero sabía que terminaría montando a caballo y entregándole aquella misiva.

Como así fue, galopaba en dirección hacia el lugar de encuentro entre mi señora y el señor conde. No podía evitar mirar hacia atrás por si era seguida por aquel siniestro personaje, pero como mi señora se había quedado en palacio, no tendría más remedio que quedarse con ella.

Cuando llegué, me encontré con el señor conde sentado en una roca, y cerca de él, el caballero. No sé por qué decidí no bajar de la cabalgadura y darle al caballero la nota para su señor. La expresión del señor conde iba cambiando a medida que iba leyendo.

Tiró la nota al suelo y la pisoteo.

.-Hazle saber a tu señora que se acordará de esto como se acordarán sus padres. ¿Quién se ha creído que es para abandonarme diciendo que sus padres la obligan a hacerlo? Dile que tengo cierta información sobre su

padre, información que será muy bien recibida por cierta institución.

Diciendo estas palabras, vino hacia mí y, con su fusta, me dio en uno de mis muslos. Sentí tal dolor que se me saltaron las lágrimas.

.-Eso también se lo daría a ella, y por partida doble.

El caballero, entonces, mirándome maliciosamente dijo:

.-Señor conde, ¿no cree que deberíamos desmontarla del caballo y ver si es aún virgen?

La expresión de los ojos de aquellos dos desalmados era de auténtica concupiscencia. El caballero, según hablaba, se me había ido acercando. No lo dudé ni un instante y, espoleando a mi caballo, me puse a galope en dirección al palacio.

Podía escuchar sus voces, gracias a Dios, se perdían en la lejanía. Ni el dolor lacerante que me había producido el fustazo atenuaba el miedo que sentía dentro de mi cuerpo. ¿Cuán sería la información que tendría de mi señor? Por otro lado pensaba qué era lo que iba a decirle a mi señora.

Llegué a las caballerizas. Allí, en una de sus esquinas se encontraba aquel hombre, y dentro mi señora con cara descompuesta y confusa.

.-Dime, Jimena ¿qué te ha dicho?

Desmonté y le respondí.

.-Qué usted, mis señora, y sus señores padres se acordarán de esto, que tiene cierta información sobre su padre, información que será muy bien recibida por una institución.

Obvié lo del fustazo. Me dio tal bofetada que casi me voltea mi cara. Volví a sentir un fuerte dolor, pero esta vez no lloré. Cada vez entendía menos. ¿Por qué me hacían pagar a mí sus desventuras?

.-Me estás mintiendo, no es posible que sea esa su contestación. El señor conde me adora y se habrá quedado apesadumbrado y triste. Además, no sé qué clase de información puede tener sobre mi padre.

Por mi expresión, tuvo que intuir que le estaba diciendo la verdad, porque su actitud cambió de la furia al terror.

.-Jimena, Jimena-mientras hablaba, me sujetaba por un brazo-,por Dios, ¿de qué forma te hablaba cuando te lo dijo?

.-Estaba terriblemente enfadado mi señora, y hablaba en un tono amenazante.

.-Jimena, dime qué harías tú en mi situación. ¿Se lo dirías a tus padres?

Nuevamente, buscaba mi opinión. Tenía que estar muy desesperada, presentía que todo aquello terminaría por afectarme.

Pedir ciertas opiniones podría caer en cierta incoherencia, como era en el caso de esta. Mi situación no era como la de ella, mis padres no eran como sus padres. ¿Qué credibilidad podría tener mi padre, siendo, desgraciadamente, como era, un borracho? ¿Y mi madre?, que objetividad y sapiencia tendría habiendo estado siempre enferma? También había que reconocer que los suyos, su madre, una histérica, y su padre, egoísta y caprichoso, tampoco podrían tener mucha fiabilidad en sus criterios.

.-Vamos, Jimena, deja de mirarme con cara de boba y contéstame, te lo

ordeno.

Tampoco era muy lista que digamos. Me obligaba a decir mi opinión, si yo hubiera sido una mala persona, le habría dicho lo contrario de lo que pensase, pero para mi desgracia, no era una mala persona y tampoco una mentirosa.

.-Mi señora, eso dependerá de los motivos que tenga para decírselo.

Se quedó sorprendida ante mi respuesta.

.-Cada vez me sorprendes más, Jimena. Quizás no te valores como te mereces y tengas una inteligencia superior a la que debería tener una simple sirvienta.

¿Qué tendría que ver la inteligencia con el poder de la persona? Ignoré su contestación.

.-La verdad, Jimena, no sé qué motivos podrían llevarme a decírselo.

Ella si que era ignorante y boba.

.-Pues verá, mi señora, creo que debe decírselo por varias razones. La primera , para que estén prevenidos por lo que pudiera ocurrir y la segunda, tiene que demostrarles su inocencia en todo este asunto y hacerles ver que ha obedecido sus órdenes.

.-Tienes razón, Jimena, se lo contaré, pero tú estarás presente. Vamos acompáñame. Sin llamar y de forma brusca, abrió las puertas de aquellos salones. Su señora madre estaba sentada y tenía entre sus manos un pañito que parecía bordar, y su señor padre, sentado en uno de los

sillones con la cabeza ladeada, parecía dormitar, cosa que dejó de hacer al escuchar el ruido que hicieron aquellas puertas al ser abiertas.

.-Perdonadme por interrumpiros, pero al intentar cumplir vuestra voluntad ha sucedido algo terrible. Envié a Jimena con una nota para comunicarle mis deseos de terminar nuestra relación, y él ha reaccionado con gran furia, amenazándonos con pasar una información que tiene sobre mi señor padre a cierta institución.

Doña Adelaida se incorporó de golpe, estuvo a punto de perder el equilibrio.

.- ¿Cómo? Ese traidor ha tenido la osadía de amenazarme-dirigiendo su atención hacía don Braulio, le preguntó:- Mi querido esposo, ¿qué información es la que tiene sobre ti?

Don Braulio se había quedado blanco como la leche y no fue capaz de articular palabra. Se hizo un tenso silencio en el que todas las miradas se dirigieron hacia él en espera de su respuesta.

,-.No lo s.-Intentaba recobrar su compostura-. Ignoro lo que ha querido decir, es un taimado y miserable que se inventará cualquier motivo para denunciarnos. Y sobre la institución, me imagino que se habrá referido a la Inquisición. Ya sabemos de su amistad con el inquisidor.

Doña Adelaida se dejó caer en el sillón.

.-Mis sales, mis sales. Me está dando un soponcio.

.-Soponcio te va a dar si ese conde cumple sus amenazas -contestó don

Braulio en tono enérgico-. Dinos, Jimena, ¿cómo actuó el señor conde y de qué forma? Sin olvidarte ni un detalle, por absurdo que te parezca.

Ante aquella situación y con un miedo que me hacía sudar, le referí todo lo que había ocurrido, sin obviar la actitud y las palabras del caballero.

,-Sus modales y sus amenazas vienen a demostrarnos lo que realmente es y nosotros conocíamos. Sin embargo, mi hija ha sido una estúpida y, a pesar de nuestras advertencias, nos ha desobedecido. No ha tenido en cuenta el valor del conde Federico y ha caído en los brazos de un siniestro y maléfico individuo que ahora, al intentar abandonarle, no se limita a amenazarla a ella, sino que nos amenaza a todos nosotros.

Lucrecia, deshecha en llanto, intentó abrazar a su padre, pero él la rechazó de forma brusca.

.-No, Lucrecia, no. Hay veces que las lágrimas no disuelven la tragedia ni solucionan la gravedad de los problemas solo sirven para demostrar la debilidad o la rabia de quienes las hacen fluir. Conocemos las artimañas del señor conde y de su familia, nos denunciará ante la Inquisición, y vete a saber en qué basará su denuncia.

.-Mi querido esposo –le interrumpió doña Adelaida-, ¿qué podemos hacer? Que Dios nos ampare, todos corremos un grave peligro. ¿Por qué no le pedimos opinión al reverendo don Agustín?

.-Por Dios, Gertrudis, ni se te ocurra hacerlo. Además, no-respondió él de forma contundente y fría – No vamos a correr ningún peligro porque tu hija retornará de nuevo a los brazos de ese sinvergüenza.

.-Eso no, padre. Eso no. Madre, no lo consintáis. Froilán está herido en su amor propio, y máxime cuando de ello se ha enterado su amigo, el caballero. Me lo hará pagar con creces, prefiero que me prometáis en nupcias con el conde Federico.

Mientras estaba diciendo estas palabras, se había tirado a los pies de su madre.

Doña Adelaida la apartó de ella y , con una expresión furiosa en su mirada, dijo:

.-Es tarde, mi amada hija, tu señor padre tiene toda la razón. Tú lo has querido así desde el primer momento en que te echaste en sus brazos. A pesar de que te advertimos de la clase de familia de la que provenía, no te importó desobedecer nuestros mandatos para calmar tu capricho y tus deseos de la carne. Ahora tendrás que asumir las consecuencias y aceptarlas.

Por tanto, no hagas que seamos nosotros los que tengamos que buscar a ese maldito. Búscale como tantas veces habrás hecho y retorna de nuevo a sus brazos. Cada uno de nosotros debemos asumir nuestros hechos. Como mujer que eres, y más lista de lo que aparentas, sabrás barajarle y mantenerle en tu lecho, que es en donde ganamos las batallas las mujeres. ¿O es que prefieres que reneguemos de ti como hicimos con tu hermana?

Mi señora se quedó confusa ante aquellas palabras y preguntó?

.-¿Qué hicisteis con mi pobre hermana?

.-Eso a ti no te tiene que importar, solo te diré que renegamos de ella como consecuencia de los hechos sucedidos en aquel convento.

Mis pensamientos se confundían de tal forma que creía que estaba viviendo una irrealidad. ¿Cómo que había renegado de la hermana Hermenegilda?, ¿qué es lo que pasó aquel día que me hicieron abandonar el convento? No sé por qué presentía que no lo llegaría a saber nunca.

Ni a doña Adelaida ni a don Braulio se los veía dispuestos a seguir hablando, y mi señora parecía haberse quedado muda. ¿De esta forma querían los padres a los hijos? Quizás era le menos indicada para hacer una valoración. Desconocía lo que era el amor de unos padres y tampoco sabía si mis progenitores, viéndose en ésta misma situación, habían actuado de la misma manera. Mi señora salió de la habitación con la mirada perdida y como si estuviera en otro mundo.

Mientras caminábamos por los pasillos en dirección a los jardines, mantuvo un tenso silencio. Una vez entre aquellos árboles y flores, comenzó a hablar de forma tan rápida que se interponían las palabras unas sobre otras y era difícil entenderlas. Miré hacia atrás para comprobar si nos seguía aquel siniestro hombre, pero había desaparecido. De pronto, se sentó en uno de los bancos y levando sus manos a su rostro, comenzó a llorar convulsivamente ante mi atónica mirada, que no sabía que era lo que tenía que hacer ante tan incómoda situación. En el fondo, sentía cierta pena por ella, pero también tenía que admitir que sus padres tenían razón. Ella había hecho caso omiso a sus advertencias, y no solo ella se había puesto en peligro, nos había puesto en peligro a todos.

Realmente, ahora tendría que asumir las consecuencias.

.-¿Has visto, Jimena? No les importan sus hijas, solo su bienestar. ¿Qué es lo que habrá sucedido en ese convento en el que obligaron a mi hermana a encerrarse? Pensé que Hermenegilda estaba bien, y lo cierto es que ese maldito conde me tenía totalmente absorbida.

Mi hermana tenía una gran belleza y la pretendieron varios nobles, pero se enamoró de quien a mis padres no les convenía y no consintieron esa unión. Hermenegilda prefirió ingresar en ese convento. Como habrá sucedido algún hecho que puede haber afectado a su bienestar, han decidido prescindir de su hija, y a saber nuestro Señor a qué precio habrá sido.

No pude evitar sentir tristeza por la hermana Hermenegilda, pero ¿qué podría hacer yo, una humilde sirvienta?, Mis pensamientos se vieron interrumpidos por sus palabras.

,-Ayúdame tú, Jimena. ¿Qué debo hacer? Ese hombre me maltratará después de lo que ha hecho, no me perdonará nunca y me hará pagar las consecuencias.

Seguía con esa sensación de que saldría perjudicada por todo aquello. Sin reflexionarlo, le contesté.

.-Muy sencillo, dígame al señor conde que le echa muchísimo de menos y que no a respetar la decisión de sus padres, que quiere fugarse con él.

Me miró con expresión de asombro.

.-Me parece una idea brillante. Jimena, si la amara, pero me he sentido

atraído físico y...

Se quedó callada, no sé si por vergüenza o porque no quería descubrir su forma de ser. Imaginé que quizás sus palabras hubieran sido “Disfrutaba con lo que hacíamos y tengo que reconocer que también sentía cierto placer al desobedecer a mis progenitores y...”.

.-¿Qué más le da mi señora? Seguramente sus padres no la hubieran casado con quien hubiera elegido, sino con quien a ellos les hubiera interesado.

.-Tienes razón, Jimena, no tengo escapatoria, y después de lo que le habrá ocurrido a Hermenegilda, no me dejarán la opción de ingresar en un convento.

Por unos instantes, se hizo un triste silencio.

.-Tendrás que ser tú quién le lleve el mensaje al señor conde.

.-Pero, mi señora-le respondí con expresión de espanto-,¿dónde debo llevar la nota? No creo que el señor conde vuelva al lugar de sus encuentros.

.-No tengas miedo, Jimena, no se la llevarás al señor conde. Se la entregarás a Catalina, la cocinera de la fonda del pueblo. Es a ella a quién, a través de una sirvienta, le he entregado siempre mis mensajes.

Me imaginé que la sirvienta a la que se refería sería Serafina.

Cuando salí a galope en dirección al pueblo con aquella nota en mi faldriquera, sentía como mi corazón se encogía por el terror.

Pensamientos de miedo pululaban en mi mente, haciéndome sentir cada vez peor. Tuve que parar en mitad del camino, bajarme de mi cabalgadura y vomitar a un lado del camino.

El pueblo estaba sucio, lleno de barro. Las casas se veían miserables, los niños andaban descalzos por las calles. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No pude evitar recordar el pueblo donde viví con mis padres.

La fonda destacaba del resto de las casas. Era más grande y se la veía más limpia. Desmonté y até mi cabalgadura a una barra de madera que había en la puerta, en la que se encontraban atados varios caballos. Me cubrí parte de mi rostro con un pañuelo y entré en aquella fonda.

Di un paso hacia atrás al ver que estaba llena de hombres que bebían sin ningún control, cuyas voces y risas taladraban las paredes. Flotaba en el ambiente un olor mezcla de sudor y alcohol. Me pareció ver entre aquellos rostros el de mi padre, pero fue una burla de mi mente. Se hizo un tenebroso silencio al verme entrar. Sin pensarlo dos veces, me acerqué a un lúgubre personaje que estaba detrás de un mostrador. Él con su boca, hizo una especie de mueca que dejó de ver sus negruzcos dientes, donde faltaban algunos de ellos.

.-Vaya, ¿de dónde ha salido esta aparición?

Me estaba arrepintiendo cada vez más de haber caso a mi señora.

.-Vengo de parte de mi señora, doña Lucrecia, para hablar con la cocinera Catalina.

Por el rabillo de mis ojos pude ver cómo se levantaba un hombre muy corpulento y se dirigía hacia donde me encontraba. Entorné mis ojos al ver cómo su brazo se extendía hacia mí, pero se quedó suspendido en el aire al surgir de entre aquellas cortinas la imagen de una mujer cuyos cabellos negros y rizados le caían sobre la espalda. Sus ojos eran enormes y negros como tizones. Puse entre aquel individuo y yo una fina y larga espada.

.-¡Alto ahí, desgraciado, ni se te ocurre tocarla o te rebano la garganta!
¿No sabes que doña Lucrecia es amiga del señor conde Froilán?

Se levantó una especie de murmullo y aquel hombre volvió a su asiento sin decir palabra. El mellado se limitó a irse a un rincón del mostrador.

.-No te conozco. ¿Por qué te mandan a ti y a no a Serafina como otras veces han hecho?

Ahora me podía fijar más en ella. Era muy hermosa y sus senos blancos y erguidos parecían querer salir por un escote que intentaba cerrar con cintas de colores.

.-Contesta, ¿o es qué nunca has visto unos pechos de mujer?

Menos mal que llevaba el pañuelo que tapó el rubor de mi cara.

.-Bueno yo...Claro. Me han enviado a mí porque el asunto es más grave.

Me estaba arrepintiendo de sincerarme con aquella mujer a la que no conocía, pero tenía que reconocer que había evitado que aquellos hombres me intimidasen, y vete tú a saber que riesgos más.

.-Vamos, dentro. Aquí hasta las paredes oyen.

Cuando entré, sin ningún tipo de miramiento, arrancó mi pañuelo de mi rostro.

.-No me gusta hablar con personas que tienen su rostro tapado.

Sus ojos, al ver mi cara, no pudieron evitar una expresión de sorpresa.

.-Eres muy bella, ahora entiendo por qué te has cubierto el rostro.

Me sentí avergonzada ante sus palabras y no pude evitar sentir una especie de calor sofocante.

Soltó una carcajada.

.-Además, ¿eres vergonzosa. Pero ¿cómo mandan hacer este trabajo a una persona como tú?

La soltura de aquella mujer me acobardaba y me hacía sentir estúpida. Ella tuvo que intuirlo y me volvió a tapar el rostro, diciéndome.

.-Si, será mejor que te cubras. A ver, dame el mensaje.

La tendí la nota. La cogió como dudando, pero después me la devolvió, diciendo.

.-No sé leer, y ¿tú?

Iba a decirle que no. Entre otros motivos, no quería faltar el respeto a mi señora, pero viendo cómo se estaban poniendo las cosas y que podría yo ser también afectada, decidí leerlo.

.-Yo sí. “Mi amado señor, os echo tanto de menos que cada día muero por

vuestro ausencia. No quiero estar más entre estos muros y tampoco quiero seguir obedeciendo a mis progenitores. Ven, amado mío, y rescátame. Huyamos a otros mundos.

Soltó una carcajada.

.-Pero que mujer más boba tiene que ser esa señora tuya, qué poco conoce al conde. A mis oídos ha llegado lo que le ha hecho, el conde no es un hombre bueno. Dime tu nombre, tampoco me gusta sincerarse con personas cuyo nombre desconozco.

.-Me llamo Jimena, señora.

De nuevo, soltó una carcajada.

.-¿Yo?, ¿señora? Llámame Catalina. Verás Jimena, me gustas. Pareces una persona , además de honrada, ingenua. El señor conde es un villano hy solo quiere a tu señora para casarse y poder salir de la ruina a la que ha llegado por su mala cabeza, por sus juegos y sus perversidades. Ahora, Jimena, sé sincera conmigo y dime por qué ha cambiado tu señora de opinión.

Entonces, sin saber muy bien por qué, le conté todo lo ocurrido con aquel dichoso conde, mi señora y sus padres.

Puso sus dedos en señal de cuernos y los frotó contra la mesa.

.-A ese personaje que has nombrado, el Inquisidor, procura no nombrarlo más. Hay espías por todas partes.

Su mirada transmitía el miedo que debía sentir. Bajando aún más el tono

de su voz, dijo:

.-Entonces, lo que quieren esos señores tuyos es mercadear con el cuerpo de su hija sin importarles las consecuencias.

Se quedó en silencio y escupió sobre el suelo.

.-Qué repugnancia, y luego seguro que irán a las misas y comulgarán. Por lo menos nosotros, los pobres, no somos tan cínicos. Hacemos lo mismo que ellos, pero no nos escudamos en la religión para justificar nuestras acciones. Ellos, además, tienen la desvergüenza de hacer que la Iglesia se las bendiga.

Yo la observaba cada vez más asombrada por sus palabras. No podía contradecirla, tenía toda la razón.

.-Ten cuidado, Jimena, esto va pintando mal, muy mal. El señor conde, además de todo lo que te he dicho que es, creo que no está muy bien de la cabeza, sobre todo la poierde cuando llena su barriga del líquido rojo.

Estaba confundida. ¿Cómo sabía ella tantas cosas sobre el señor conde?

.-Por lo que pude observar en tus ojos, estás pensando cómo es posible que le conozca hasta esos extremos. No sé cómo no te has dado cuenta ya. Ese señor conde me folla cada vez que quiere, amenazándome con que si no lo hago, no solo me quitará la fonda, sino que me llevará ante los tribunales de esa institución y me ejecutarán como puta.

Y por si fuera poco, viene acompañado de un caballero al que llama

Leonardo, un hombre bravucón que siempre termina peleándose con

algún desgraciado y, no conforme con eso, se trae a alguna muchacha del pueblo. Unas veces vienen porque quieren y otras porque él las obliga terminando por violarlas.

Dejé caer hasta mi pañuelo del temblor de miedo que me entró.

Soltó una carcajada y me dijo:

.-Mírame.

Sin ningún tipo de pudor, dejó caer su vestido, quedándose totalmente desnuda. Tenía un cuerpo muy hermoso. Su vello púbico, negro como el dolor de sus ojos, sobresalía de sus bragas. Sus muslos eran redondos y perfectos. Sus pechos erguidos apuntaban hacia arriba, como los picos de las montañas, pero al fijarme en su espalda, vi que estaba llena de cicatrices por las que ahora ella pasaba unos dedos blancos y finos.

.-Fíjate, Jimena, estas son las cariñosas marcas que deja el señor conde cuando no hago lo que él quiere.

Se me saltaron las lágrimas, lágrimas que ella vio y poniéndose de nuevo el vestido, se acercó a mí y me abrazó.

.-Es la primera vez que veo a una persona llorar por mí, niña. Gracias, Jimena, por esas lágrimas que no olvidaré nunca. Tienes que estar alerta, Jimena, no sabemos el rumbo que tomará todo esto. Yo le entregaré la nota a ese maldito conde. Estaré en contacto contigo a través de un panadero que os lleva las viandas al palacio. Se llama Teodoro. Tampoco te fíes ni de tus señores, ni de tu señora, ni de la servidumbre del palacio.

Vamos, te acompañaré hasta la salida del pueblo.

Salió y, mirando de forma desafiante a aquellos hombres, les dijo:

.-Voy a tomar prestado uno de vuestros caballos. No creo que os importe
-Se escuchó un sonido de aprobación-.Espero que a ninguno se le ocurra
la osadía de perseguirnos.

Me quedé asombrada con la agilidad con que montó en el caballo.

.-Vamos Jimena. Tienes que salir cuanto antes de aquí, pronto
anochecerá.

Ya en el límite del pueblo, paró su cabalgadura, sujetó mis riendas y se
acercó a mí.

.-Nos veremos, pequeña, haz caso de mis consejos. Ahora sigue adelante y
no mires hacia atrás.

No pude evitar hacerlo y vi cómo aquella silueta de mujer, cuya cabellera
era vapuleada por el viento, iba desapareciendo en la lejanía.

El silencio de la noche y su oscuridad me estaban aterrorizando. A pesar
de que las estrellas intentaban, con su resplandor, iluminar la tierra, me
daba la sensación de que me perseguían y el viento parecía traerme
susurros de voces lejanas.

Al ir acercándome a las puertas observé que estaban cerradas, pero, de
pronto, empezaron a abrirse para darme paso. En la entrada se
encontraba el cancerbero y, al fondo, mi señora doña Lucrecia con

expresión de ansiedad.

.-Por Dios, Jimena, ¿cómo has tardado tanto?, ¿qué ha sucedido?, ¿has entregado el mensaje a Catalina?. Vamos habla de una vez.

Después de los peligros a los que había estado expuesta, ni siquiera se preocupaba por sí me había ocurrido alguna desgracia. solo le interesaba saber si había entregado su dichoso mensaje.

.-Señora-dije, asfixiada por el cansancio de haber estado cabalgando-, el mensaje ha sido entregado ya.

Por supuesto, obvié darle todos los detalles de la conversación mantenida con Catalina.

.- ¿Te ha hecho algún comentario?, ¿sabe dónde se haya el señor conde?

Pensé en contestarle “No sabe dónde se encuentra, pero le conoce mejor que vos”.

.-No, la cocinera-preferí no decirle su nombre para no alertarla de la confianza que había tenido con ella-desconoce dónde está el señor conde, pero se ha comprometido a entregarle vuestro mensaje.

La expresión de sus ojos demostraba que no estaba del todo convencida.

.-Está bien, Jimena espero que hayan hecho bien las cosas. Retírate ya a descansar.

Estaba tan agotada que me tiré vestida encima de la cama. No tenía fuerzas ni para quitarme la ropa y, a pesar de no haber probado bocado

desde el mediodía, no tenía hambre. El miedo tenía todo mi cuerpo en tensión. Un pesado sueño me fue invadiendo. Me desperté de golpe, sudando por todos los poros de mi piel. Había soñado que el caballero Leonardo me perseguía por los prados hasta darme alcance. Intentaba violarme y yo me defendía. Entonces me dio tal golpe que me quedé semiinconsciente, en esos momentos, gracias a Dios me desperté, me levanté de la cama y, poniéndome de rodillas, ya no recordaba la última vez que lo había hecho, comencé a rezar. No pude evitar recordar a las hermanas del convento y a la madre superiora. ¿Qué habría sido de ellas?, ¿qué era lo que se encerraba detrás de aquella Inquisición?, ¿cómo saber sobre ella?' Entonces vino a mi memoria la imagen del maestro. Seguro que él tenía que saberlo.

CAPITULO VII

Mi señora, cuando terminaba las clases se retiraba a sus aposentos diciendo que le molestaba la cabeza de tanto pensar, hecho que a mí me venía muy bien porque así aprovechaba para hacer preguntas sobre lo que no había entendido, pero ahora lo que más me interesaba era saber sobre aquella inquisición.

.-Señor maestro, ¿por qué no me dice vuestra vucencia qué es la Inquisición?

Me miró con expresión de extrañeza al mismo tiempo que su rostro adquiría una expresión cadavérica. Carraspeó y me contestó.

.,Serás mejor que me esperes entre ese grupo de grandes setos que están detrás del jardín. Aquí pueden escucharnos.

Salimos por distintos lados para evitar sospechas. Nos sentamos los dos protegidos entre aquellos arbusto.

.-Jimena, no sé si debo contarte esto, y n solo por lo que peligros que yo podría correr, sino por lo que pudiera sobrevenirte a ti.

Comprendí que era la única oportunidad que me brindaba el destino para saber sobre aquella “cosa” y no podía dejarla escapar. Cubrí mi rostro con mis manos y de forma desesperada le dije:

.-Tengo derecho a saberlo, han amenazado al señor conde con esa

institución, mi vida también podría correr peligro y ni siquiera sé a lo que me enfrento.

La palidez de su rostro se acentuó.

.-¿Cómo que han amenazado al señor conde?, ¿y por qué?

Le conté todo lo que había ocurrido. Conforme le iba hablando, se iba poniendo cada vez más pálido.

.-Dios en su infinita misericordia nos proteja. Da amenaza es debida a que el señor conde, al igual que yo, es judío converso.

No entendía nada. ¿Qué era eso de ser judío? Y, además, converso. ¿y por qué la Inquisición les perseguía?

.-Nos cambiamos los apellidos y nos hicimos conversos, pero de ello seguiremos hablando más adelante. Ahora me centraré en el señor conde, parece ser que, debido a las suculentas informaciones que obtiene, unas veces ciertas y otras falsas, sobre herejes, conversos y personas que atentan contra las leyes de Dios, está muy protegido por la santa Iglesia y por el rey.

.-Pero no lo entiendo, maestro, ¿qué ser hereje, judío, converso?

.-Verás, Jimena, la herejía existe desde tiempos remotos. Hereje es aquel que va contra la religión cristiana, poniendo en duda sus preceptos y su verdad. La Iglesia los había perseguido siempre, pero nunca les tuvo miedo. Hace siglos existió un pueblo entre Italia y Francia cuyos habitantes, llamados cátaros por lo que cuentan y yo interpreto,

consideraban que la Iglesia había perdido la esencia de sus primeros años y se había dejado llevar por el lujo y las jerarquías.

Aseguraban que los templos eran nuestros cuerpos y el mundo se barajaba entre el bien y el mal. El bien era la parte espiritual y el mal era la carne, por ello celebraban las muertes, porque el espíritu le había ganado la batalla a la carne. Entre otras leyes proclamaron la Endura, una especie de ley que, en muy contadas y extraordinarias ocasiones, permitiera el suicidio por medio de la privación de comer y beber, y una de esas ocasiones eran cuando intuían que el fin de la persona estaba próximo. Consideraban la biblia como un libro atroz y monstruoso por los relatos que contenía. Rechazaban el signo de la cruz por **considerarlo** una muerte ignominiosa y no admitían la eucaristía. Vivían en la pobreza, al estilo de los antiguos cristianos, ayudándose los unos a los otros.

Se quedó un momento en silencio como para retomar aire.

.-Bien, es una historia larga de contar y la dejaremos aquí. Intentaré darte los libros donde puedas seguir adquiriendo información sobre lo que estoy contando. La cuestión es que eso empezó a resurgir con mucha fuerza, y parece ser que la Iglesia cogió miedo y fundó la Inquisición para perseguirlos y ajusticiarlos.

<<Viendo que se enfrentaba a un pueblo muy valiente y con mucho coraje, decidió solicitar ayuda al monarca francés, que, aunque al principio se resistió, se dio cuenta de los beneficios que daría anexionar aquel pueblo a la corona francesa y terminó aceptando. Según sigo interpretando, después de crueles luchas consiguieron someterlos, muriendo los últimos cátaros enterrados en una catedral, cuyas puertas

cerraron unos ejércitos que, en nombre de Dios, hicieron terribles atrocidades.

<<Y ahora seguiremos con mi pueblo. Terminada esta sangrienta lucha, centraron su atención en nosotros, alentados por el hecho de que hacía tiempo que los judíos fueron expulsados de países tan importantes como Inglaterra y Francia. Se escudaron en que éramos los que matamos a Jesucristo y, viendo el poder que íbamos adquiriendo, empezaron a prohibirnos ocupar ciertos cargos y hasta nos prohibieron que nos casáramos con cristianos.

<<Nos amenazaron con expulsarnos del país y que se nos confiscarían todos nuestros bienes si no nos convertíamos al cristianismo-. De ahí surgimos, como he dicho antes, los conversos. Yo era maestro de don Braulio y, después de analizar sosegadamente nuestras creencias y apartándonos de tanta radicalismo, llegamos a la conclusión de que debíamos convertirnos en conversos. A veces sucede que estamos tan inmersos en nuestras creencias que solo vemos la superficie y no vemos la profundidad de las mismas.

<<Al fin y al cabo, casi todas las religiones tienen preceptos muy parecidos y siempre hay un dios. Algunos conversos empezaron a ocupar altos cargos en el Estado y en la Iglesia, a otros se les relegó a ser prestamistas. Estos cargos y trabajos les hicieron amasar grandes fortunas, y esto, unido al hecho de descubrir que algunos de ellos habían mentido y seguían practicando su religión, fue lo que llevó a que fuésemos perseguidos, juzgados y ajusticiados por la Inquisición.

Mientras hablaba, se había quitado unos pequeños lentes porque el sudor hacía que se le resbalaran, con el peligro de que pudiesen romperse.

Yo cada vez entendía menos. Conversos, luchas sangrientas en nombre de Dios, ajusiciamientos a través de terribles torturas, y todo ello bajo la tutela de la Iglesia, que es quien había creado semejante tribunal.

En aquellos momentos, vimos como aparecían en el camino dos jinetes.

El maestro se levantó de golpe.

.-Me marchó, Jimena, alguien se aproxima a palacio. Te suplico que no digas nada de esto a nadie. Todos correríamos un grave peligro.

Me miró a los ojos. Mi expresión tendría que proclamar mis dudas, tristeza y perplejidad.

.-No hay respuestas, Jimena, no hay respuestas. El odio, la crueldad y el ansia de poder del ser humano no tiene límites. ¿Por qué? Aún hoy lo desconocemos, quizás porque si lo descubriésemos perderíamos la poca cordura que tenemos.

Diciendo aquellas palabras, desapareció entre los setos y los árboles del jardín mientras yo entraba cautelosamente por las traseras al palacio.

Estaba en mi habitación aeándome, cuando, bruscamente, se abrió la puerta y apareció mi señora con la cara descompuesta.

.-Ha venido el señor conde con el caballero y ha exigido que tú también estés presente para que escuches lo que vienen a decirnos.

Hablaba de forma atropellada. De pronto sentí unas terribles nauseas y mi cuerpo empezó a temblar.

¿Por qué querían que yo estuviera presente? Recordé las palabras de Catalina de que no me fuera de nadie y preferí no preguntar. También sabía que no me diría la verdad.

Corríamos más que andábamos por los pasillos del palacio hasta llegar a las puertas de unos de los salones que dedicaban para recibir a los altos personajes. Mi señora las abrió y entramos dentro.

Todos permanecieron sentados, a excepción del caballero que se levantó al entrar nosotras. Vi en sus ojos una expresión maliciosa y burlona.

.-Bien, ya que estamos todos, empezaré a hablar-dijo el señor conde-Mi querido amigo Braulio –sus palabras sonaban con cierto retintín-, mis deseos son desposarme con Lucrecia.

Debido a lo que esto supone y que, como cualquier progenitor, desearéis que esté bien acomodada, me imagino que pensarás dar una buena dote no inferiro a lo que yo había pensado, las tierras que van desde el paraje de los cisnes hasta las márgenes del riachuelo del cencerro. Precisamente, el otro día, hablando con el inquisidor, me dijo que le habían hablado muy bien de ellas.

Don Braulio se quedó lanco con la nieve. Más de una vez había recorrido yo esas tierras con mi señora. Eran inmensas, las mejores, tenían abundante agua, sobre todo las que se encontraban en las márgenes del riachuelo mencionado. Antes de que contestara don Braulio, lo hizo doña

Adelaida.

.-De acuerdo, señor conde. Esas tierras las he heredado de mi familia.

Tanto mi esposo como yo estamos de acuerdo.

.-Pero no solo es eso, la doncella de mi futura y querida esposa contraerá nupcias con mi caballero Leonardo.

Una especie de garra atenazó mi garganta.

.-Por supuesto, señor conde-volvió a responder doña Adelaida-.Lo que vos mandíes.

.-Y claro, mi amigo está muy necesitado y quiere una pequeña dote. Tiene una finca y ocurre que está falto de animales. Necesitaría unas cuantas cabezas de las que tenéis en vuestras tierras.

A doña Adelaida le cambió totalmente la expresión de sus ojos, pero don Braulio asintió con un gesto. Yo creí estar viviendo un mal sueño y dirigí mi mirada hacia mi señora doña Lucrecia, la cual tenía una expresión como si sus ojos estuvieran vacíos.

.-Bien-siguió diciendo el señor conde mientras se incorporaba del sillón-.Creo que está todo dicho ¡Ah! La ceremonia se realizará en la capilla de mi castillo, pero el banquete se hará en esta casa y también correréis con todos los gastos. Nos marchamos, tenemos antes que pasar por el pueblo, tengo pendientes unos asuntos.

Dirigiendo su mirada hacia mi señora, dijo:

.-Dentro de dos días nos veremos donde solemos hacerlo. H no olvides de

llevar contigo a tu doncella.

Al pasar por mi lado, el caballero me guiñó uno de sus ojos. Y Ho creí que se abrían mis carnes.

Se había hecho un silencio que e podía cortar con un cuchillo. Mis pensamientos luchaban unos contra otros para prevalecer, a cuál más desastroso.

De pronto, mi señora doña Lucrecia se arrojó a los brazos de su madre hecha un mar de lágrimas.

.-No quiero, madre. No quiero casarme con ese hombre que lo único que quiere es adueñarse de nuestras tierras, y no sé por qué presiento que seré una desgraciada.

Su madre la apartó bruscamente.

.-Quitáte de mi vista, tú sí que has arruinado nuestras vidas, pero no tenemos escapatoria. Si él no nos quita nuestras tierras, lo hará la Inquisición, amén de otras desgracias más.

Me daba cuenta de que a mí ni siquiera me tenían en cuenta, no les importaba absolutamente nada. Qué inocente, cómo iban a preocuparse de mí si no lo hacían de su propia sangre.

.-Lo que este sinvergüenza no nos ha dicho es la fecha del casamiento-dijo don Braulio, que había permanecido en absoluto silencio desde que se marcharon el señor conde y el caballero.

.-No nombres de esa forma a tu futuro yerno, hasta las paredes oyen. Qué

más nos da, nosotros empezaremos a prepararlo todo desde este instante.

De pronto, fijó su mirada en mí.

.-Lo que más me duele es que tengamos que pagar una dote por esta, y bien que se ha pasado en el precio.

Caminando nuevamente por aquellos pasillos, dijo mi señora:

.-Jimena, me retiro a mis habitaciones, no me encuentro bien.

Agradecí en mi alma que tomara dicha decisión. Ello me daba tiempo para intentar pensar qué opciones eran las que yo podía tener, si es que tenía alguna. Entonces vino a mi mente Catalina; tenía que ponerme en contacto con ella cuanto antes. Pero ¿cómo? Ni siquiera tomé conciencia de las horas que estaban transcurriendo cuando escuché unos golpes en la puerta. La abrí, era Gertrudis.

.-Niña, ¿sabes que es la hora del almuerzo? Y por cierto...-Miro hacía ambos lados del pasillo., el panadero te está esperando, procura que no te vea nadie. Ni Serafina ni las otras sirvientas se han dado cuenta de ello.

La abracé.

.-Gracias, gracias, antes iré a ver si mi señora me necesita.

.-No te preocupes por ella, está comiendo con sus señores padres.

Mantienen una conversación muy sosegada.

Conversación que no querría que fuera por mí escuchada. Cuando esto sucedía, mi señora no solicitaba mis servicios en las horas de las comidas.

.-Sé lo que ha ocurrido-siguió hablándome Gertrudis-Toda la servidumbre lo sabe. Se casa doña Lucrecia y te casan a ti también. Espera a que me vaya y después sal tú.

Cuando se hubo marchado, salí de forma sigilosa y me dirigí hacia la parte de atrás del palacio. Allí me estaba esperando oculto entre los arbustos.

.-Señor, la cocinera...Bueno, Catalina me ha dado este mensaje para vos.

Le di gracias a nuestro Señor de que hubiera aprendido a leer. La nota estaba llena de garabatos, pero se podía leer Venía a decir que el señor conde y el caballero habían estado bebiendo y haciendo otras cosas en la fonda, que el alcohol le había hecho soltar la lengua al maldito conde y había contado lo que pensaba hacer conmigo. Al atardecer, el panadero, con el pretexto de que no les había llevado suficiente pan, volvería a palacio y ella iría con él.

Una vez hube leído la nota, el panadero me la pidió, se la introdujo entre la ropa, sin decir palabra, montó en su carro y se marchó.

Entre nuevamente en el palacio dando gracias a Dios. ¿A qué vendría Catalina? Sobre todo, ¿cómo iba a ayudarme? Decidí irme a las cocinas; estaba tan confundida que no era capaz de centrar mis pensamientos. Las dudas me corroían por dentro, yo me hacía las preguntas y me daba las respuestas. ¿Vendría Catalina?, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿por qué lo haría? No tenía ninguna obligación conmigo. Abrí las puertas de las

cocinas y entre todas las sirvientas que allí se encontraban, incluidas Gertrudis y Serafina, se quedaron en total silencio mientras dirigían hacia mí sus miradas.

.-Niña-dijo Gertrudis-, hasta nosotros han llegado los rumores. Te han entregado en matrimonio a un caballero.

.-Estarás muy contenta-hablo Serafina-, ¿no, Jimena? Al fin te casas, y con un caballero.

No sabía cómo tomar sus palabras; lo que sí sabía es que no podían tener buenas intenciones ni desearme ningún bien. Intentando ocultar mi dolor y dirigiéndome a Gertrudis, dije:

.-Si, Gertrudis- intenté dar toda la veracidad posible a mis palabras-. Me han pedido en matrimonio y nuestros señores han decidido acceder. Estoy muy contenta.

Gertrudis se quedó mirándome con expresión de sorpresa. Entonces, disimuladamente, le hice un gesto y dijo:

-Serafina, vete al huerto y trae unas zanahorias.

La miró con cara desafiante, pero obedeció.

.-Dime, niña-dijo en una especie de susurro-. Dime la verdad.

La abracé. Dudaba de si debía confiar en ella, pero quizás no tener a nadie en quien hacerlo hizo que me sincerara, aunque le oculté lo de Catalina.

.-No podrás hacer nada, Jimena. Si lo consienten con su propia hija y la

ponen en manos de semejante persona, ¿qué les podremos importar nosotros? Esto es un hecho que viene sucediendo hace ya siglos. Además, el caballero es muy apuesto y parece una buena persona.

Iba a decirle que el caballero era todavía más malvado que el señor conde, pero al ver en sus ojos una expresión de esperanza, decidí no hacerlo.

A pesar de que Gertrudis me dio una succulenta y copiosa comida, me la llevaba a la boca con ansiedad y sin tomarle gusto. Estaba deseando que llegara el atardecer y le pedía a Dios que mi señora no me necesitara para poder encontrarme con Catalina. Ella era mi única esperanza. Que absurda era la vida, pensar que mi esperanza estaba puesta en una persona a la que había conocido hacía unos días y durante solo unas horas carecía de toda coherencia, pero no sé por qué, algo me decía que podía confiar en ella.

Después de comer, me dirigí hacia las habitaciones de mi señora. A ella le gustaba dormir la siesta; aquel tiempo yo lo dedicaba a hacer lo que creía conveniente, aunque la mayoría de las veces la esperaba leyendo algún manuscrito mientras paseaba por los pasillos a la espera de que solicitase mis servicios. Miraba a través de las cristaleras; llegaba el atardecer, envolviéndonos con sus colores ocres y pajizos, cuando de pronto apareció un carro a la lejanía del camino. Sentí como temblaban mis carnes y me aparté de aquellos ventanales, dirigiéndome hacia la parte de atrás del palacio, y miré por otro ventanal. El panadero se había bajado del carro y hablaba con Gertrudis. Una mujer permanecía sentada en el pescante con el rostro cubierto, tenía que ser Catalina.

Gertrudis entró en el palacio seguida del panadero, hecho que yo aproveché para bajar casi en volandas las escaleras y salir por una de las puertas. Me dirigí temblando hacia el carro; la mujer tuvo que sentirme y se volvió, se bajó del carro y vino a mi encuentro. Descubrió su rostro, era Catalina. Acarició mi cara mientras me decía.

.-Jimena, no te preocupes, no voy a consentir que ese canalla consiga su propósito. El señor conde y él estuvieron en la fonda, iban en compañía de una puta y, como suele pasar después de llenar sus panzas de vino, se les soltó la lengua y me enteré de lo que pretendían. Te sacaré de aquí, Jimena, pero tienes que ser valiente y tendrás que ayudarme.

Formo parte de un grupo de personas que ayudamos a los perseguidos por la Inquisición para que puedan abandonar España y, navegando por el mar, lleguen a Marruecos. No tengo mucho tiempo para más explicaciones. Vendré a buscarte mañana, a la caída de la noche. Tienes que darte traza y maña para salir del castillo, pero antes deberás coger del joyero de tu señora las joyas que puedas.

Sentí verdadero terror. Robar a mi señora...Entonces si que estaría condenada, no solo aquí en la tierra, también en los cielos.

.-No, eso no, Catalina.

.-Ahora no andes con remilgos, Jimena, solo vas a tomar algo de lo que ya te deben.

Me cogió entre sus brazos y me zarandeó suevamente.

.-¿Lo entiendes? Jimena, ellos te han hecho una esclava a cambio de

comida y un techo, y no solo eso, te han vendido. ¿Lo comprendes, Jimena? No vas a robarle, solo vas a coger un poco de lo que ya pertenece.

Se sintió el ruido de una puerta al abrirse. Catalina subió de un brinco al carro y yo desaparecí por donde había salido.

Nada más llegar a los pasillos donde estaban las habitaciones de mi señora, se abrieron las puertas de su habitación y salió. Me miró con expresión entre la displicencia y el desprecio mientras me decía:

.-Salgamos al jardín a pasear, Jimena. Estarás feliz, dejarás de ser una doncella, una sirvienta, y pasarás a ser la esposa de un caballero. Serás libre.

Que sería libre, que dejaría de ser sirvienta, ¿era cierto que lo creía de esa manera? ¿suponía que con aquel macabro y lujurioso hombre yo encontraría mi libertad y dejaría de servir?

Preferí guardar silencio, entre otros motivos porque lo que me había dicho Catalina me tenía preocupada y nerviosa.

.-Jimena, despierta, ¿estás dormida o es que la felicidad te ha dejado sorda?

.-Ah, no, no. Claro que estoy feliz, muy feliz, señora, aunque la echaré mucho de menos.

Su cara adquirió una expresión de complacencia.

.-Yo también seré feliz. Volveré a estar en los brazos de mi amado.

Mientras hablaba, demostraba con sus gestos una felicidad que yo no entendía. ¿Por qué había cambiado su actitud?, ¿podría ser porque ella misma quería convencerse para intentar mitigar su miedo y, al mismo tiempo, adaptarse a una situación de la que no podía salir?

.-Porque..¿Sabes, Jimena? El señor conde me adora y, cuando sea su mujer, será tan complaciente que me concederá todos mis caprichos.

Seguía y seguía hablando, pero yo no escuchaba sus palabras, unas palabras que para mí no tenían ninguna credibilidad y que por otro lado, acuciaban más mis miedos porque entendía cada vez menos.

Por fin, mi señora se retiró a sus habitaciones para descansar. Tenía que ayudarla a desnudarse y a quitarse las joyas. Mis manos temblaban quitándole el collar. Abrí el joyero para depositarlo, pero lo que hice fue coger otro collar y meterme los dos en las faldriqueras.

.-¿Qué ocurre, Jimena? Esta noche estás torpe y lenta.

.-Oh, mi señora, es que estoy con lo que tenemos las mujeres.

Después de ayudarla a acostarse, le pregunté:

.-No, puedes retirarte.

Las horas se me hacían eternas, mi cuerpo estaba agarrotado y mi corazón latía apresuradamente. Comía de forma apresurada y compulsiva, tenía que escapar antes de que cayera la noche.

Gertrudis no hacía nada más que mirarme. Noté en sus ojos un brillo de picardía; vino hacia mí con dos especies de taleguillas en las manos y me

susurró al oído:

.-Toma, Jimena, esta para ti por si te entra hambre de noche. Has comido muy poco. Y esta otra, cuando vayas a pasar por las puertas del palacio, se las das al cancerbero.

Me quedé confundida. ¿Cómo lo habría sabido? Los pasillos, gracias a Dios, estaban vacíos. Entré en mi cuarto y miré dentro de las taleguillas; en la mía había unos trozos de tocino fresco, pan y un cuchillo. En las del cancerbero, un buen trozo de jamón.

Me dirigí hacia las salidas del palacio. Apostado en uno de los rincones estaba el cancerbero. Al verme, se puso en estado de alerta.

.-¿Dónde vas a estas horas?

.-Ábreme la puerta- le dije enérgicamente y extendiéndole la taleguilla- Cumpro órdenes de mi señora.

Él miró lo que había dentro, se la metió entre el pecho y su chaleco de cuero y abrió aquellos portalones intentando no hacer ruido. Me dirigí hacia las caballerizas y, cogiendo el caballo que solía montar, me subí a la grupa y salí a galope de allí. El cielo estaba cuajado de unas estrellas cuyos resplandores iluminaban toda la tierra; había luna llena, lo que hacía posible que pudiera cabalgar visualizando los caminos.

Según me acercaba a la fonda, vi la figura de un muchacho que desaparecía por sus puertas y, al instante, apareció Catalina.

.-Vamos, Jimena, ven por aquí.

Nos dirigimos por las traseras de la fonda. Iba vestido de hombre, su cabello lo tenía oculto por un enorme sombrero. Subimos por unas escaleras hasta llegar a una puerta que abrió. Encima de la cama estaban puestos unos pantalones y una camisa de hombre. La habitación estaba muy limpia y lía al frescor de las flores del campo.

.-Rápido, Jimena, nos están esperando. Cámbiate de ropa, venga, yo te ayudaré.

La miré. Mis ojos tenían que reflejar la vergüenza que sentía.

.-¿Te da vergüenza de mí?

Soltó una carcajada y, sin hacer caso de mi gesto, empezó a desnudarme. Al hacerlo, se topó con los collares. A mí se me habían olvidado.

.-¡Ah! Pero mira qué lista has sido. Al final has conseguido una bonita fortuna; son auténticas esmeraldas engarzadas en oro puro.

.-Quédate tú con ellas-le dije.

Me miró con expresión sorprendida.

.-¿Tanta confianza tienes en mí?-Su rostro se ensombreció-.Pues en esta miserable vida no debes confiar en nadie . Guárdatelas tú.

.-Por Dios, Catalina...

.-Está bien.

Miró de arriba abajo mi cuerpo y sonrió.

.-Tienes un bellissimo cuerpo, y que tierno. Las cosas que habría hecho ese

tipejo con él.

Todo el vello de mi cuerpo se erizó al oír aquellas palabras.

.-No te preocupes, no podrás hacerlo, ponte esas botas. Tienes el pelo muy corto, colócate el sombrero ladeado, ocultará tu rostro.

Terminé de vestirme y salimos hacia donde se encontraban los caballos. Monté en el mío mientras ella montaba en uno de los que allí estaban atados. Atravesábamos el pueblo; cabalgamos en silencio, evitando producir ningún sonido.

Con todo lo que había criticado a mi señora por haberme obligado a saber montar, ahora reconocía que tenía que agradecersele; quizás sería la única cosa que tenía que agradecerle. A la salida del pueblo, nos dirigimos hacía un bosque. Catalina puso sus dos manos en su boca y emitió una especie de silbido que fue contestado por otro que parecía venir de entre aquellos árboles. Nos introducimos entre ellos cuando apareció la silueta de un hombre. No se podían distinguir sus rasgos, aunque por su compostura y su forma de montar tendría que tener aproximadamente la edad de Catalina, una treintena de años; era muy apuesto.

.-Has tardado, Catalina, veremos si no tenemos problemas. Los guardias y soldados seguro que ya están por los caminos y lindes, haciendo sus guardias y sus persecuciones.

.-Venga ya, Jacobo. No te quejes como una plañidera, no hemos podido venir antes.

.-Ahora .insistía él-tendremos que cabalgar toda la noche sin poder hacer ni una parada.

.-Nosotras no te daremos ningún problema. Nos beberemos nuestros orines. ¿No es cierto Jimena?

Diciendo esto, soltó una carcajada. La verdad es que aquella mujer cada vez me gustaba más. Tenía el valor de estar en semejante situación y encima tener ganas de hacer bromas. No sabía que iba a hacer, ni hacia dónde íbamos, ni qué pasaría; sin embargo, me encontraba segura en su compañía.

.-Lo que no entiendo es cómo te has comprometido tanto esta vez, viniendo a acompañar a uno de los perseguidos en su huida.

Se hizo un silencio. Me quedé confundida, no sabía qué pensar.

.-Sigue cabalgando, estás muy insolentes y preguntón.

Cabalgábamos sin pronunciar palabra. La llegada del alba iluminó la tierra y nos hizo ver una cabaña oculta entre unos árboles. Parecía que estaba abandonada, pero de pronto apareció una mujer ya mayor, con el pelo blanco, en la puerta.

.-A las buenas, Cecilia. ¿Qué noticias circulan por estos lares?

.-De todo hay, señor Jacobo. Pero entrad, hay café en la olla y bollos en el horno. Dentro está mi esposo.

Catalina desmontó y empezó a desperezarse.

Yo hice lo mismo, pero con más moderación Me dolían todos los huesos

de mi cuerpo, estaba reventada.

.-Antes de comer, necesitamos asearnos-dijo Catalina-.¿Dónde podemos hacerlo?

.-Atrás, señora, hay unos barreños llenos del agua caída de la lluvia.

Catalina soltó una carcajada.

.-“Señora, qué bonita palabra”. ¿Nos podría dar jabón y, para secarnos, un trozo de lino?

La mujer entró en la casa y salió con un paño no muy grande, pero eso sí, por lo menos estaba limpio, y un jabón de color negruzco.

.-Gracias, Cecilia. Vamos, Jimena, acompáñame.

Ya en las traseras de la casa, vimos aquellos baños. Por fuera no estaban muy limpios, pero el agua que contenían estaba clara y cristalina.

.-Jimena ¿quieres ser tú la primera?

.-No, no.

Ella empezó a desnudarse, quedándose tal como la parió su madre. La blancura de su cuerpo resaltaba el fondo oscuro de la cabaña, Sin ningún tipo de miramientos, empezó a frotar su cuerpo con aquel jabón, parándose en sus partes íntimas.

Parecía una escultura griega. Tenía un cuerpo hermoso, donde resaltaba la negrura de su vello púbico. Aquellos senos parecieron endurecerse al contacto con un agua que chorreaba por su cuerpo, deslizándose por su

piel cual caricia de amante. Miré hacia los alrededores por si algunos ojos lujuriosos pudiesen estar observando tan lúdica escena, pero no se veía a nadie Terminó de secarse y me dijo.

Ahora te toca a ti. Si no lo haces, no solo tu olor será insoportable, sino que también te pueden salir rozaduras y heridas.

Sentía morirme de vergüenza al tener que estar desnudándome delante de ella, que me miraba con expresión divertida, a sabiendas de lo que estaba sintiendo.

.-Vamos, Jimena, déjate de tanto pudor. Esto es necesario y, como ves, nadie osa mirarte. Bueno, solo mis lascivos ojos.

Soltó una carajada.

Empecé a frotarme. Entonces me quitó el jabón de las manos y empezó a hacerlo ella.

.-Muchacha, déjame a mí. De esa forma no terminaremos nunca.

Cuando empecé a notar el contacto de tus manos en mi cuerpo, sentí como si una ola de calor y placer recorriera mi cuerpo hasta llegar a mi garganta. No pude evitar que temblaran mis carnes y sentir como una especie de dulce placer salía de mis entrañas. Tuvo que darse cuenta y, acercando su cuerpo, me rodeó con sus brazos. Un gemido salió de mi garganta, no lo comprendía, no era capaz de entenderlo.

De pronto, se escuchó la voz de Jacobo.

.-Mujeres, ¿dónde estáis? Daos prisa si queréis descansar y comer algo.

Mientras me vestía, evitaba mirarla a los ojos. Ella solo dijo:

.-Tienes un cuerpo que propicia la lujuria, Jimena. Tendrás que tener mucho cuidado de no enseñarlo.

Por el tono de sus palabras, parecía como no querer reconocer lo que había ocurrido. Nuestras miradas se cruzaron; mantuve la mía, nuestros ojos parecieron mantener una lucha por mantener su hegemonía. No quería que pensase que era una niña débil y avergonzada. Al final no pude seguir manteniendo las miradas ante aquellos ojos negros que parecían taladrar los míos. Entonces, ella cogió mi rostro entre sus manos y besó mi boca. Sentí su lengua acariciar la mía; miles de sensaciones y un placer incontrolado me invadieron. Sentía la humedad en mis piernas; mi cuerpo se estremecía y se abría al tacto de sus manos, que buscaban mis senos y acariciaban mi sexo. Me sentía poseída por ella y unas ansias descontroladas de poseerla me invadieron. Acaricié sus senos y hasta bebí de ellos. Mis dedos se introdujeron en ella y mi boca recorrió su pubis introduciéndose en los rincones donde dormía el placer. Nuestras bocas unos gemidos que salían de nuestras entrañas Cuando nuestros cuerpos volvieron a la calma, ella se apartó de mí y, mirándome los ojos, dijo:

.-Jimena, lo que nos ha ocurrido no se te ocurra decirlo jamás, nos condenarían a terribles suplicios y quizás hasta la muerte.

No podía entender qué era lo que me había ocurrido y por qué sentía lo que sentía, pero, curiosamente, no tenían ningún miedo a lo que me decía. Lo que sí tenía seguro es que, antes de renunciar a ella, no me importaba arder en las mismísimas entrañas del infierno.

.-Catalina, yo ya no tengo miedo ni a la muerte ni a nadie. No me importaría morir sufriendo los mayores tormentos si tengo que renunciar a ti. Desde el primer día que te vi, se produjo dentro de mí una extraña sensación que hacía estremecer mi cuerpo. No sabría decirte qué es lo que me ocurre, quizás porque nunca había sentido lo que tú me has hecho sentir. Dentro de mí se ha germinado una necesidad de poseerte, de tenerte dentro de mí, que hasta me duelen las entrañas.

Sus ojos se humedecieron y me estrechó entre sus brazos.

.-Jimena, desde la primera vez que te vi me sentí atraída hacia ti. Cuando me enteré de que caerías en los brazos de ese caballero, mis carnes se desgarraron y por eso tomé la decisión de huir contigo. Y ahora, amada mía, mis sentimientos han explotado como las flores en la primavera. Jamás había sentido un placer tan intenso como el que me ha producido tenerte entre mis brazos y hacer el amor contigo.

No solo ha sido un deseo sexual, yo también he sentido esa necesidad de poseerte, de hacerte mía, y me ha dolido hasta el alma. Sé que hay mujeres que sienten de esta forma y que se relacionan sexualmente, y que ello es considerando un grave pecado perseguido por la Inquisición.

.-Amor mío, ¿qué va a ser de nosotras? ¿qué vamos hacer, Catalina?

Intentaba retener unas lágrimas que pululaban por salir de mis ojos.

.-No, Jimena, no. No muestres debilidad. Seguiremos adelante, sin mirar atrás, sin que los pensamientos nos agobien ni dejar que nos avasallen y destruyan lo que sentimos o nos quiten la vida. Traspasaremos las fronteras y pasaremos a otro país. Después, Dios dirá.

Al entrar en la cabaña, además de Jacobo y Cecilia, se encontraba un hombre corpulento, no mucho mayor que Jacobo, que nos miró de arriba abajo y cuya expresión de sus ojos no me gustó nada. Me quedé confundida ante la expresión de furia contenida que expresaba la mirada que nos dirigió Jacobo.

.-Este es Simón, mi esposo.-nos dijo la mujer, como queriendo darnos a entender que era su pertenencia.

.-Muy bien, Cecilia. Nosotros no tenemos ningún interés por ningún macho. Lo que sí te agradeceríamos es que nos dieras de comer algo caliente.

.,.Dejémonos de monsergas-dijo Jacobo, intentando contener su rabia-A ver, Simón, ¿qué nuevas noticias tienes?

.-No son malas del todo. El nuevo inquisidor parece ser una buena persona. Él nos juzga como hacen los tros, que condenan sin comprobar si las acusaciones son ciertas o no. Como tú bien sabes, los inquisidores son nombrados por el rey y ellos se atreven a recrudescer las normas dictadas por su santidad. Hacen que el acusado sea el que pruebe su inocencia y no que el acusador pruebe sus acusaciones. Los abogados son nombrados por el propio inquisidor.

La misión de estos abogados no es defender al reo, sino hacer que confiese. Hay personas dentro de la Iglesia que no están de acuerdo con estas torturas. Consideran que son tan crueles que los acusados declaran su culpabilidad porque no pueden soportar el dolor infligido. Como te he dicho ese inquisidor no es tan cruel y parece justo.

Por lo visto, habían denunciado a unas mujeres, incluso algunas de ellas se habían denunciado a sí mismas, por haber mantenido relaciones carnales con el diablo. El inquisidor las hizo reconocer por un médico que aseguró que la mayoría de ellas eran vírgenes.

.-Son buenas noticias-dijo Jacobo en un tono de voz crispado y frío, mirándonos a Catalina y a mí directamente a los ojos-.Pero referente a esas mujeres que copulan entre ellas, ¿supongo que serán quemadas entre grandes hogueras?

Se me quedó la sangre helada. ¿Nos habría visto? Ni siquiera me atreví a mirar a Catalina, que respondió:

.-Esto se solucionaría si se le abrieran las tripas a todo malnacido al que se le ocurriera espiar lo que hacen los demás y luego tuviera la mala sangre de ir a denunciarlo, más cuando a ellos no tendría que importarles nada. Si a mí me denunciasen por algunos de los motivos dichos le clavaría mi espada en el mismísimo corazón al cobarde delator y luego me atravesaría yo el mío para no caer en las manos de tales hienas.

Lo dijo con tal contundencia que se hizo un tenso y frío silencio que pareció envolvernos a todos. Estaba confundida, aterrada y sin saber qué palabra articular, y a ello se unía la sorpresa de la sabiduría de aquel hombre, que no concordaba ni con el lugar ni con sus propia apariencia física. Jacobo miró a Catalina, atravesándola con la mirada. Cecilia y Simón nos miraron de una forma especial, como ese cazador cuando mira a su pieza.

Entonces, Jacobo, que se tuvo que dar cuenta, dijo:

.-Bueno, comamos de una vez. Esto no nos afecta a nosotros.

No era capaz de tragar aquella carne que parecía ser de algún animal del campo.

.-Jimena, intenta tragar y comer. Te harán falta muchas fuerzas para seguir cabalgando- me apremiaba Catalina.

Nadie volvió a abrir la boca. Una vez que terminamos de comer y de reposar , Catalina salió fuera de la casa. Al instante, volvió a entrar y depositó encima de la mesa dos piedras preciosas de uno de los collares mientras decía:

.-Esto es por las molestias, la comida y la información. Espero que sepáis tener la boca cerrada. Si no, regresaría de los mismísimos infiernos y sería yo quien os quemase en las hogueras.

El hombre se levantó de forma brusca para contestarle:

.-Vamos, Simón-dijo Jacobo-. No le hagas caso, son los nervios. Ella siempre nos ha sido de gran ayuda en nuestras misiones.

..Entonces, que cierre la boca-contestó él-.Tú no deberías dejar que ninguna hembra te trate como esta te trata.

.- Tenle más respeto, Simón-dijo de forma cortante Jacobo-.A ver si voy a tener que ser yo quien me las vea contigo.

Diciendo aquellas palabras, puso sus manos encima de aquellas dos piedras en señal de amenaza, como si se quisiera quedar con ellas. La mujer estaba tan nerviosa que cayó uno de los platos que limpiaba al

suelo. Aquel hombre, no sé si por miedo a la amenaza de Jacobo o por temor a perder las piedras, reaccionó y, suavizando su tono de voz, le contestó:

.-Por mí, zanjado todo este asunto. Siento haber sido brusco. Ni tú ni yo hemos tenido nunca ningún contratiempo.

Cabalgábamos a toda la velocidad que podían aquellos pobres caballos cuando Jacobo empezó a fustigarnos entre dientes.

.-¿Queréis fustigar más a vuestros caballos? A esta velocidad no llegaremos nunca. ¿Es que estáis lisiadas? Tendréis la culpa si nos cogen en estos caminos.

.-Déjanos ya en paz, mentecato. ¿No ves que los caballos no dan más de sí?

.-Los caballos no tienen la culpa- contestó él-. Sois vosotras, que parecéis lisiadas.

.-Jacobo, estas consumiendo mi paciencia. Jamás te dije que te amaba o que estuviese interesada por ti.

El soltó una risa nerviosa.

.-Lo que no podía esperarme de ti, de una puta que se ha follado a medio pueblo, es que ahora empiece a follarse a mujeres.

Catalina frenó su cabalgadura de golpe; yo hice lo mismo, por poco me tira el caballo,. Sentí tal miedo que me impedía pensar.

.- ¿Qué es lo que has dicho, cerdo bastardo?

Él frenó de golpe su cabalgadura.

.-Déjate de monsergas, de sobra lo has oído. Sigamos si no quieres que nos cojan los soldados.

No sé si por haberlos nombrado o porque las voces los habían alertado, aparecieron de pronto, por el camino, cuatro jinetes que se dirigieron hacia donde nos encontrábamos Jacobo se acercó a nosotras.

.-Catalina –dijo en un susurro-.Perdóname, amada mía, todo ha sido producto de los celos. Desde luego que eres libre. Si salís de esta y la amas, lucha por ella y no hagas lo que yo he hecho contigo, amor mío, dejar que los tiempos pasen. Aunque podría ser que de aquí ya no salgamos.

Catalina le miró con intención de responderle, pero no puedo hacerlo. Aquellos jinetes, que por sus vestiduras eran soldados, se nos echaron casi encima, cortándonos el paso.

.-Vaya, vaya. ¿De dónde habéis salido y a dónde os dirigís?

Jacobo , queriendo adoptar un tono jovial y despreocupado, le respondió:

.-Veréis, señor soldado, llevo a estas dos putas al palacio de un noble muy importante que está deseoso de verlas aparecer.

Soltaron los cuatro una carcajada.

.-¿Sus nombres no serán Jimena y Catalina?

.-No, no-contestó con toda parsimonia Jacobo-.Son Sinforosa y

Gumersinda.

No quería mirar hacia donde se encontraba Catalina, que intentaba sujetar las espantadas de su caballo, seguramente nervioso porque ella le transmitía sus nervios. Tenía que tener la sangre ardiendo.

.-Está bien, pero antes de que las monte el señor conde-mientras decía esto se había ido acercando a Catalina-, de justicia es que las montemos nosotros.

Catalina no tuvo que dudar mucho y, sacando su espada del cinto, le rebanó el cuello. De pronto, se lió todo. Catalina tiró de mis bridas y se apartó mientras ella y Jacobo arremetían con el resto de los soldados. Al final, los cuatro cuerpos de aquellos soldados estaban en el suelo. Vi cómo Jacobo intentaba acercarse a Catalina sin conseguirlo al caerse de la grupa de su caballo. Catalina desmontó rápidamente del suyo y yo del mío, dirigiéndonos hacia él. Me di cuenta de que la parte derecha de su camisa estaba manchada de sangre.

„Jacobo. Por Dios, resiste, no te mueras ahora, nunca me lo perdonaría.

.-No es mi voluntad, Catalina, sino la de Dios. Siento cómo se llama a su seno-mientras hablaba acariciaba su rostro-.Bésame de la forma como la besaste a ella.

Catalina me miró y yo la hice un gesto de asentimiento. Besando su boca, recogió en la suya su último suspiro.

.-Catalina, no has tenido la culpa, no hemos sido culpables, por Dios, no te sientas mal.

No pude decirle nada más al verla caer desmayada.

Entonces observé que de su pecho brotaban gotas de sangre. La estreché entre mis brazos.

.-Dios mío, te lo ruego, llévame a mí también. No me dejes en este mundo sin ella, mi vida no tendría ningún sentido.

Diciendo aquellas palabras, el dolor y el sufrimiento que sentía hicieron que me desvaneciera.

CAPITULO VIII

Me desperté al sentir un paño húmedo en la cara. No podía distinguir el rostro de la persona que humedecía mi cara. Unos pelos alborotados y pelirrojos tapaban sus facciones. Sus manos eran muy finas y delicadas; sus uñas, cortadas y limpias.

.-¿Dónde me encuentro? ¡Catalina!-grité presa del pánico pensando que la había perdido.

.-No te preocupes, tu amiga está atendida, aunque no daría por su vida ni un maravedí.

Al oír aquellas terribles palabras, me incorporé y agarré sus brazos.

.-No digas eso, por Dios os lo pido. Ella no puede morir, no. Si ella muere, clávame a mí un puñal en el pecho.

Me miró con cierta suspicacia.

.-No voy a preguntar porque no quiero saber. Cuanto más se sepa en esta vida, es peor para quien sabe. Tu amiga, o lo que seáis, está muy mal. Tendrás que estar pendiente el día y la noche de asistirla, poniéndole emplastes en su herida y cortándole la fiebre con estos paños. Tú no sufras ninguna herida, te debiste desmayar por el miedo.

.-La cuidaré más que a mi propia vida. ¿Qué ha sido del caballero y de los soldados?

.-Al caballero le cubrí con unas ramas. A los soldados les dejé tal como

estaban, pero al final todos serán comidos por los animales del campo.

Sentí pena por Jacobo, qué final tan triste y miserable. Tenía que haber amado profundamente a Catalina. Una punzada de celos recorrió mi cuerpo.

E acerqué a ella. La había echado encima de la única cama. Aparté de su rostro sus rizados cabellos; a pesar de su palidez y de su rictus de dolor, se podría apreciar su hermosura. Su frente ardía; le quité aquellos paños, que ya estaban calientes, cambié la compresa de su herida y recosté mi cabeza en su vientre. Miré a mi alrededor. Además de la cama en la que estaba echada Catalina, había una pequeña mesa y una silla, pero en aquella cabaña había imágenes como de brujería. Pequeñas calaveras disecadas, amuletos colgados de las paredes...Empezaba a darme cuenta de que estábamos en la cabaña de una bruja, una bruja que había desaparecido sin ni siquiera haberme dado cuenta de ello. Perdí la cuenta del tiempo en que fui cambiando aquellos paños y compresas. Solo tomé conciencia cuando, a través del único ventanuco que había en la cabaña, empezó a penetrar la oscuridad de la noche. Ni siquiera tenía deseos de comer. El sueño terminó por vencerme.

CAPITULO IX

La suavidad de unas manos al acariciarme la cara hizo que abriera mis ojos. Me incorporé de forma brusca.

Vi a mi amada Catalina.

.-Jimena, amor mío dime, ¿dónde estamos?

Besé sus labios suavemente.

.-Catalina, creí que ibas a morir.

.-A mi no hay humano que me mate.

Nuestra conversación fue cortada al entrar bruscamente aquella mujer.

.-Al final te has despertado.

Catalina la miró con expresión de asombro.

.-No la mires-siguió hablando la bruja-.Ella no me ha dicho nada, me lo han demostrado sus ojos cuando te miraban y la forma como te abrazaba. Eso solamente sale de un corazón que ama. Además, por desgracia, yo sé lo que es sentir de esa forma.

Diciendo aquellas palabras, retiró su cabello de su cara. Apareció un rostro totalmente desfigurado por una cicatriz que lo atravesaba de parte a parte.

Yo no pude evitar echarme hacía atrás.

.-Aquí están las huellas de ello.

Volvió a cubrir su rostro con aquella maraña de pelos. Catalina no había cambiado la expresión de su mirada.

.-Provengo de la nobleza-siguió hablando-.Como suele suceder, mis padres tuvieron a bien darme en matrimonio a un noble mayor que yo, que para más, estaba contrahecho y cuya mirada destilaba la lujuria que sentía. En nuestras tierras había escasez de agua ,y en las suyas ,que para más desgracia lindaban con las nuestras, tenían hasta un manantial.

Tuve la suerte de que el sacerdote que iba a impartir la misa en la ermita de nuestro castillo, que me había bautizado y me tenía gran cariño, se apiadó de mí y les dijo que él tenía conocimientos de que aquel noble estaba enfermo de una enfermedad contagiosa que había adquirido en los burdeles que frecuentaba, que sería condenarme a mí a padecerla. Mis padres al principio dudaron, pero el cura, que era muy amigo del inquisidor, amenazó con denunciarlos ante él.

Al final no tuvieron más remedio que aceptar, pero me hicieron ingresar en un convento. Burlas del destino, allí conocí a una monja, una mujer muy hermosa y con gran carácter, que siempre estaba pendiente de mí y me ayudaba en mis errores. Empecé a sentir cierta atracción hacía ella, lo que hizo que empezaran a generarse en mis dudas y miedos. No sabía lo que sentía ni lo que estaba pasándome.

Dio la casualidad de que una mañana el cura se dejó la santa biblia olvidada. La cogí y me puse a leerla. En ella descubrí que Jesucristo todo lo perdona, era todo amor, y no interpreté en aquellas palabras escritas que Él condenara el amor entre dos personas del mismo sexo.

De pronto, se quedó en silencio.

.-No sé si debo contaros mi historia. La vida me ha ido enseñando que no debo fiarme de nadie, por muy buena apariencia que tenga.

Catalina se quedó callada; la tuvo que molestar la sinceridad de la bruja. Yo quería saber más no ya por su historia, sino para conocer mejor mis propios sentimientos.

.-Por favor.

.-A ti se te ve interesada; seguro que porque también quieres saber. Sin embargo, a tu amiga le da lo mismo. Tiene que tener un carácter muy enérgico. Seguiré, pues. Nuestra amistad se fue estrechando y pronto nos dimos cuenta de que afloraban unos sentimientos que salían de nuestros corazones que ya no podíamos reprimir. Mis miedos me superaban, aunque lo que había leído en la biblia me tranquilizaba.

Sin embargo, ella los aceptaba y se negaba a luchar contra ello, quizás porque era más fuerte que yo debido a su procedencia. Era la bastarda de un marqués que, no sabemos si por seducción o por violación, había dejado embarazada a su madre, la cocinera de palacio. La familia del marqués, ignorando y obviando esa paternidad, quiso llevarla a un orfanato, pero el cura que impartí los santos oficios en la capilla del palacio se apiadó de ella y la hizo ingresar en el convento, haciendo que el marqués fuese el que donara la dote.

Cierto día, incapaces de controlar la pasión que sentíamos, nos besamos en los labios, con tan mala suerte que nos vio el cura que impartía la santa misa y os denunció ante la madre superiora y el señor obispo. Por parte de

mi familia, que sí tenía poder para hacerlo, y por la de ella, que carecía de dicho poder, no se hizo nada para evitar que nos enjuiciaran y nos condenaran a ser flageladas y destaradas.

La noche antes de que fuésemos ajusticiadas, se ahorcó. Yo conseguí huir con ayuda de uno de mis hermanos, pero en la reyerta que produjo mi huida uno de aquellos soldados del rey atravesó con su espada mi rostro.

De pronto, aquel sentimiento de rechazo que tuve al ver su herida cambió por el de una lástima infinita, y aunque aquellas palabras me hicieron ver que otras personas podían tener unos sentimientos como los nuestros, no podía evitar sentir un miedo enorme no al destierro ni al daño físico, sino a que nos separaran. Ser rechazada por los hombres no me hacía sentir mal, pero que Dios pudiera rechazarme me producía un profundo dolor, por lo que las palabras de aquella mujer sobre cómo Jesucristo perdonaba me hicieron sentir mejor.

Catalina la miró y , demostrando su talante, le contestó:

.-Sabía que Dios no tenía nada que ver en estas persecuciones contra nosotras. Ya en los vientres de las mujeres, se concibieron a personas con los sentimientos que nosotras tenemos. Dios tampoco consentiría que se persiguiera y se llevara a crueles torturas a otra gente a la que se considera hereje solo por el mero hecho de tener creencias religiosas distintas, ser judíos o curar con sus manos.

La maldad del ser humano se ha demostrado y demuestra no ya a lo largo de la historia, sino en el presente, y nadie se libra de ello. Yo la he sufrido, soy hija única, mi madre nunca me dijo quién fue mi padre. Tenía la habilidad de conocer las propiedades que tienen la hierbas del campo y

hacía ungüentos y posiciones para curar los males.

Era querida por toda la aldea; ayudaba a aquella gente en sus enfermedades sin cobrar nada, solo las viandas que le querían dar. Un aciago día, conocí a un sinvergüenza que vino a la aldea vendiendo telas y enseres. Llenó mi cabeza de sueños y me escapé con él.

Se quedó unos momentos en silencio al ver la expresión de mis ojos, que tenían que demostrar mi dolor y mis celos.

.-Bueno, la protagonista es mi madre. Era muy hermosa. Un alguacil se enamoró de ella y, a pesar de estar casado, quiso llevarla a su lecho, cosa a la que mi madre se negó. Tenía una ferviente fe en Dios. En venganza por no haber cedido a sus lujuriosos deseos, la denunció ante la Inquisición por brujería.

Alguien de la aldea tuvo que advertirle de que irían a por ella y, antes de que pudieran apresarla, se tiró por un barranco. Esa es la historia que me contaron cuando, cierto día, regresé al pueblo con la esperanza de abrazarla de nuevo.

Me quedé aterrada y a ella se le llenaron los ojos de unas lágrimas que, a pesar de intentarlo, no pudo evitar. Acaricié su rostro y ella besó mi mano, diciéndome:

.-No te preocupes, Jimena, ya pasó. La vida me ha hecho tener una coraza de hierro. Me juré a mí misma que vengaría lo que le habían hecho. Entonces llegó a mis oídos que existía un grupo de personas que se dedicaban a ayudar a escapar a los perseguidos por la Inquisición y decidí unirme a ellos.

Stella sonrió.

.-Se ve que eres más brava que tu amada. Seguro que también tendrá su propia historia y no será muy dichosa. Sin embargo, su timidez y su humildad impiden que la cuente.

Me quedé asombrada por la agudeza que tenía.

.-Os enfrentaréis a muchas dificultades y peligros, pero vuestro amor nos hará tan fuertes que no lo derribarán ni los mismísimo infiernos.

La expresión de Catalina había cambiado, ahora demostraba cierto miedo.

.-¿Qué podemos hacer?

.-Stella, me llamo Stella. De momento, aquí estaréis protegidas hasta que tú te recuperes. Si hay suerte y surge algún otro hecho que sea más grave que el vuestro, la atención será dirigida hacia él. Afortunadamente para vosotras, a mis oídos ha llegado a donde llevan a los perseguidos por la Inquisición, que seguramente sería el mismo lugar a donde os llevaría el desdichado caballero.

Cuando llegue el momento os diré el lugar. Yo había oído hablar del caballero que os acompañaba. No me preguntéis la razón no os la diré.

.-Gracias, Stella. No tienes por qué contarnos lo que no desees, nosotras tampoco lo hacemos-le respondí.

Catalina se fue recuperando. En su pecho solo se notaba una pequeña cicatriz. No sé cómo, pero Stella se daba traza y maña para llevarnos para

comer algún animal del campo, conejos, liebres y pescado de un pequeño río.

Una tarde estábamos solas, intenté hablar de Jacobo, pero Catalina me pidió por favor que jamás lo volviera a nombrar, que, aunque ella no le había dado pie para hacerle suponer que tuviera algún tipo de sentimiento hacia él, sabía que sentía amor por ella y lo utilizaba. Se sentía culpable de su muerte. Al intentar decirle palabras de aliento, besó mis labios, dando a entender que quedaba zanjado.

Delante de Stella procurábamos no hacernos ningún tipo de caricia, pero ambas deseábamos verla desaparecer por aquel paraje para perdernos en nuestros cuerpos y acariciar nuestros senos con nuestros labios, bajando hasta nuestros sexos. Nuestra manos recorrían cada parte de nuestra piel y nuestros dedos se introducían en los rincones más lujuriosos. En uno de aquellos intensos momentos, me desviró, haciéndome sentir esa sensación de pasar de la adolescencia a la madurez, de la inocencia al conocimiento. Era tal la fuerza de nuestro amor que más de una vez nos cogió dormidas, yaciendo desnudas encima de la cama.

Aquella noche, Stella venía con una expresión de preocupación. Soltando las aves encima de la mesa dijo:

.-Se oyen rumores y no son buenos. Parece ser que se ha escapado un noble muy importante, condenado por denunciar ante su santidad la conducta del rey, y se van a intensificar los guardias y los controles en todos los caminos, así como por los campos. Tenéis que marcharos mañana, antes de la llegada del alba. Ya ni aquí se estará segura.

.-Vente con nosotras-dijo Catalina.

.-Te lo agradezco, pero no. No quiero abandonar estas tierras, aguantaré un tiempo más.

CAPITULO X

Al día siguiente, Catalina me zarandó suavemente para despertarme. La luz del alba se adentraba por las aberturas de la cabaña.

.-Vamos, Jimena, tenemos que irnos ya. Vístete.

Stella, querida amiga, nos marchamos ya.

Se levantó y nos entregó dos hatillos.

.-Tomad, os lo preparé anoche mientras dormías. Es algo de comida y unas cantimploras con agua. También hay un pequeño mapa donde figuran las estrellas que tendréis que seguir por la noche y las posiciones del sol que tenéis que seguir por el día. Están señaladas cuántas cruces tenéis que pasar hasta llegar al sitio convenido, que es una encrucijada de caminos. Tomaréis el camino de la izquierda, que os llevará a una cabaña, y allí habrá personas que siempre esperan y dispuestas a hacer cualquier cosa, unas veces por salvar a los perseguidos y otras, por un maravedí, podréis encontraros con espías que impiden que las víctimas puedan escapar y se las entregan a los inquisidores, por ello os he metido también un puñal. Tened mucho cuidado, no os fieis de nadie, ni de vuestra sombra. Hasta ello os abandona en la oscuridad.

Catalina extendió su mano, que contenía tres piedras preciosas.

.-Toma, Stella, seguramente te harán falta.

Las rechazó.

.-Gracias, amiga mía, no es necesario. No quiero cobrar nada por algo que he hecho con cariño. Necesitaréis esas y más para poder llegar a vuestro destino.

Nos despedimos de ella abrazándola con cariño y pena. Sabíamos que nunca más volveríamos a verla y en nuestros corazones comprendíamos que había salvado nuestras vidas. Al llegar a cierta distancia del camino donde sabíamos que nuestras siluetas desaparecerían en el horizonte, volvimos nuestras monturas. Allí, en la puerta, estaba todavía Stella y nos decía adiós con su mano. Le devolvimos el saludo. Catalina sacó el puñal de su hatillo y se lo metió entre el pecho y la camisa.

.-Vamos, Jimena, haz tú lo mismo.

Y sin decir nada más espoleamos a nuestros caballos en dirección hacia un horizonte que se nos presentaba incierto y lejano.

.-Catalina, por favor, paremos un momento. No puedo más.

.-No podemos hacerlo, Jimena, hasta llegar al primer cruce y ver cuánto tiempo hemos tardado.

Ya estaba echada la noche cuando llegamos a uno de los cruces.

Catalina aminoró la marcha de su caballo y yo hice lo mismo. La noche estaba cuajada de estrellas y la luna iluminada los árboles y la tierra, lo que hizo posible que pudiéramos ver un riachuelo. Llevamos hasta allí a nuestros caballos para que pudieran abreviar y nosotras nos tumbamos en la hierba con los cuerpos destrozados.

Nos quedamos bocarriba, mirando hacia las estrellas. Entonces, Catalina

se volvió hacia mí y, rodeándome con sus brazos, me dijo:

-Mira, amor mío, la luna nos apremia para que hagamos el amor y las estrellas iluminarán nuestros cuerpos para que nuestras manos lleguen a esos rincones donde yacen ocultos los placeres.

Hablaba casi en un susurro, intentando mitigar el sonido de sus carcajadas. Yo me dejé llevar. No sé de dónde podía sacar aquellas fuerzas.

Seguimos abrazadas después de haber sentido aquella lujuria y placer.

.-Catalina, no me matarán los esbirros del conde, me matarán tus lascivos deseos.

CAPITULO XI

Nos despertaron las caricias de los primeros rayos del sol.

Nos miramos desconcertadas al no reconocer dónde nos encontrábamos. Cuando tomamos conciencia de ello, sonreímos y Catalina, mirándome de forma picaresca, dijo:

.-Vamos, Jimena, metamos nuestros tibios cuerpos en esas aguas y limpiemos nuestras impurezas.

Después de que aquellas aguas frías terminaran por hacernos volver a la realidad, comimos una parte de las viandas que Stella nos había dado. Cuando íbamos a montar en los caballos, ella me atrajo hacía sí y besó mis labios.

.-Amor mío, necesitaba sentirte para seguir cabalgando.

Llevábamos cabalgando tres días. Dábamos gracias a Dios al no encontrarnos a nadie por aquellos parajes. ¿Qué estaría ocurriendo para que no apareciera ni un alma?

Al fin llegamos a la encrucijada.

.-Jimena, miremos el mapa. Careo que nos dijo que cogiésemos el camino de la izquierda.

.-Sí, Catalina.

.-De todas formas, míralo.

.-¿Y por qué no lo miras tú?.

Le pregunté con intención de enrabiatarla, hay que, al no saber leer, no podría hacerlo. Se dio cuenta de mis intenciones y, acercando mi grupa a la mía, me atrajo hacia ella y mordió mis labios.

.,Aaaaay -dijo, exagerando mi dolor.

.-Eso para que me tengas más respeto.

Soltó una carcajada.

.-Anda, sé buena y míralo.

Intentábamos no galopar, sino trotar despacio para mirar hacia todos los alrededores. El camino podría estar transitado por otras personas.

De pronto, Catalina paró bruscamente su montura y sujetó la mía, haciéndome una señal de silencio con su dedo. Nos apartamos del camino y nos ocultamos tras las malezas. Se escucharon los cascos de unos caballos. De pronto, aparecieron unos jinetes; por la velocidad que llevaban, no tuvimos tiempo de saber cuántos eran ni la conversación que entre gritos mantenían.

.-Catalina, creo que no eran soldados. Podríamos haberles preguntado.

.-Pero mira que eres boba, Jimena-dijo en tono cariñoso-.¿No nos dijo Stella que no nos fiáramos ni siquiera de nuestras sombras? Sigamos con sumo cuidado hasta llegar a esa dichosa cabaña.

Divisamos por fin la cabaña. Era más grande que la de Stella; en una

especie de porche, estaban atados varios caballos. De pronto, sin saber cómo, a cada uno de los lados del camino aparecieron dos hombres armados con unos trabucos.

.-Quietas o destrozamos vuestras cabezas.

Paramos en seco los caballos.

.-Bien, bien. Identificaos rápidamente, a ser posible con papeles. Sobre todo, decidnos cómo habéis llegado hasta aquí y quién os envía.

Catalina no lo dudó y respondió:

.-Nos envía el caballero Jacobo, él se retrasará. Nos ha surgido complicaciones por el camino.

Aquellos hombres bajaron sus armas.

.-El caballero Jacobo...-Uno de ellos soltó una carcajada-Para nosotros es nuestro amigo Jacobo. ¿No le habrá ocurrido alguna desgracia?

.-No, por supuesto que no. Dentro de unos días regresará. Nos ha dicho que hablemos con vuestro jefe y le demos sus órdenes.

Con qué aplomo estaba mintiendo; pobre Jacobo, aún muerto nos seguía ayudando. Pero ¿qué ordenes y cómo sabía ella que había un jefe?

.-Podéis proseguir. Si os piden santo y seña, responded: “Las alimañas están en su madriguera”-

Y lo mismo que aparecieron desaparecieron.

.-Catalina, ¿cómo...?

Ella tapó bruscamente con su mano mi boca.

.-Calla, Jimena, aquí hasta las ramas de los árboles se llevan el susurro de nuestras palabras. Tú no me contradigas en nada de lo que diga. Es mejor que piensen que eres muda.

Recordé a mi padre, otra vez el destino me pedía pasar por alguien que no era.

Alrededor de la puerta había tres hombres más con parecidos trabucos.

.-Santo y seña.

Catalina, con una entonación fría y contundente, se lo dijo y aquellos hombres se apartaron para que pudiéramos pasar.

Aquel salón estaba lleno de personas sentadas en diferentes mesas y en pequeños grupos.

Al abrir la puerta, todas las miradas se dirigieron hacia nosotras. Se hizo un silencio. Hice ademán de retroceder, Catalina tuvo que presentirlo y, agarrándome del brazo, me lo impidió.

.-Buenas noches, señores, humildemente pedimos hablar con vuestro jefe. Venimos de parte del caballero Jacobo.

Se oyó una carcajada y me pareció que era de mujer. Unos hombres se apartaron y apareció ante nosotros una mujer de caballos castaños. Parecía mayor que Catalina, el color de sus ojos era difícil de describir, de labios no muy gruesos. Estaba sentada a horcajadas en una silla y, a través de sus faldas, aparecían unas bonitas piernas.

.-¿El caballero Jacobo?, ¿qué ha sido de semejante truhan? Llevamos un tiempo sin saber de él. La jefa soy yo.

Ni siquiera miré a Catalina. La jefa era una mujer que parecía conocer muy bien a Jacobo.

„Jacobó –respondió Catalina con pasmosa tranquilidad-me ha dicho que no desesperes, que pronto estará en tus brazos. Mientras tanto, quiere que nos protejas y nos ayude a...

.-Silencio- dijo entonces ella-Ya has hablado demasiado, subamos arriba.

Se incorporó. Era más alta que Catalina; a pesar de que no le importaba enseñar casi sus muslos, sus senos los tenía muy tapados por el vestido. La seguimos sin decir palabra hasta llegar a una puerta que abrió. Al entrar en la habitación, ella, haciendo un brusco movimiento, puso una daga en el cuello de Catalina.

.-Ahora dime la verdad si no quieres que te rebane la garganta. ¿Quién os envía? , ¿y qué queréis realmente? Jacobo jamás habría dicho semejantes palabras, estaba loco por una desgraciada que no quería cuentas con él. Parecía ser que era una puta y, además, él conocía mi condición de ser.

Catalina hizo tal maniobra que ahora era ella la que tenía la daga en la mano y puesta en la garganta de ella.

.-Esa puta soy yo. No quería serlo, pero las circunstancias mandaron en mi vida. Él se hizo unas ilusiones a las que yo no di pie. Nos iba a traer hasta aquí, pero en el camino perdió la vida. Nosotras hemos conseguido hacerlo con la ayuda de Stella.

Diciendo aquellas palabras, la soltó. Los ojos de aquella mujer ardían por un deseo que parecía dirigido a Catalina.

.-Que hembra más valiente eres-soltó una carcajada-.Jamás nadie me había sometido de esa forma. Te pido disculpas, lo de “puta” no salió de él. Yo le quería como a un hermano. Os ayudaré a escapar, pero antes tendréis que contarme por qué os persiguen.

Diciendo aquellas palabras, nos hizo señales para que nos sentáramos en aquellas camas.

Catalina le refirió con todo detalle toda nuestra historia, sin obviar nada.

.-Que valientes sois. Os habéis atrevido a enfrentaros a ese maldito conde, que hasta aquí llegan las tretas que hace para que no le falten riquezas para sus vicios y seguir con sus posesiones. Aseguran que es uno de los más importantes espías de la Iglesia y del rey. Hay que andar con mucho cuidado, tiene espías repartidos por todos los lugares. No os fiéis ni de las personas que están aquí No solo os ayudaré en nombre de Jacobo, sino por vuestra causa que es por lo que os habrá ayudado mi amada Stella.

Catalina me miró. Ella soltó una carcajada.

.-Stella os habrá contado su historia, pero seguro que no os ha contado toda la verdad, no se fía de nadie. Suele quedar a mi criterio contar la verdad y considero que os lo merecéis. Yo soy la monja a la que quisieron ajusticiar. Iban a flagelarme, pero ella me salvó. Para obviar más detalles, os diré que es la causa de su cicatriz.

Yo la amo más que a mi vida. Desde entonces, nuestra misión es ayudar a

todos los perseguidos por esa Inquisición, y cuando ya la edad nos lo impida, co los maravedíes que consigamos nos retiraremos a vivir en alguna casita en el campo y allí terminaremos nuestros días, muriendo una al lado de la otra.

No sé cómo se sentiría Catalina; a mí ya no me extrañaba nada. No quería que mis pensamientos impidieran que pensara con raciocinio. Prefería seguir avanzando sin mirar hacia atrás, sin plantearme y analizar todo lo que estaba ocurriendo. De lo que sí me daba cuenta es de que mi deseo era terminar mis días, muchos o pocos, en los brazos de Catalina.

.-Ahora aseaos y dormid lo que queráis-siguió diciendo-.Aquí estaréis seguras. Si lo deseáis, podéis llamadme, mi nombre es Blanca. Nadie os molestará.

Cuando hubo salido de la habitación, Catalina me miró diciendo:

.-Cada vez entiendo menos la vida, Jimena, estoy como si estuviera sumergida en una pesadilla. Gracias a Dios que te tengo a ti, que eres la única realidad que deseo.

Diciendo esto, me estreché entre sus brazos mientras buscaba ardorosamente mis labios.

Después de habernos aseado, nos tumbamos juntas en la cama. Me puse delante de ella, que se plegó a m cuerpo y me rodeó con sus brazos. Estábamos desnudas; nuestra piel se reconocía, podía sentir la tibieza de sus pechos en mi espalda, y en mis glúteos, el ardor de su sexo.

.-Estoy agotada, amor mío. Durmamos.

CAPITULO XII

Sentí en mi piel el calor de los primeros rayos, que entraban por una de aquellas ventanas. Estábamos cubiertas por las sábanas, pero en la misma postura en la que nos dormimos. Me volteé para mirar a Catalina, que, al moverme, abrió sus ojos.

.-¿Qué ocurre, Jimena? Todo lo que he dormido....Qué descansada me encuentro.

.-Yo también, Jimena, alguien tuvo que arroparnos.

.-Tengo un hambre que e roe las mismísimas entrañas.

Bajamos las escaleras y fuimos a parar al salón. Ahora estaba casi vacío, solamente había una mesa ocupada por varios hombres. Blanca se encontraba detrás del mostrador; a sus espaldas, unas cuantas estanterías llenas de distintas botellas. Sonrió al vernos.

.-¿Sabéis que habéis estado durmiendo un día entero? Me sentía preocupada y entré en vuestra habitación.-Hizo un guiño-.Os tuve que cubrir. Anda os preparé café y unos bollos.

Mientras dábamos cuenta de aquellos ricos bollos, Blanca, bajando el tono de su voz, nos dijo;

.-Prestad atención. El rey ha mandado detener a uno de los nobles más importantes del país porque ha tenido la osadía de informar a su santidad de los abusos que está cometiendo la Inquisición. EL pobre noble creyó

que el papa podría frenar los abusos del monarca, pero este ha hecho caso omiso a los deseos de su santidad que ha tenido que claudicar y respetar los mandatos del soberano. Por lo que ya el noble está juzgado y sentenciado sin ni siquiera ir a juicio.

Su tono de voz era tan bajo que teníamos que agudizar nuestros oídos para poder oírla.

.-Ahora ya no nos podremos fiar ni tan siquiera de los conocidos-siguió hablando-.Es grandiosa la recompensa ofrecida si le detienen vivo o muerto. Al que lo consiga le serán donados todos los bienes del noble y su título de nobleza.

Catalina, con esa tranquilidad que le caracterizaba, le dijo:

.-Si, aglo de ello nos dijo Sella. ¿Y eso en qué nos afectará a nosotras?

Blanca la miró, sorprendida.

.-Parece mentira que tú preguntes eso. Nos afectará a todos y en todo. La gente suele enloquecer cuando está por medio semejante fortuna y lo mismo le dan que paguen culpables o inocentes. Por si fuera poco, la Iglesia está mandando espías por todo el territorio. Teme que el monarca, en venganza por la llamada de atención del santo padre, arremeta contra ella.

.-No creo que el rey sea tan tonto como para arremeter contra la Iglesia-dijo Catalina.-Sabe que necesita el poder que ella tiene en el mundo; puede que no respete ciertas reglas, pero no le declarará la guerra.

No sé si porque el miedo se me estaba introduciendo hasta en los huesos,

pero miré a mi alrededor buscando ver a espías. Mis miedos me demostraron que tenía su razón de ser. Mirando aquellos hombres, vi cómo la cara de uno de ellos me era conocida, pero no, no podía ser. Pero sí que era. El reverendo Zacarías. Sentí como la sangre abandonara mi cuerpo.

.-Jimena, te has quedado pálida-dijo Blanca.

Catalina me miró.

.-Seguid hablando como si no ocurriera nada. Uno de los que están allí sentados-dije, señalándolo discretamente-es un cura.

Blanca se incorporó, tirando la silla hacia atrás, y gritó más que hablo:

.-¡Teodoro! Protege la puerta, que nadie entre ni salga.

Aquellos hombres se levantaron de golpe y uno de los más corpulentos se dirigió hacia la puerta, atracándola, y se puso delante de ella.

Los otros tres que quedaron se espaciaron más entre ellos, y uno dijo:

.-Blanca, ¿esto no será una de tus bromas?

.-¡Calla! De broma nada .Miserables, uno de vosotros pertenece al clero.

Ninguno se movió ni pronunció palabra.

Yo me dirigí hacia el cura y, con mi espada, que ni siquiera sabía manejar, le señalé.

.-Ese es.

Los otros dos hombres, antes de que el cura pudiera reaccionaron le rodearon y le maniataron.

„Blanca-dijo uno de ellos-, no está bien que hayas desconfiado de nosotros y solo confiaras en Teodoro.

.-Lo siento, a Teodoro le conozco como si le hubiera parido y hace ya años. A vosotros no. Tú hubieras hecho lo mismo.

Se acercó al cura y le dio dos bofetadas que le rompieron el labio.

.-Cerdo asqueroso. Ahora nos vas a decir quién eres y qué has venido a hacer aquí. Como no lo hagas, te someteremos a tales tormentos que habrías preferido caer en las manos de la Inquisición.

.-Señora-contestó-.No es cierto, está mintiendo. Seguro que la espía es ella, soy un simple mercader perseguido por la Inquisición porque copulaba con tres mujeres y blasfemaba en la Iglesia, y por ello el cura me denunció.

Me quedé perpleja ante tal declaración. Sabía que era mentira.

.-Vamos a ver, Blanca-dijo uno de ellos- Decídetes, no podemos condenarle sin pruebas. Ella dice una cosa, pero él afirma otra.

Catalina salió al paso.

.-Muy bien, desgraciado. Ahora vas a blasfemar aquí, en nuestra presencia, y después subirás conmigo a las habitaciones y follaré contigo.

Miré a Catalina con expresión de estupor y Blanca soltó una carcajada.

.-Vamos-apremiaron aquellos hombres-.Pronuncia una de esas blasfemias.

Entonces él, con cara de terror, se santiguo e intentó escapar.

Blanca le abofeteó la cara.

.-Maldito embustero.

Miré a Catalina con mirada de desaprobación por sus palabras.

.-Sabía que no sería capaz de blasfemar; en ningún momento puse en duda tus palabras, Jimena.

Una vez le hubieran atado a una de las sillas, Blanca le pidió a uno de ellos un cigarrillo de los que estaban fumando y acercándoselo a la mejilla del cura, le preguntó:

.-Ahora dinos qué misión es la que trae hasta nosotros ¿Quién te envía?

.-Creo, Blanca, que antes de eso debería decirnos los motivos por los que ha llegado a ser espía de la Inquisición. De esa forma, si nos miente, descubriremos mejor sus mentiras.

.-Quién eres tú, bruja?-contestó él.

Catalina le dio con el dorso de su mano y empezó a sangrar por la nariz.

.-No se te vuelva a ocurrir dirigirte a ella de esa forma.

.-Mira mis ojos-le dije, acercándome a los suyos-- ¿No me reconoces? Soy Jimena.

.-¿Jimena? –respondió-. ¿Cómo es posible que hayas podido llegar hasta aquí?

.-Es largo de contar. Empieza tú-le dije sin respetar su rango, ya que para mí lo había perdido-. Y desde el principio.

.-Vamos, terminemos de una vez, nos estamos cansando ya de tanta palabrería –dijeron nuevamente aquellos hombres,

.-Jimena siempre fue muy lista y tiene razón-dijo el cura Zacarías-.

Comenzaré desde el principio. Aquel aciago día...-Su voz sonaba temblorosa-.En el que se llevaron a Jimena al palacio de la familia de la hermana Hermenegilda, había sucedido una gran desgracia, de ahí las prisas de la hermana para que Jimena se fuera cuanto antes de allí.

Cuando llegué para la celebración como todas las mañanas, la santa misa, había un caos silencioso. Las hermanas iban de un lado para otro sin decir palabra.

Agustina lloraba desconsoladamente, rezando el mea culpa ; tan solo la hermana Hermenegilda obraba con coherencia, intentando no perder compostura. Me dijo : “Reverendo Zacarías, la madre Lucila se ha envenenado”. Me quedé paralizado ante sus palabras y, cuando pude reaccionar, le dije que si estaba loca, que no era posible que una monja, y menos una madre superiora, hubiera hecho semejante aberración. No estaba loca, estaba bien cuerda.

Lo comprobé cuando vi el cadáver macilento de la madre y los signos en su cara de haber tomado posiblemente cianuro. Creí que perdía la razón y me puse furioso. Las amenacé con denunciarlas ante el excelentísimo señor obispo porque de sobre tenían que saber ellas que los motivos de aquel suicidio eran las relaciones abominables que estaban germinando

entre la fallecida y la hermana Agustina.

La hermana Hermenegilda, en lugar de amilanarse, fue como si le hubiesen introducido en su cuerpo sangre de bárbaros.

Mirándome de una forma que jamás olvidaré, me dijo en un tono frío y amenazante: "Si vos nos denunciáis ante el obispado, diremos que sois el principal culpable de esta desgracia. De sobra sabíais lo que aquí ocurría y, sin embargo, os limitasteis a mirar a otro lado. Quizás si hubierais obrado de otra forma, la muerte de nuestra madre superiora se hubiera podido evitar, y todo esto sería corroborado por el resto de las hermanas. No lo dude, reverendo. Si nosotras caemos, caerá hasta el mismísimo obispado". La expresión de sus ojos se había hecho más metalizada, incluso furiosa.

El cura paró de hablar unos momentos, parecía que le faltaba el aire.

Por nuestras expresiones y el silencio que manteníamos, demostrábamos la perplejidad y confusión que teníamos. Aunque a veces me había venido a mis pensamientos que lo que vi entre la madre superiora y Agustina podía ser lo mismo que lo que Catalina y yo sentíamos, siempre rechacé esa idea porque pensaba que una monja tenía que estar por encima del resto de las personas.

Catalina me miró como queriendo adivinar qué pensamientos eran los que me invadían. Yo no podía evitar sentir cierta pena ante estas trágicas noticias. Me daba cuenta de que todavía sentía cariño por aquellas monjas, incluso por la madre superiora, muy especialmente por las hermanas Hermenegilda y Agustina. Lo que nunca imaginé es que la hermana Hermenegilda tuviera el coraje de actuar de la forma como lo

hizo; tuvo que haber sufrido mucho para hacer lo que había hecho.

Catalina pareció adivinar mis pensamientos y dijo:

.-Bueno, se acabaron ya las lamentaciones. Termina de desembuchar y dínos realmente qué es lo que quieres y quién te manda.

Antes de que el resto pudiera pronunciarse dije:

.-Por favor, dejad que termine, para mí es muy importante saber que ocurrió.

.-Sus palabras-continuo hablando-me hicieron visualizar cómo todos pasábamos por la hoguera, el primero yo. Sentí tal miedo que me hice is necesidades encima y decidí informar de que la madre superiora había muerto de muerte natural. Se amortajó su cadáver, con lo que se evitaba que se pudieran ver las huellas que había en su cara por haberse envenenado,

A partir de ese terrible suceso, hasta en el aire del convento se podía apreciar que las cosas no eran iguales y, para colmo mandaron a una nueva madre superiora con un carácter satírico y frío, que minaba cada día más la relación entre todas las hermanas. A pesar de que no se volvió hablar del tema, nuestra percepción nos decía que tenía que saberse algo de lo ocurrido por las miradas del señor obispo y, sobre todo, por la madre superiora.

Era una mujer fría y calculadora, que recrudenció las normas hasta tal extremo que hizo abrir ventanas pequeñas en las puertas de las celdas y

obligaba a tener una vela encendida todas las noches. Para mayor desgracia, Agustina, que desde que murió la madre superiora no se encontraba bien, cayó con unas fiebres y, en sus delirios, contó todo el romance que tuvo con ella y la forma en que había terminado con su vida. La nueva madre superiora, que parecía como si hubiera estado esperando ese momento, como el cazador que espera caer sobre su presa, denunció a todas las hermanas por aberraciones y por la muerte de la madre superiora. Fueron terribles los hechos que sucedieron entonces. La hermana Hermenegilda pidió ayuda a sus padres quienes le dieron la espalda.

No sé si sería por los muchos rezos a nuestro Señor o porque este inquisidor no era tan estricto como los otros, pero mandaron a las hermanas a otros conventos de la región, a excepción de la hermana Agustina, a la que desterraron, librándose de la flagelación por lo enferma que se encontraba. A mi me pidieron que renunciara a los hábitos y me reclutaron para ser espía de la Iglesia.

.-Lo que significa-dijo Catalina- que has venido a espiarnos. Pero ¿a quién y por qué?

Se quedó callado; se le veía chorrear sudor por todo su rostro.

.-Vamos, habla-apremió Blanca.

.-Jimena. Una vez que la hubiera encontrado, pediría ayuda a los soldados y la devolvería al señor conde Froilán.

Sentí cómo ahora quien sudaba era yo.

.-¿Tan importante es ese conde como para que la Iglesia se preocupe de él? –preguntaron dos de aquellos hombres.

.-Se oye rumores acerca de ello, pero nadie se atreve a decir con exactitud cuáles son los ciertos.

Como por arte de magia, Catalina sacó su espada y rebanó el cuello del cura, que si no cayó al suelo fue porque estaba atado.

Se escuchó un murmullo de espanto.

.-Era un cobarde y hubiera denunciado a Jimena.

Los miró a todos y dijo fría y contundente:

.-Eso es lo que le pasará a quien ose denunciarla. Mi espíritu volvería de las ultratumbas. Estoy aquí, aquí seguiré estando y les atravesaré las entrañas con mi espada si lo hicieran.

Dispondremos de unos días para actuar hasta que echen de menos a este desgraciado. No lo haremos con prisa, pero sí con cautela. Vamos, apremiad y enterradle-dijo dirigiéndose a aquellos hombres-.Vaciadle los bolsillos y quedaos con lo que encontréis como pago ello.

Nos subimos a la habitación a descansar. Yo no había sido capaz de articular palabra. Mis pensamientos se confundían en lo que había oído del convento y la obsesión que parecía tener por mí Leonardo, unido al apoyo que le daba aquel señor conde, Estaba aterrorizada porque sabía que aquel desgraciado no me dejaría En paz hasta que Dios no viniera a por mi alma, si es que Dios la quería ya después de todos los hechos que estaba ocurriendo

Catalina estaba tensa y seria. ¿Cómo había sido capaz de matar al cura? Seguramente ya estaría condenada de por vida a los infiernos.

No pude más y me eché a llorar.

.-Jimena-dijo ella mientras me rodeaba entre sus brazos y me apretaba contra su pecho-, amor mío, no sufras más. Si ese malvado da con nostras, te juro que antes te mato y después me mato yo.

Me apreté mas contra su pecho y dije:

.-Catalina, has condenado tu alma matando a ese reverendo.

Soltó una carcajada.

.-No te preocupes por eso, ese reverendo ya tenía condenada su alma. No creo que el Señor me lo tenga en cuenta, he quitado de este mundo a una alimaña.

.-¿Qué vamos a hacer, Catalina?, ¿confías en Blanca?

.-Amor mío, no podemos permitirnos no hacerlo. Ella es lo único que nos queda, aunque tengo que decirte que en mi interior siento cierta confianza. Jimena, no olvides nunca que, cuando surjan dudas o situaciones que son graves y difíciles de resolver tienes que olvidarte de lo lógico y coherente y actuar con rapidez, escuchando a tu corazón. Anda, olvidemos por unos instantes todo lo que está sucediendo y dejemos que nos abrace la lujuria.

Y diciendo estas palabras, sin ningún tipo de pudor, sus manos empezaron a desnudar mi cuerpo, recreándose en mi pecho y en mi sexo.

.-Vamos, amada mía-dijo en un susurro-, desnúdame tú a mí.

CAPITULO XIII

Me despertaron los zarandeos de unas manos ásperas y secas. Abrí y cerré mis ojos; no podía ser real lo que estaba apareciendo ante mí. Dos hombres intentaban someterme y vi cómo tres más golpeaban a Catalina, que perdió el conocimiento, cayendo al suelo. Las fuerzas y el dolor hicieron que me desmayase.

Me despertaron los pequeños golpes y sobresaltos que recibí mi cuerpo. Creía estar soñando; estaba tumbada en un carro, cubierta por una manta y maniatada. Habían tapado mi boca con un pañuelo. Gracias a Dios, me habían puesto mi ropa. Desde mis entrañas grité el nombre de Catalina. Tan abundantes eran mis lágrimas que se deslizaban, llegando hasta mi pecho, Tuvieron que escuchar i llanto porque un hombre descorrió unas mugrientas cortinas y, mirándome, dijo:

.-Tomás, es la doncella, que está llorando.

.-Pues déjala que llore, ya se le pasará-se oyó decir a la voz del tal Tomas-
.No pierdas el tiempo con ella y, sobre todo, ni la toques si no quieres que el caballero Leonardo rebane tu asquerosa garganta.

Cuando escuché aquellas palabras, sentí como si una garra me arrancara el corazón. Al final, aquel miserable había conseguido sus propósitos, Dios castigaba mis pecados. ¿Y Catalina?, ¿la habrían matado? No podía ser, aquel pensamiento lo rechazaba mi mente y hasta mis entrañas. Si tuviera certeza de ello, con mis propias manos me arrancarí el corazón. Algo

desde mi alma me decía que ella seguía viva y que tarde o temprano vendría a por mí. El llanto me venció y me dormí rendida.

Me despertaron los rayos del sol, que intentaban penetrar a través de las telas que cubrían aquel carro. Sentía unas ganas terribles de orinar. Al no poder hablar, empecé a dar golpes con mis piernas.

Uno de aquellos hombres abrió de nuevo aquellas cortinas y me miró. Por la expresión de mis gestos, tuvo que comprender que necesitaba algo con urgencia, pues me quitó el mugriento pañuelo de mi boca.

.-Como se te ocurra gritar, te vuelvo a tapar la boca.

.-No gritaré, déjame bajar, necesito orinar.

De pronto, se oyó la voz del otro.

.-Que se haga sus necesidades en el carro, ahora no pienso parar.

.-Está bien-dije huyendo de forma resuelta-. Cuando me entreguéis, le diré al caballero cómo de habéis tratado.

Aquel hombre tenía que tenerle más miedo que yo, porque dijo:

.-Para el carro, Tomás.

.-Pero, Pascual, ¿te vas a dejar amedrentar por esa bastarda?

.-Ni por esa bastarda ni por nadie. Tú no conoces a ese caballero, prefiero partirme la cara a ti antes que enfrentarme a él, con que para de una vez.

Desató mis ligaduras y bajé del carro. La luz del sol me hizo daño en los ojos y tuve que semicerrarlos. Estábamos en un campo enorme, pero no

se veían ni un árbol alrededor, solo enorme matorros, donde yo me refugié.

.-No se te ocurra escapar-dijo el llamado Pascual-. Estamos en el fin del mundo y no podrás ir a ninguna parte, eso si antes este sol no seca tus entrañas y terminan contigo las alimañas y culebras que hay en estos terrenos.

.-No pienso escapar, estoy deseando ver al caballero Leonardo.

No sé cómo habían surgido aquellas palabras; quizás porque en mi subconsciente se estaba empezando a fraguar un plan. Actuaría diciendo mentiras, me inventaría un motivo por el que huí. Intentaría ganarme la confianza de aquel desalmado. La vida e estaba enseñando que solo las mentiras consiguen hechos que no consiguen las verdades. Si quería seguir viviendo, no podía pensar que Catalina estuviera muerta. Si dejaba que ese pensamiento se apoderara de mí, la vida para mí no tendría sentido. ¿Quién nos habría denunciado?, ¿Blanca?, ¿Stella?, ¿aquellos hombres que estaban con el reverendo Zacarías?

.-Vamos, termina de una vez-dijo Tomás en un tono de apremio y brusco-
..Aún nos faltan muchas millas para llegar.

No quería transmitirle el miedo que sentía y dije, queriendo demostrar mi indiferencia:

.-¿Cuándo podré comer alguna vianda?

El tal Pascual soltó una carcajada.

.-En lugar de pensar en comer, bien podrías pensar en lo que te va a

esperar con ese caballero.

Si su propósito era meterme miedo en el cuerpo, lo consiguió.

Tomás, entonces, le dio una bofetada con el dorso de su mano.

.-Cállate, lengua de víbora, no hables mal de mi señor. Si llegara a sus oídos, me pediría que te atravesara ese negro corazón que tienes.

Pascual le miró. Sus ojos despedían chispas de furia, pero no dijo nada más. Tomás abrió un hatillo y sacó un trozo de pan y tocino y me los entregó, diciendo:

.-Toma, procura que te duren hasta que lleguemos.

Tuve en cuenta lo que me había dicho y dejé parte de la comida para el resto del viaje. Perdí la cuenta del tiempo que pasó desde que había tomado conciencia de que viajaba en dirección a las tierras de aquel miserable, quizás porque lo único que hacía era bajarme del carro para hacer mis necesidades, andar algo para aflojar mis piernas y dormir, dormir para no pensar y esperar que Dios hiciera un milagro.

Nos inundaba la claridad del alba cuando Tomás abrió aquellas mugrientas cortinas.

.-Vamos, despierta, ya hemos llegado.

Más que despertarme di un brinco. El carro se había parado. No me atrevía a bajar de él y ver dónde me hallaba. Pascual asomó su sucio rostro por la parte de atrás del carro y me apremió:

.-Baja de una vez. Has llegado a tu destino, bastarda.

No entendía su odio hacía mí.

Estábamos a las puertas de una enorme casa en un campo donde se veían árboles y pequeños recintos cerrados llenos de vacas borregos...Las puertas se abrieron y salió una doncella. Tendría unos cuantos años más que yo. Al verme, retrocedió con cara de asombro. Enseguida se recuperó, no comprendía por qué había actuado de esa forma.

.-Que pase ella. dijo-. Vosotros tendréis que venir más tarde o ya os verá mi señor. No está, ha ido de caza.

.-Como mandéis.

Al pasar al lado de ella, me fijé en la frialdad con que me miraba.

.- Venga conmigo. La llevaré a sus habitaciones.

Estaba confundida por el trato tan frío y respetuoso. La habitación era enorme, con una gran cama cubierta con finos linos. Lo que más sobresalía era un gran barreño que posiblemente sería utilizado para poder asearnos dentro de él,

.-¿Dónde puedo ir a por agua?

.-Mi nombre es Marina. Señora, vos no tenéis que ir a por agua, yo la traeré y llenaré el barreño.

No quise ni sentarme encima de la cama de la mugre que tenía mi cuerpo, por no decir mis ropas.

Llamaron a la puerta y entró Marina portando la ropa y en compañía de

otra sirvienta, que era quien llevaba las vasijas llenas de agua y un jabón.

No quería seguir pensando. Me desnudé, dejando mi ropa en un rincón de aquella habitación, me introduje en las tibias aguas de aquel barreño mientras frotaba mi cuerpo con el jabón. Sentí un escalofrío al recordar la primera vez que Catalina frotó mi cuerpo y me hizo sentir por primera vez el placer. A pesar de querer contenerme, no pude evitar sentir por primera vez el placer. A pesar de querer contenerme, no pude evitar sentir un dolor que oprimía mi pecho. Mis pensamientos se vieron interrumpido al abrirse bruscamente la puerta y aparecer el caballero Leonardo. Acercándose a mí y sin decir palabra, empezó a mirar mi cuerpo de arriba abajo recreándose en mis partes íntimas, que yo intentaba ocultar con mis manos. Su mirada destilaba tal deseo que traspasaba las aguas y la sentía en mis carnes. Mis deseos de haber fingido y haberle mentado habían desaparecido No me enfrentaba a una persona, sino es un animal.

.-Sal del agua y sécata-dijo de una forma fría y terminante.

Tenía que actuar según los latidos que marcara mi corazón, como me dijo Catalina.

.-¿Qué creías que te ibas a librar de mí? Lo que yo quiero lo tengo. Cuando me canse de ti, te utilizaré como instrumento para mis negocios.

Me arrancó de un tirón el lino y, mirándome de una forma lasciva, me dijo:

.-Voy a follarte hasta que quede agotada. Ahora vas a saber lo que puede hacer un hombre con una mujer.

Se echó encima de mí, aplastándome con su cuerpo. Sus ásperas manos presionaban mi pecho hasta hacerme daño, al mismo tiempo que me penetraba de forma brusca con su miembro. Sus empujes eran brutales, convulsionaba constantemente y sus babas caían sobre mi espalda. Mis lágrimas, por el dolor y repugnancia, se mezclaban con mis vómitos. Di gracias a Dios cuando, de pronto se paró y se quedó sin moverse encima de mí; tenía que estar rendido.

Aquellos empujes hicieron que manchara los linos con mi sangre y tuviera la suerte de que , unidos a sus frenéticos y lascivos deseos, no se diera cuenta de que estaba desvirgada.

.-Ya puedes incorporarte, perra. No irás a decir que te ha dolido cuando te he desvirgado.

Soltó una carcajada.

.-Si deseas comer, baja cuanto antes a los salones. Ya se encargará Marina de limpiar todo esto.

Cuando salió de la habitación, me introduje como pude dentro del barreño, froté con el jabón todo mi cuerpo, parándome en mi sexo, que ardía por el dolor. Me fijé entonces en los moratones de mi pecho y palpé una especie de rasguños en mi garganta Había comprendido que Leonardo solo me quería para saciar su apetito carnal y para utilizarme para sus oscuros negocios No me fluían ni las lágrimas. Vino a mi mente el

recuerdo de Catalina. Ella le habría matado con sus propias manos. No podía haber muerto, no podía consentir creérmelo. Si fuera así, me tiraría por una de las ventanas de aquel caserón. Mis ansias de seguir viviendo eran por volver a estar en sus brazos. No le quería odiar por lo ocurrido con Catalina porque eso era suponer que ella había muerto.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de unos golpes en la puerta. Temblé pensando que era él cuando apareció Marina con unos linos.

.-Señora, vengo a prepararle la cama.

Al ver mi cuerpo, se quedó paralizada y su expresión cambió. Dejó los linos encima de la cama y dijo:

.-Espérese y no salga del barreño. Cuando venga, la ayudaré voy a busca de unos aceites.

Apareció de nuevo, puso unos pequeños botes encima de una mesa pequeña y, acercándose a mí, me ayudó a salir del agua.

.-Acuéstese, la secaré y le daré con estos aceites. Eso le calmará el dolor.

Sus manos eran suaves y extendía aquel aceita por todo mi cuero, calmándolo.

.-Gracias, Marina-dije con un hilo de voz-.Te estaré siempre agradecida.

.-Gracias, Marina-dije con hilo de voz-.Te estaré siempre agradecida.

.-No tiene por qué darme las gracias, es mi obligación asistirle. Cogí su mano entre las mías y la besé, hecho que la dejó sorprendida

.-Si, pero no con tanto cariño-le dije.

Al verme desnuda, hizo un gesto de sorpresa.

.-Sois muy bellas, señora.

Se veía que no había podido contenerse porque se ruborizó. Me ayudó a vestirme, me apretó el corpiño; mis senos parecían querían escapar de aquellas tiras y recordé los pechos de Catalina cuando se los vi por primera vez en la fonda. Acostumbrada a vestir con ropas de hombre para camuflarme, ahora, al verme en aquel espejo, hasta yo misma me asombré de mi imagen.

„Gracias, Marzina, no soy tan bella como tú me ves.

.-Dese prisa, la están esperando para comer. Al caballero no le gusta a esperar, y menos a su hermano.

.-¿Su hermano?

.-Si, señoras, tiene un hermano mayor que él.

Diciendo estas palabras, se dirigió hacia la puerta. La retuve, diciéndole;

.-Marina, llámame por mi nombre, Jimena. Quiero que seamos amigas.

.-Eso es imposible, señora, vos sois una dama y yo solo una sirvienta. La esperaré para acompañarla.

Mientras caminaba por aquellos pasillos, podía sentir mi cuerpo dolorido y magullado. No quería pensar, solo vivir hasta que llegara ese feliz momento de reencontrarme con mi amada. Antes de abrir las puertas de

aquel salón, Marina, mirándome directamente a los ojos, me dijo:

.-Quiero advertirle de que, si ellos notan su miedo, se apoderarán no solo de su cuerpo, también de su alma.

Antes de que yo pudiera contestarle, abrió aquellas puertas y se marchó. Aquel salón era enorme, estaba lleno de suntuosos muebles, con enorme lienzos en las paredes y lujosos adornos por todos los lados. Allí se encontraban sentados el caballero Leonardo y el que debería ser su hermano. Se levantaron los dos al unísono; en los ojos del que supuestamente tendría que ser el hermano de Leonardo apareció una expresión de auténtica sorpresa y, al intentar dejar su copa en la mesa, se le cayó al suelo, rompiéndose en pedazos.

.-Oh-dijo él, balbuceando-. Lo siento.

Me encontraba cada vez más sorprendida por el comportamiento de aquellas personas Recordando el consejo de Marina y los de mi amada Catalina, aspiré aire con fuerza, y con paso firme, sin vacilar y con un tono de voz segura y firme, dije:

.-Por favor, siéntense, caballeros.

Ellos como autómatas, se sentaron. Me fijé en el hermano de Leonardo, que parecía haber recobrado su compostura. Era físicamente distinto, su pelo era de color castaño, tenía un bigote y barba muy recortados y sus ojos eran enormes y de color castaño, su mirada limpoia y directa. Su cuerpo, sin embargo, estaba famélico.

.-Vaya, hermano, que suerte tienes. Qué hermosura belleza.

Puse toda mi voluntad y lo conseguí. Mis mejillas no se ruborizaron y le miré de una manera altanera y firme.

.-Y qué templanza –hablaba en tono burlón-.Señora, debéis saber que una mujer no debe mirar con esa altanería a un hombre.

Bajé rápidamente mi vista al plato. Me vinieron a la memoria las palabras del reverendo Zacarías.

.-Lo siento.

.-No, a mí puedes tutearme si lo deseas. Así lo haré yo también.

.-Bueno, ya está bien de palabras sensibleras y absurdas. Comamos-cortó Leonardo.

Sonreí, asintiendo.

.-Debes levantarte, extender tu mano y decir tu nombre.

Me incorporé, ruborizada, haciéndole caso.

.-Señor, mi nombre es Jimena.

.-Muy bien, Jimena-dijo mientras besaba mi mano-.Como te he dicho ants, puedes tutearme. Ahora ya podemos empezar a dar cuenta de estas viandas-dijo él, sentándose y mirando a su hermano con una mirada fría y cortante, lo que hizo que Leonardo cambiara la expresión de furia y sonriera falsamente.

Yo no acababa de entender lo que estaba sucediendo; no quería pensar, solo dejarme llevar por mi corazón, como me dijo mi amada, y consideraba que lo mejor era callar.

.-Bien-dijo Leopoldo-. Antes de que pasemos a hablar de las patrañas del rey y nos abandone Jimena, ¿cuándo piensas desposarla? Recuerda que nuestros progenitores eran muy religiosos y nunca hubieran conseguido que cohabitaras con una dondella sin antes haberla desposado.

La furia nuevamente se reflejó en los ojos de Leonardo.

.-Yo no quiero casarme por ahora con ella. Ha sido una...

Leopoldo dio un puñetazo en la mesa, cortando sus palabras.

.-Te advierto de que te cuides en decir alguna palabra soez sobre ella.

.-Hermano-dijo en tono humilde-, yo pensaba...

.-Tú no piensas nada, para eso estoy yo. Bastante pensáis tu señor conde y tú, que te tiene manipulado y no ha parado hasta tenerte bajo su mando. Y no voy a decir nada sobre su comportamiento con Lucrecia.

Estaba cada vez más confundida. ¿Por qué aquel hombre me defendía sin ni siquiera conocerme?, ¿qué habría ocurrido con doña Lucrecia y el conde?

.-Está bien, Leopoldo, se hará como tú desees. Mientras tanto, respetaré a Jimena como la he respetado hasta ahora.

No pude evitar alzar mis ojos hacía él. Vi tal expresión de crueldad y amenaza en los suyos que bajé nuevamente los míos a la mesa.

Al terminar de comer, iba a pedir permiso para levantarme Leopoldo tuvo que ver mis intenciones y dijo;

.-Puedes levantarte si lo deseas, Jimena. Marina te enseñará las habitaciones, las cuadras, el jardín y...En fin, toda la finca. ¿Sabes montar a caballo? Tenemos una yeguada magnífica.

Le sonreí.

.-Sí, señor. Sé montar a caballo.

.-Por favor, Jimena, llámame Leopoldo. En esta casa imponemos nosotros nuestras propias reglas. Qué suerte vas a tener con tu esposa, Leonardo. Sabe hasta montar a caballo. Seguro que sabe hasta leer y escribir.

.-Sí, s...Leopoldo, también sé leer y escribir.

Evitaba mirar a Leonardo, no quería encontrarme con sus ojos.

Marina me enseñaba la casa con breves palabras y sin explicarme más de lo debido. Me presentó al resto de los sirvientes, Hortensia, la cocinera, Josefina, que era quien le había ayudado a llevarme el agua, Serafín era el jardinero y encargado de arreglar los desperfectos de la casa, Atanasio cuidaba de los animales, entre ellos los caballos. Cuando llegamos a las caballerizas, no pude evitar derrumbarme al recordar a Catalina y comencé a llorar de forma desconsolada. Marina se acercó y me zarandéo suavemente por el brazo.

.-Señora, no llore, la oirán los caballeros y vendrán a ver qué ocurre.

Sequé mis lágrimas con mi mano. No quería decirle lo que Leonardo me

había dicho, pero quería saber el porqué del comportamiento de Leopoldo.

.-Te lo suplico, Marina, cuéntame por qué Leopoldo es tan amable conmigo. ¿Es sincero o me está preparando una encerrona?

.,No, señora, tranquilícese. Empezaré por el principio. Según las habladurías del pueblo, el padre de mis señores era de carácter débil y la madre, de descendencia muy humilde, nunca estuvo a la altura de una dama, lo que hizo que criaran a sus hijos en un ambiente de debilidad y despilfarro, lo que hizo que los señores se criaran con toda clase de caprichos y sin ningún tipo de freno. En sus correrías llegaron a forzar a algunas de las mozas de los pueblos.

Cuando los maravedíes empezaron a faltar, saltaron los rumores de que mis señores se estaban dedicando a ser espías de la santa Iglesia. Un trágico día se suscitó una gran bronca entre mis señores y su padre, como consecuencia de que habían tenido la osadía de denunciar al maestro del pueblo, hombre trabajador y bueno, muy amigo de la casa, incluso fue maestro de ellos, el padre, al no poder barajar a sus hijos y hacer que se retractaran, salió a galope de la casa.

Ante la tardanza en regresar, fueron a buscarle y le encontraron al lado de unas rocas desnucado. Nadie supo cómo pudo darse, ya que él era un buen jinete. La madre de mis señores terminó muriendo a los pocos meses, se rumoreaba que uno de los motivos fue la pena y el trato que le daban sus hijos. En este transcurrir del tiempo, llegó al pueblo un nuevo alcalde. Tenía una hija bellísima llamada Romina, rubia, con un rostro angelical.

Empezaron a pretenderla los caballeros de las tierras cercanas, lo que hizo que mis señores empezaran a frecuentar el pueblo. Sin llegar a conocer los datarles, de la noche a la mañana surgió la noticia. Mi señora doña Romina se había comprometido con mi señor don Leopoldo. Ya habían fallecido los padres de mis señores. La boda fue suntuosa y vinieron caballeros de todas partes del territorio.

A don Leopoldo le empezó a cambiar el carácter y empezó a hacerse cargo de las tierras y a explotarlas. Parecía como si Dios hubiera hecho un milagro. Mi señor don Leopoldo bebía los vientos por ella; ya solo cuando la miraba parecía como si le estuviera entregando con su corazón, sino su alma. El alejamiento hacia su hermano facilitó que el caballero don Leonardo se hiciera más cruel y pendenciero y cogiera amistad con ese famoso conde.

Como suele suceder en esta vida, aquella felicidad no era de este mundo y duró el tiempo que tarda una gaviota en surcar la playa. Al año aproximadamente, mi señora cogió una extraña enfermedad, muriendo a los pocos meses. Mi señor Leopoldo, a pesar de tan terrible desgracia, no cambió su carácter, pero empezó a secarse como las hojas de los árboles en el otoño, mientras que mi señor Leonardo pareció reverdecir como esas hierbas de las praderas y empezó a ser más cruel y pendenciero en sus acciones.

Por unos momentos, Marina se quedó callada como para tomar aire y, mirándome a los ojos dijo:

.-Para nuestra sorpresa, vos tenéis un gran parecido con ella. El vestido

que lleváis eras suyo. El caballero Leonardo me dijo que os lo llevara para que os lo pusieseis.

Sentí un sudor frío en mis carnes. ¿Cómo había podido suceder tal cosa? Por mucho que lo analizaba, no le encontraba ninguna respuesta.

.-Se rumoreó que el caballero Leonardo también estaba enamorado de ella, pero fue su hermano quien la consiguió.

Se quedó en silencio y pensativa, dando la sensación de que se había arrepentido de lo que me había estado contando.

.-Creo que he hablado demasiado. Por Dios, señora, no se le ocurra decir esto a nadie.

La abracé.

.-Claro que no diré nada, Marina, te estoy agradecida por haber confiado en mí.

Ella se separó rápidamente.

.-Señora, no se abraza a los sirvientes.

.-Pues yo sí lo haré y te obligaré a que cuando estemos solas me llames Jimena.

Me dejó sola en los jardines y entró en la casa. Le pedía a Dios fuerza para afrontar todo lo que me estaba ocurriendo. Qué perversidad la de Leonardo. Qué burla del destino tener yo ese parecido con aquella dama. Mis pensamientos fueron interrumpidos al escuchar las voces de Leopoldo y Leonardo; provenían de una de las ventanas y me acerqué hasta allí

para escuchar lo que decían.

.-Sois unos miserables, porque seguro que no solo ha sido idea tuya. Tú no tienes inteligencia para ello. Eso es cosa de ese maldito conde, y no es que de Jimena no pueda enamorarse cualquier hombre, es que tú, aunque te hubieses sentido atraído hacia ella, no deberías haberlo hecho sabiendo su parecido con mi difunta esposa.

.-Leopoldo, no he...

.-¡Cállatej truhan. Encima, seguro que de ti ha sido la idea de ponerle los vestidos de Romina. Si no fuera porque por sus venas corre mi misma sangre, te atravesaría con mi espada. ¿Tú sabes el dolor que he sentido cuando la he visto?, ¿qué piensas hacer con ella? No te voy a consentir que la maltrates o la utilices como está haciendo tu amigo el maldito conde con la pobre Lucrecia, que, además de haberla llenado de hijos, la engaña continuamente con prostitutas.

.-Eso son solo habladurías-contestó Leonardo-.Lucrecia es una mujer frívola y malcriada que va de lecho en lecho sin importarle lo que digan de ella.

.-¡Cállatej Se habrá visto obligada a ello al no encontrar consuelos a sus penas. Seguramente tú ya has yacido con ella. Contesta a la pregunta que te he hecho. ¿Qué piensas hacer con Jimena?

.-No se me ocurrirá utilizarla ni hacerle daño, yo la amo.

Leopoldo soltó una carcajada.

.-Tú no sabes lo que es eso, miserable.

No quise seguir escuchando más y, entrando en la casa, me dirigí hacia mis habitaciones y me eché encima de la cama. No quería dejarme llevar por la pena. Empezaba a tomar conciencia de que jamás saldría de los muros de aquel palacio y que la felicidad no podía comprarse por muchas riquezas que se tuviesen; eso lo padecían lo mismo ricos que pobres. Catalina. Ella si hubiera sabido qué hacer. Sentí unos suaves golpes en la puerta y escuché cómo se abría. Pensé que sería Marina y ni siquiera me volví para verla.

.-¿Qué te ha ocurrido , Jimena? He visto como entrabas en tus habitaciones.

Me incorporé de golpe. Era Leopoldo.

Y entonces, igual que las tormentas estallan y los rayos rasgan los cielos, grité más que hablé.

.-Sois todos unos miserables, lo único que buscáis es lucraros con pobres desgraciados y saciar vuestros miserables apetitos carnales sin importaros la vida, y no ya la vida, sino el alma de las desgraciadas personas que el destino pone en vuestro camino.

.-Por Dios e lo pido, a mí no me juzgues de esa forma. Sí es cierto que hubo un tiempo en que no me importaba. Fui amigo y compartí correrías con ese maldito conde y i hermano. Éramos amantes de prostitutas, para que ellas sacaran información a sus clientes. Utilizábamos esa información para amenazar a aquellos desgraciados con denunciarlos ante la Inquisición. Entonces, ellos compartían con nosotros sus bienes y su

riqueza.

Dios puso en mi camino a mi difunta esposa, Romina, y mi vida dio un tremendo giro. A través de sus ojos vi la bondad de las personas, y a través de su corazón sentí a nuestro Señor. Me hizo jurar antes de morir que jamás cambiaría, y yo, cumpliendo fielmente mi juramento, he seguido cumpliendo mi promesa, aunque a veces la desesperación de haberla perdido desgarró mis carnes.

¿Cómo el amor puede llegar a producir semejante cambio? Yo también era reflejo de ello; me había enamorado de una mujer en lugar de un hombre y la amaba intensamente.

Aquella palabras me habían tranquilizado y decidí sincerarme con él, pero no le dije toda mi verdad. Había recordado el consejo de Catalina, solía decirme que las verdades no se deben decir por enteras, sino a medias, y haciendo un gesto picaresco, terminaba diciendo: “Ni siquiera a la persona amada; si no , damos infinito poder a quienes las escuchan”

.-Yo no quiero a Leonardo y tampoco deseo casarme con él.

Con un gesto de desaliento, me respondió.

.-Tengo cierto poder sobre mi hermano, pero el conde Froilán tiene contactos muy poderosos dentro de la Iglesia e incluso en la Corte. Mi hermano acudiría a él. No va a consentir que su capricho no cumpla, y a ello habría que añadir el odio que ese conde me profesa.

Estaba perdida. Sabía que tenía toda la razón; el conde impondría su maldad y poder para que se cumplieran los deseos de Leonardo.

.-De todas formas, Jimena, no desesperes. De momento, le haré pensar que estoy de acuerdo con vuestra boda, eso le mantendrá sujeto y no te molestará. Mientras, pensaré en qué es lo que podemos hacer.

.-No, Leopoldo, no. Yo no quiero que pongas en riesgo tu vida por mi causa.

Sonrió tristemente.

.-Desde que murió mi amada no me importa morir. Si vivo es porque ella lo quiso así. Que yo haya dicho que no podía hacer nada era por tu seguridad más que por la mía.

Besó mi mano y salió de la habitación.

CAPITULO XIV

Cabalgaba por las praderas de aquella finca. Leonardo y Leopoldo había desaparecido. Pregunté a Marina si Romina montaba a caballo y tenía ropa adecuada para ello. Ella me trajo varios trajes y los colgó en mis armarios; entre ellos había varios de montar y elegí el que llevaba puesto. Me encontraba libre dentro de él.

Quería no solo desfogar al caballo, sino desfogarme yo. ¿Catalina?, ¿qué estaría haciendo? Cuando pensaba en ella, mis carnes se abrían a un deseo que me embargaba con tanta fuerza que salía hasta de mis entrañas y podía sentir como mi sexo se humedecía. Espoleé el caballo; tenía que dejar de pensar, si no, terminaría por volverme loca y no escaparía nunca.

Llegué hasta las márgenes de un riachuelo, desmonté y, dirigiéndome hacia sus cristalinas aguas, refresqué con ella mi cara. Su frescura me calmó, me senté en la hierba y me dejé acariciar por un sol que intentaba darnos su calor. Llegaría la hora de mi muerte y me iría de este mundo sin comprender cómo el ser humano podía engendrar tanta maldad. Vinieron a mi memoria los textos bíblicos. Cómo podrían darse leyes tan severas en el Antiguo Testamento todo era amor. Ahora lo empezaba a entender. Si Dios no hubiera dedicado semejante leyes en una época en que vivían en tribus y sus costumbres eran muy primitivas, se hubieran devorado los unos a los otros. Aquellas leyes no hicieron al hombre mejor, y entonces, en su infinita misericordia, nos envió a su propio hijo para que nos redimiera de todos los pecados y las leyes se convirtieron en mensaje de

amor. ¿Qué hizo del hombre? Clavarle en un madero, la muerte más ignominiosa. ¿Qué nos quedaba ahora? Porque de lo que si estaba segura es de que, aunque se recrudescieran las leyes, nadie las cumpliría. Aunque Jesucristo regresara lo volveríamos a matar de nuevo. Quedaba la esperanza de que algún día el ser humano viera su imagen reflejada en el espejo de la vida y se diera cuenta de su terrible maldad y equivocaciones

Metida en mis pensamientos no me había dado cuenta de que delante de mi se encontraba Leandro.

.-Qué sorpresa, pero si está aquí la zorra que a base de engaños ha puesto a mi hermano de su lado.

Me incorporé de golpe, acercándome a el caballo.

Soltó una carcajada.

.-No te preocupes, más quisieras tú. No pienso ni tocarte hasta que no te haya desposado. Entonces pedirás al mismísimo diablo que se acuerde de ti. No puedo contradecir a mi hermano porque, a pesar de sus suaves palabras y sus acciones de respeto y cariño, ha sido más sanguinario que yo, y a buen seguro que está esperando cualquier oportunidad para que salga de sus entrañas la bestia que lleva dentro y sacarme el corazón del pecho.

No le perdía de vista, no me fiaba de él.

.-¿Sabes? Aunque él no quiera reconocerlo, me odia a muerte porque cree que fui yo quien pegó la enfermedad a su mujer al cohabitar con ella, pero no pudo demostrarlo.

Podía sentir el temblor hasta en mis manos.

.- Si, Romina murió de una enfermedad que se contagiada por los fluidos vaginales. Yo también la padecí, pero la oculté porque a mi no me atacó tan fuerte. La odiaba porque me rechazó y prefirió a mi hermano. Puse todas mis armas para seducirla y lo conseguí, entonces copulé con ella con el deseo de contagiarle mi enfermedad y hacer que ella falleciera. Si no podía ser para mí, no sería para él tampoco. Ella se arrepintió de lo que había hecho y no solo murió de esa maldita enfermedad, también de pena

Sentía esa sensación que te va a producir el desmayo. Él, al ver en mi cara el signo del espanto y dolor, siguió a sabiendas del daño que me causaban aquellas terribles palabras.

.-Te lo he contado, porque sé que no se lo dirás. Me he dado cuenta de que le has cogido cariño y sabes que ya de nada le serviría saber la verdad, solo serviría para hacer más profundo su dolor, y podría ser que nos llevara a enfrentarnos a los dos y perder la vida uno de nosotros. Yo sé lo que sufre y cómo le corree las entrañas, pero sigue vivo y la muerte no se acuerda de él.

Ya no podía seguir escuchando más. Los latidos de mi corazón me llegaban a la oca. Montando en la grupa de mi caballo, le contesté.

.-Unas veces por desgracia y otras por suerte, la muerte deseada nunca llega.

Y diciendo aquellas palabras, espoleé el caballo y salí de allí a galope tendido.

Ahora ya no tenía dudas. Por mucho que lo intentase, jamás comprendería la crueldad de las personas. Marina estaba a las puertas, esperándome con cara de preocupación.

.-Señora me tenía preocupada por su tardanza. ¿Se encuentra bien? Tenéis la cara más blanca que la leche.

.-No es nada, Marina, gracias. Hoy tengo el mal de mujeres. Por favor, que lleven el caballo a las caballerizas, le cepillen y le den agua.

,-Así lo haré-dijo-.Subiré a prepararle el agua para que pueda asearse.

Metida en las aguas de aquel barreño, frotaba mi piel. Quería llegar hasta mis entrañas y olvidar todas aquellas terribles cosas que me había contado Leonardo y, como tantas veces, el recuerdo de Catalina vino a mi mente, fluyendo de mis ojos silenciosas lágrimas, lágrimas que consiguieron calmarme y sentir como poco a poco me iba tranquilizando. Decidí no seguir pensando más.

Mientras me ayudaba a vestirme, Marina me dijo:

.-Señora, tengo que advertirle el caballero Leopoldo ya ha regresado y no viene de muy buen humor. Sin embargo, el caballero Leonardo viene más contento que otras veces.

.-Gracias, Marina. No te preocupes, andaré con sumo cuidado.

Abrí las puertas de aquellos salones. Leopoldo se levantó al verme, Leonasrdo no tuvo más remedio que hacerlo también. Ni siquiera le miré, quería olvidar todo lo ocurrido para que Leopoldo no sospechara que algo había ocurrido.

.-Buenas noches caballeros-dije mientras me sentaba y se sentaban ellos también.

Leonardo me respondió dándome las buenas noches con una expresión entre cínica y burlona.

.-Buenas noches, Jimena-respondió Leopoldo-.Perdóname si no te hago mucho caso, pero no me encuentro muy bien.

Me fijé en su cara. La tenía muy pálida y sus ojos estaban vidriosos. Antes de finalizar la cena, Leopoldo se levantó y dijo que se retiraba a sus aposentos. Temiendo quedarme a solas con Leonardo, me levanté también y dije:

.-Leopoldo, iré a buscar a Marina para que te atienda-le dije.

Esperé a que Marina saliera del dormitorio y le pregunté:

.-Dime, Marina, ¿cómo se encuentra?

.-Le arde el cuerpo, señora, lo veo mal. Voy a llamar al caballero Leonardo para que venga a verle y nos diga qué debemos hacer.

Entré en la habitación. El sudor chorreaba por su frente y sus ojos estaban medio cerrados.

.-No te acerques Jimena. Podría ser contagioso.

Le sonreí.

.-No te preocupes, no hay bicho que se me resista.

.-Me acerqué a él y, cogiendo un paño que había en la mesa, lo impregné con el agua de una jarra y se lo puse en la frente. En ese momento entró Leonardo, seguido por Marina. Él se mantuvo alejado.

.-Yo no lo veo tan mal, que Marina esté toda la noche poniéndole esas compresas; mañana se encontrará mejor.

.-Sé que hay ciertas cataplasmas-respondí-que son mejores que esto y podrían venirle bien, incluso quitarle la fiebre. Creo que debería llamar al médico.

.-De eso nada, seguro que no está ni en el pueblo. Sería una pérdida de tiempo y de dinero-respondió Leonardo.

Leopoldo intentó incorporarse pero no pudo.

.-Miserable, el dinero es mío. Se por qué no quieres que me vea el médico, desees mi muerte.

.-No hay que perder más tiempo. Montaré a caballo y me iré a buscarle-dije.

Antes de que pudiera decir nada más, salí de la habitación. Después de preguntar a varias personas del pueblo conseguí dar con el médico, que pareció reacio a acompañarme, pero al final conseguí que se viniera, no antes de coger unas hierbas y unas cataplasmas. Cuando entramos en la casa, había un tétrico silencio. Fuimos directamente a la habitación de Leopoldo. Solo estaba Marina, Leonardo había desaparecido. El médico se acercó y, abriendo sus ropas, palpó su vientre, a lo que Leopoldo respondía haciendo gestos de dolor.

.-Ha tenido que comer algo que podría ser venenoso y le está haciendo daño en el cuerpo. Hay que hacer que vomite.

Sacó unas hierbas de su maletín.

.-Hay que hervirlas. Tenemos que hacer que se las tome. Esto le ayudará a echar ese veneno.

Marina trajo el brebaje en una vasija y entre aquel médico y yo se lo hicimos beber a Leopoldo. No había terminado de beber todo aquel brebaje cuando empezó a devolver un líquido viscoso, negro y verdoso.

.-Hemos tenido suerte-dijo el médico-. Se ve que han calculado mal la cantidad y eso le ha salvado la vida. Deberá ponerse estas cataplasmas durante toda la noche hasta que le desaparezca la fiebre.

Una vez se hubo marchado el médico, le dije a Marina.

.-Vete a descansar, Marina. Si te necesito, te llamaré.

.-Pero, señora-respondió ella-, es usted la que tendría que irse a descansar.

La sonreí y le hice un gesto de negación y ella se marchó.

La claridad del alba empezaba a inundar toda la estancia cuando las fiebres le bajaron. Leopoldo había permanecido entre despierto y dormido. Ahora su respiración era ya pausada. Salí de allí dirigiéndome a mis habitaciones. Me tiré en la cama vestida, no tenía fuerzas ni para pensar. Un sueño provocado por el cansancio me invadió.

CAPITULO XV

La luz del sol que entraba por los ventanales me despertó. Marina estaba descorriendo las cortinas, me encontraba dentro de la cama y con el camisón puesto. Ella, al ver mi asombro, dijo:

.-Buenas tardes, señora. Yo le quité el vestido y la introduje en la cama. Debe levantarse, ya es mediodía. El caballero Leopoldo se encuentra mejor.

.-Gracias, Marina, eres muy buena conmigo.

Había observado que aquella fría mirada que al principio de conocerla me dirigía había desaparecido.

.-¿Desea que le ayude a vestirse?

.-Oh, no. Gracias, Marina, puedes marcharte.

Me miró con una expresión de duda.

.-No sé si debo decírselo. Ha venido un hombre con unos papeles en la mano y ha estado reunido con el caballero Leopoldo. Hacía largo tiempo que no recibían visitas. En vida de nuestra señora doña Romina, se daban fiestas por cualquier motivo y venían señoras a tomar café, aunque creo que más bien era para ver al caballero Leonardo, que parecía ejercer un raro influjo sobre ellas.

Los domingos y festivos solíamos ir al pueblo a escuchar la santa misa y mi señora consiguió llevar hasta a su esposo, no así al caballero Leonardo,

que se negó en rotundo. Desde que murió el caballero Leopoldo no volvió a permitir ni que se hicieran más fiestas ni que nadie viniera a visitarnos.

Diciendo estas palabras, salió de la habitación.

Una vez que me hube vestido, en lugar de dirigirme a los salones para comer, me dirigí hacia las habitaciones de Leopoldo. Llamé suavemente. Al entrar, observé que estaba sentado en la cama; la expresión de sus ojos había cambiado. Parecían más alegres y la tez ya no estaba tan blanca.

.-Buenos días, Jimena. Ven, acércate.

Al acercarme, cogió mis manos y se las llevó a sus labios.

.-Gracias, Jimena, por cuidarme y salvar mi vida.

La retiré y le sonreí.

.-Oh, no. Por Dios, Leopoldo, era mi deber.

.-No, Jimena, tú todavía no has adquirido ningún deber. Podías haberle a Marina que cuidara de mí. Quiero que sepas una cosa; he firmado unos documentos y te he dejado a ti heredera de todos mis bienes.

.-Dios mío, eso no, Leopoldo, no me lo merezco. Además, está Leonardo, no creo que le sentara bien.

Sonrió con cierta tristeza.

.-Ante la ley, estos bienes los tendría que heredar él porque pertenecieron a nuestros antepasados, pero contrajo una deuda jugando a las cartas y puso la parte de sus bienes como fianza. Yo compré esa deuda. No le

nombro mi heredero porque le odie, lo hago para que mis posesiones no caigan en el poder de malvadas personas, porque sé que él terminaría jugándose a las cartas o las vendería para seguir pagando sus vicios.-Su semblante se tornó muy serio-. Jimena, escuché al médico decir lo que me ocurría y presiento que Leonardo está detrás de ello.

Mi muerte le dejaría como único heredero y la libertad de hacer lo que quisiera, y en ello te incluyo a ti. Mi vida está en peligro, pero no puedo matarle; es mi hermano, mi sangre. Mi amada esposa no me perdonaría y el día de la muerte no me estaría esperando y hasta los cielos se cerrarían a mi alma.

Qué triste tenía que ser saber que tu hermano, alguien de tu sangre, intentaba matarte. Por otro lado, cada vez sentía más miedo de ser la heredera de unas tierras que parece que estaban malditas.

.-No puedo aceptar y, además, no creo que sea capaz de hacerme cargo de todo ello.

.-Jimena, si piensas que mi hermano puede atentar contra tu vida, olvídalo, no se atrevería. Una de las cláusulas que he hecho constar es que si por cualquier motivo mueres, esos bienes pasarán a la santa Iglesia. Mi hermano no se atreverá a ir contra el clero. Además, a los criados les dejo también una pequeña compensación. Y si estás preparada, te considero una mujer brava y valiente. Además, contarías con la ayuda de Marina. Desde que murió Romina, ella es quien ha llevado parte de los asuntos de la finca.

Ahora comprendía el porqué de sus miradas, pensaría que iba a usurpar su lugar.

.-Vamos, Jimena-dijo, dando por finalizada la conversación-.Vayamos al salón, me encuentro mejor y deseo acompañarte en la comida.

Comía deprisa y sin ni siquiera tomar sabor a los alimentos. ¿Por qué habría aceptado? No, yo no había aceptado, él no me había dado otra opción. ¿Y si no me estuviera diciendo la verdad? Recordé a Catalina, cuánto la añoraba. Ella habría sabido qué hacer. Seguramente, ya habría atravesado el corazón de Leonardo. Mis pensamientos iban y venían, confundiéndose entre ellos. Marina me miraba como queriendo adentrarse en ellos.

Egoístamente, me interesaba heredar aquellas tierras porque ello haría posible que pudiera ir en busca de Catalina, pero también podría ocurrir que Leopoldo tardase en morir. Me arrepentí de tener aquellos pensamientos y lo deseché.

De pronto, se abrieron bruscamente las puertas, apareciendo Leonardo con la cara desencajada.

.-¿Cómo has podido ser tan vil?

Leopoldo le miró sin mover un solo músculo de su cara. Disimuladamente, su mano palpó su cincho; no llevaba espada.

.-Vamos, traidor, voy a matarte. Dejar a esta zorra heredera de nuestros bienes...

.—Tranquilízate, Leonardo-respondió él-.¿Nuestros? No, mis bienes, mis bienes..Y ten cuidado con las palabras que utilizas para referirte a Jimena.

.-Si nuestros padres levantaran la cabeza-siguió hablando Leonardo sin hacer caso de las palabras de su hermano-, atravesarían tu vil corazón.

.-Nuestro padre me lo hubiesen agradecido.

.-Levántate, he dicho.

Leopoldo se levantó y se llevó la mano al cincho, diciendo:

.-Mira, no llevo...

No le dio tiempo a decir nada más. Leonardo le atravesó con su espada y se vino hacia donde yo me encontraba con la intención de clavármela a mí. Marina, no sé de dónde, pudo sacar un puñal que le clavó en la espalda. Se desplomó en el suelo como un pesado saco. Ella, entonces, se dirigió a la puerta y la atrancó. La miré, fue como si la viera por primera vez. Su pelo rubio recogido en una especie de redecilla, sus ojos de un azul metalizado por la furia, sus labios sensuales con un rictus de rabia.

.-Marina- dije con lágrimas contenidas-, ¿qué vamos a hacer?.

.-Vamos, Jimena, no pienses, actúa. Ayúdame a juntar sus cuerpos.

Era la primera vez que me tuteaba.

Sacó el puñal de la espalda de Leonardo y lo clavó en el pecho de él, dando la sensación de que los hermanos se habían matado el uno al otro.

CAPITULO XVI

Amortajamos los cuerpos de Leonardo y Leopoldo. Marina no quiso que nos ayudaran los otros sirvientes, alegó que podría ser que vieran lo que no deberían ver y fueran con los chismes al pueblo.

.-Marina, tendremos que llamar a sus familiares, amigos, al cura, al alcalde. No tengo idea de lo que tengo que hacer.

.-No se preocupe, señora, familiares que no conocí a ninguno. Amigos...-El color de su cara adquirió cierta palidez-.El señor conde Froilán.

Sentí una especie de nudo en mi garganta.

.-Marina, te lo ruego, no me trates con tanto servilismo. ¿Es necesario que tengamos que llamar a ese truhan? Él será muy difícil de engañar.

Ella me miró; su expresión era firmeza y seguridad.

.-¿Engañar? No la entiendo, Jimena, ¿qué engaño? Esos dos pendencieros se han matado entre ellos.

Tenía que reconocer que estaba actuando de forma inteligente.

Me recordó a mi amada Catalina. Sentí cómo mis ojos se humedecían.

.-Mandaré a Serafín para que avise al reverendo, le pida día para el entierro y que ya de paso se lo comunique al señor alcalde y al señor conde,

En mi fuero interno, deseaba que el tiempo volara y llegase el momento de enterrarlos.

No podía evitar sentir cierta tranquilidad con la muerte de Leonardo, pero por Leopoldo sentía cierta pena. Si fuera cierto que se regeneró, el destino le pagó muy cruelmente o sus crueldades eran ya imposibles de perdonar y pagó por ello.

Antes del entierro no acudió nadie a nuestras tierras. Como ya se sabía, los hermanos no eran queridos por los habitantes del pueblo.

Llegó el momento del entierro y solo acudieron el alcalde y el reverendo.

Mientras el reverendo decía sus oraciones, Marina miraba continuamente el camino. De pronto, a lo lejos, se vio una gran polvorera provocada por un coche de caballos.

Todos nos quedamos expectantes esperando su llegada

Descendió primero un caballero No podía creer lo que veían mis ojos, era el conde Froilán. Estaba muy grueso, con el rostro como hinchado y la nariz roja. Tenía un aspecto deplorable, nada quedaba de aquel apuesto caballero.

Después una dama. Tenía que ser Lucrecia, aunque si él estaba irreconocible, ella estaba aún peor. Aquellos maravillosos bucles habían dejado paso a unos mechones que no guardaban igualdad., sus ojos estaban tan cerrados que no se podía apreciar su color y su espalda había empezado a encorvarse. Me miró con un gesto de extrañeza; habría pensado que había perdido mi lozanía, pero eso ni el tiempo ni los

sufrimientos lo habían conseguido.

El conde hizo un gesto con la mano para que continuase la ceremonia religiosa.

Sentía un frío sudor recorrer mi cuerpo. Intentaba encontrarme con los ojos de Marina, pero ella evitaba encontrarse con mi mirada.

Cuando terminó la ceremonia, se marcharon el cura y el alcalde quedándose el conde y Lucrecia.

Marina se acercó a nosotros.

.-Vaya, vaya. ¿Tú nombre? –Preguntó el conde dirigiéndose a mí-.No lo recuerdo.

.-Jimena, señor.

No sé cómo salieron de mi boca aquellas palabras.

.-Ah, ya recuerdo. Eras la doncella de mi señora, la que huyó con aquella puta para no caer en las manos del pobre Leonardo.

Sentí como sí un fuego abrasara mis entrañas. Levanté mi mano con intención de abofetearle, pero él me la paró en el aire.

.-Ten cuidado, zorra, con lo que vas hacer. Yo no soy ni Leonardo ni Leopoldo, esos dos desgraciados. Y haré ensartar tu cuerpo en un palo y lo pondré al fuego.

Creí desmayarme cuando vi cómo Marina arrancó mi mano de la del conde y, mirándole furiosamente a los ojos, le dijo:

.-Señor conde, con todos mis respetos, no la amenace. Ya sabe cómo se las gasta este pueblo, y yo soy una de sus predilectas hijas.

El palideció y retrocado.

Lucrecia parecía vivir en un mundo aparte. Nos miraba sin ni siquiera una simple alteración de sus pestañas.

.-Sois unas golfas y unas perras viciosas. Sabrá el demonio lo que habéis hecho para cargaros a esos dos tontos, que se habrán dejado seducir. A mí no se os ocurra más amenazarme o haré que quemen estas tierras con vosotros dentro.

Diciendo aquellas palabras se subió al carruaje, seguido de Lucrecia y desaparecieron tras el polvo del camino.

.-Marina ¿cómo has tenido el valor de enfrentarte a ese canalla?

.-Mi señora, ese cerdo no hará nada, se andará con mucho cuidado.

.-¿Qué es ser hija predilecta? –le pregunté.

.-En mi pueblo existe una congregación de cazadores que se enfrentan a los mayores peligros de la caza. El rey, conocedor de sus hazañas venía más de una vez a cazar con ellos. Una de esas mañanas que estaban de cacería, el rey cometió una torpeza y se quedó indefenso ante un jabalí. Uno de esos cazadores era mi padre, que, desgraciadamente, lo mismo que mi pobre madre, murió de unas raras fiebres, pero yo heredé ese privilegio.

La miré a los ojos. Cada día me sentía más sorprendida por ella.

-¿Por qué me proteges de esa forma, Marina?

Ella sonrió.

-Hay preguntas que no tienen respuesta.

CAPITULO XVII

El tiempo transcurría. Es algo que no se puede parar ni acelerarse, sigue su peregrinaje. Marina se hizo responsable de llevar todo lo concerniente a la finca, cosechas, frutales, ganados, y parecía ser que don gran acierto para las ganancias que se generaban.

Le enseñé a leer y a escribir y la hice mi administradora. La puse en mi testamento como una de mis herederas. Tenía la esperanza de que algún no muy lejano apareciera de nuevo mi amada Catalina. Su recuerdo me seguía martirizando y el sufrimiento de la esperanza de encontrarla no me dejaba vivir en libertad.

Una de las tardes en la que las dos montadas a caballo, recorriamos las tierras, le conté mi historia con Catalina.

No hizo ningún tipo de comentario, pero el azul de sus ojos de metalizó más.

Al día siguiente, bajó al pueblo y estuvo indagando sobre aquel suceso. Nadie del pueblo había oído nada, pero decidieron mandar un emisario a los pueblos de los alrededores.

Ello supuso un gran coste para volver desesperanzados; parecía como si aquellos hechos no hubieran sucedido nunca.

Marina no hizo ningún comentario sobre ello y guardó un estricto silencio.

Empezaba a tomar conciencia de ella como persona. Sentía cierta placidez al ver los rayos del sol reflejados en sus rubios cabellos, que llevaba siempre recogidos en una reddecilla. Tenía unos rasgos muy bellos y unas suaves curvas.

¿Me empezaba a enamorar de ella? ¿estaba ella enamorada de mí?

De pronto, mis pensamientos se vieron interrumpidos por su voz.

.-Jimena, mañana vendrán los jornaleros a cosechar.

.-¿Cómo tú quieras. Por cierto-dije en tono burlón-, ese Jairo parece estar muy pendiente de ti y se le ve siempre muy atento y trabajador.

Ella me miró con expresión de enfado.

.-No te entiendo, Jimena, es un trabajador más, aunque es cierto. Es el jefe de la cuadrilla y tiene la obligación de ser mejor que el resto de los trabajadores.

No sé por qué disfrutaba enfadándola. Cuando lo hacía, ella no podía evitar que sus ojos se metalizaran y su voz se crispara.

.-Venga, Marina, no mientas. No hay más que ver cómo te mira.

.-Sabes que no me gusta que me consideren mentirosa. Odio las mentiras, son de cobardes.

Me acerqué a ella y acaricié su rostro.

Su expresión se dulcificó.

.-Disfruto cuando te enfadas, hasta el color de tus ojos cambia. No te

habrás dado cuenta de cómo te mira él, pero yo sí.

Ella retuvo mi mano en su rostro.

.-No me he dado cuenta de cómo mira, como a mí él me da igual...

Sentí una punzada de celos.

.-¿Quieres decir que hay alguien por quién sientes algo especial?

.-Eso es algo íntimo que no te voy a decir.

Fuimos interrumpidas por el ruido de unos carros que llegaban y, en ellos, los trabajadores.

Marina se dirigió hacia ellos, yo entré en la casa.

Me encontraba perturbada. ¿Por qué había sentido esos celos?, ¿por quién estaría interesada? Además de Jairo, había jóvenes con hermosos torsos y pieles morenas.

No pude evitar mirar por una de las bananas.

Se lo veía a todos trabajando, pero estaba pendiente de ella, que los dirigía con sumo acierto.

Sentí cierta indignación y, dirigiéndome a las caballerizas, salí a galope de allí.

Al llegar a una pequeña loma donde solía dirigirme cuando quería estar en soledad, desmonté y me tumbé en la fresca hierba.

Sentí cómo el letargo se iba apoderando poco a poco de mí.

Abrí mis ojos al tener la sensación de ser observada.

Marina estaba delante de mí. Pensé que estaba soñando, pero no. Sus cabellos estaban medio sueltos y llegaban a sus hombros; el viento, al cabalgar se los había soltado. Un deseo profundo hacia ella me invadió, un fuego abrasador quemaba mis carnes. La atraje hacia mí y besé sus labios. Tenían el sabor dulce de la miel. Ella respondía, sentí el latir acelerado de su corazón. Su cuerpo desnudo de piel blanca como la nieve, su piel suave, la dureza de sus pechos y la hermosura de su sexo. Nuestros cuerpos parecían reconocerse nuestras manos recorrían los rincones más lujuriosos haciéndonos vibrar y que se escaparan de nuestra garganta los sonidos del placer. Se abrieron nuestras carne y nos introdujimos la una en la otra como ese unión entre el fuego y la llama.

Sosegadas y calmadas, nos quedamos abrazadas. No hacían falta palabras, no hacían falta gestos<, solo nuestra piel junta y nuestras manos unidas. El sueño se fue apoderando de nosotras.

Al despertarme, estaba tapada con mi ropa, pero Marina se había marchado .Ya oscurecía.

No sé por qué intuía que algo tenía que haber sucedido,; quizás ella se podía haber encontrado mancillada. No encontraba explicación

La finca estaba en silencio, los trabajadores ya se habían marchado.

Entré en la casa, estaba solitaria. El único trabajador que se quedaba en la casa era Atanasio, No tenía esposa ni familia, el resto se marchaba porque tenían a sus familiares en el pueblo.

En la mesa del salón habían puesto un frugal cena con un vaso de leche.

Desconcertada y angustiada, me dirigí al dormitorio de Marina y llamé suavemente en la puerta. Al no recibir respuesta, directamente la abrí.

Ella estaba cepillando su pelo mirándose al espejo. Ni siquiera volvió su rostro para mirarme.

.-¿Qué te ocurre, Marina?, ¿ha sido por lo ocurrido? Si ha sido por ello, te suplico que me perdones, no he podido controlar mis deseos.

.-Si. Eso es lo que ha sido, un deseo lascivo y nada más.

.-No, eso no es cierto. Yo...

.-Te ruego que salgas de mi dormitorio. No voy a abandonarte ni marcharme de aquí, pero te agradecería que a partir de ahora mantengas ciertas distancias.

.-Marina, pero....Me encontraba cada vez peor.

.-La próxima vez que hagas el amor con alguien, vamos, si es el amor, procura no nombrarla, no llamarla Catalina.

CAPITULO XVIII

A partir de aquel día, tan hermoso y bello por un lado y tan triste y doloroso por otro, veía cómo Marina se iba alejando de mí y yo no sabía como evitarlo. Sentía esa impotencia dolorosa de saber que nada se puede hacer, que todo se ha roto en pequeñas esquirlas de cristal tan pequeñas que son imposibles de restaurar. En el fondo tenía razón, Catalina seguía latiendo dentro de mí y no era capaz de arrancarla ni de mis pensamientos ni de mi corazón. ¿Le dolió porque me amaba?.

Aquella tarde, Jairo pidió que le recibiera.

.-Dime, Jairo.

.-Verá, mi señora, sé que doña Marina la respeta y se cuida mucho de hacerle caso en proteger todo lo de vos. Quería que intercediera por mí ante ella para que me concediera desposarla. Yo le daría una vida de tranquilidad y no tendría que trabajar, solo cuidar de nuestro hogar.

Jairo, como los trabajadores y sirvientes, desconocía la riqueza que tenía Marina al ser una de mis herederas.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo.

¿y si Marina, indignada y vengativa, ahora se casa con él?

El destino era cruel, en mis manos mi felicidad, No debería dejarme llevar por mis deseos, sino por el bienestar de ella. Marina podría tener una vida feliz y tener descendencia.

.-No te preocupes-le contesté-.Pondré todo lo que esté en mi parte por convencerla.

A pesar de que ya había pasado un tiempo, Marina seguía en su postura de ignorarme; solo en los casos más extremos me dirigía la palabra, lo que me hacía desearla cada día más y que mis sentimientos empezaran a ser más profundos. Era mediodía y estábamos comiendo en silencio; a pesar de mis sentimientos, me veía en la obligación de decirle lo que Jairo me había dicho.

,-Marina, por favor, ¿puedes escucharme?

Levantó la mirada del plato y me miró a la espera de mis palabras.

.-Jairo me ha pedido que te ruegue que te cases con él.

Dio con su mano un fuerte golpe a la mesa. Era la primera vez que la veía perder los nervios.

.-Solo te faltaba ya eso, Jimena, obligarme a casarme con quien tú desees. ¿Quieres librarte de mía para poder campar a tus anchas?.

CAPITULO XIX

Después de la conversación que tuvimos sobre Jairo, estuvo encerrada aún más en su silencio. Yo intentaba agradecerle en todo y hablarle por cualquier motivo. El tiempo fue mi aliado y, poco a poco, sentía cómo ella se iba abriendo a mí. Empezaba a vislumbrar esa luz de las candelas que, en las noches, alumbran a los que se pierden en sus caminos.

Estaba ella sentada en una silla y yo encima de la valla del porche cuando me dijo, mirando hacia el horizonte:

„He tenido que despedir a Jairo, últimamente no trabajaba como él solía hacerlo.

Sabía que estaba mintiendo. Lo que habría ocurrido es que él, al final, se habría atrevido a decirle sus sentimientos, y ella, con ese carácter que tenía, le había despedido.

„Lo que tú hagas sabes que para mí está bien hecho-le contesté.

Nuestra conversación fue interrumpida al ver venir por el camino un jinete que galopaba a toda velocidad.

Nos incorporamos y esperamos con incertidumbre su llegada. Era, Jairo, que, con el rostro desencajado, desmontó y, sin acercarse mucho a nosotras nos dijo:

.-Mis señoras, perdonen mi atrevimiento de venir a molestarlas, y más cuando ya se han terminado las cosechas, pero vengo a decirles que ha

sucedido una terrible desgracia. Se está propagando por la mayor parte del mundo una terrible enfermedad llamada peste negra; ni los mejores galenos saben como atajarla y combatirla.

Ha llegado ya a España, parece ser debida a los barcos que vienen con mercancías de Francia. En nuestro pueblo han empezado a darse los primeros pasos. No se les ocurra ir por el pueblo, lo han puesto en cuarentena, ni dejar que ninguno de nosotros entre en sus tierras.

Yo retrocedí, asustada. Sin embargo, Marina se adelantó.

.-Jairo, ¿y cómo vais a sobrevivir?

.-No lo sé, señora, no lo sabemos. Solo nos han dicho que las casas donde haya enfermos sean precintadas, que se queme toda la ropa incluso utensilios, enseres, hasta los colchones donde hayan yacido los enfermos. Si Dios en su infinita misericordia, me deja con vida, os vendré a informar.

.-Jairo, gracias. Ven con tu gente y llevaos de la finca lo que necesitéis para sobrevivir.

Mientras había hablado, su mirada se dirigió hacia mí, como pidiendo mi aprobación. Yo asentí con un leve movimiento de cabeza, En esos momentos, me daba cuenta del corazón que tenía y sentí cómo mi cuerpo temblaba por la emoción mientras daba gracias a Dios por haberla cruzado en mi camino.

.-Pero, mi señora...-respondió él.

.-No se hable más, Jairo, esto es una orden.

Nos reunimos con el servicio y les informamos de los hechos contados por Jairo; desconocíamos si tenían noticias de ellos.

Nos dijeron que habían oído algunos comentarios, pero nunca pensaron que fuese una enfermedad tan cruel.

Tenían que decidir si quedarse con nosotras o regresar al pueblo.

Solo Atanasio se quedó, los demás sirvientes decidieron irse con sus familias.

Por la noche, ya ante nuestras viandas manteníamos un triste silencio.

Marina se levantó de la mesa.

.-Lo siento, Jimena, no tengo muchos deseos de comer, me retiro a mi dormitorio.

.-Buenas noches, Marina.

La admiraba cada vez más y temblaba por el deseo de tenerla entre mis brazos. No pude más y me levanté, dirigiéndome a su habitación y entrando sin llamar. Estaba desnuda, con una saya blanca en sus manos para ponérsela.

No le dí tiempo a reaccionar. La rodeé con mis brazos y a atraje hacía mí. No sé si sería porque nos encontrábamos más sensibles sabiendo que la muere esperaba tras la puerta, pero ella no me rechazó; antes al contrario se plegó a mi cuerpo y nos dejamos caer en la cama. Eclosionaron todos los instintos perversos de nuestra carne, envueltos en la lama que salía de nuestras almas.

Su nombre era el que salía de mi boca, apagando los sonidos del placer.

Cuando nuestros cuerpos se tranquilizaron, ella cogió con sus manos mi cara y besó mis labios mientras decía;

.-Te perdono, te perdono porque me haces sentir volar, estallar mi cuerpo en miles de fuegos, y lo que siento, en lugar de apagarse al llegar a los orgasmos, me hacen desearte aún más.

CAPITULO XX

Éramos inmensamente felices.

Bajamos la guardia y el destino nos lo tuvo en cuenta.

Jairo empezó a venir y llevarse los alimentos que necesitaban, siempre con la generosidad de Marina, quien empezó a acercarse a él y a otras personas que venían del pueblo.

Yo discutía con ella, también Jairo le llamaba la atención y le rogaba que mantuviera las distancias.

Una mañana sentí su cuerpo arder.

.-Marina, amor mío, despierta. ¿Te encuentras mal?

Ella intentó abrir sus ojos y no pudo contenerse. Salieron chorros de vómitos por su boca.

Sentí un puñal clavarse en mi corazón. Me di cuenta de que había contraído la enfermedad. Ahora era cuando fui consciente de lo que la amaba, de lo que sentía en mi interior, lo que yacía en mi alma. Solo ella había conseguido que el recuerdo de Catalina se fuera quedando en mi corazón como una pequeña cicatriz con la que tendría que convivir.

Habría preferido mil veces que aquella maldita enfermedad azotara mis carnes.

Los días empezaron a hacerse interminables. Atanasio, motivado por el

cariño que sentía hacia nosotras, quería ayudarme, pero yo no lo consentía. Él temía por mi vida y me obligaba a poner precauciones.

Marina se iba consumiendo entre las fiebres, los vómitos y las diarreas.

Jairo lloró al decírselo y juró no volver más por nuestras tierras, yo le dije que ella no habría querido eso.

Aquella tarde, llamó a las puertas.

.-Jairo, no entres aquí. Podrías contagiarte.

.-Por Dios, ni señora. Que me importaría, yo he sido el culpable.

.-No digas eso, Jairo, ha sido el destino. Además, ella tampoco se cuidó mucho.

.-Esta vez vengo a darle una buena noticia. A pesar de todos los que han caído, la enfermedad ha ido remitiendo y se ha levantado la cuarentena del pueblo. Ahora podremos venir nosotros a ayudarlas.

.-No, Jairo, te lo pido en nombre de nuestro Señora. Rezad mucho por nosotras.-Las lágrimas brotaron de mis ojos-.Aquí no vengáis hasta que pase todo esto.

Una noche, desesperada, salí a las puertas de la casa y, rasgando mis blusa, alcé mis pechos hacía el cielo.

.-Dios mío, si te la vas a llevar, lánzame las puntas de esas estrellas y que atraviesen mi corazón y se lleven mi alma.

No sé si Dios se compadeció, pero a partir de esa noche, Marina empezó

a mejorar y la luz de la esperanza entró en nuestras vidas.

Estaba oscureciendo, observaba cómo el sol desaparecía en un horizonte limpio de nubes cuajado de lenguas de fuego cuando sentí sus brazos, que rodeaban mi cuerpo.

.-Amor mío –me susurró-.nunca podré pagarte lo que has hecho por mí.

Volví mi rostro y, mientras besaba sus labios , le respondí.

.-Si tú hubieras muerto, yo me habría clavado un puñal en mi pecho.

CAPITULO XXI

Teníamos que dar gracias a Dios. Las tierras daban sus frutos, éramos dueñas de una pequeña fortuna.

Jairo se casó y tuvo hijos. Le pedí que regresara; no había derecho a dejarle fuera de nuestras vidas por amar a la misma mujer que yo amaba.

Él siempre fue respetuoso, aunque a veces su mirada le traicionaba.

A pesar de que nuestros cabellos empezaban a clarear, cabalgamos las dos como solíamos hacer cuando éramos más jóvenes.

Desmontamos en aquella loma y miramos hacia el cielo infinito; estaba lleno de nubes grises y blancas.

La abracé por detrás.

.-Marina, mira ese cielo, nos rinde pleitesía y nos apremia a hacer el amor!

Ella soltó una carcajada.

De pronto, no sé por qué, en el cielo las nubes perfilaron la figura de una mujer guerrera con la espada en alto.

Mi cuerpo tembló y no pude evitar recordar a Catalina.

Marina me volvió hacia ella y, cogiendo mi rostro entre sus manos, me susurró:

.-Aquello ya paso, amada mía, ya pasó. Ahora me tienes a mí hasta la eternidad. Siempre seré tuya.

FIN

